
HARLEQUIN
Bianca
COMO UN DIAMANTE
JACQUELINE BAIRD



COMO UN DIAMANTE

JACQUELINE BAIRD



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Como un diamante, n.º 1466 - abril 2018
Título original: At The Spaniard's Pleasure
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-9188-203-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

EN un gesto de irritación, Nick Menéndez apretó las manos al volante del todoterreno que acababa de alquilar en el aeropuerto. Tenía previsto haber llegado a Lanzarote antes de las nueve, pero se había retrasado, incluso a pesar de volar en su jet privado, porque a su llegada no había ninguna pista disponible. Iban a rodar cabezas… Nick era de los que siempre conseguían lo que querían en el momento en que lo querían, y no le hacía ninguna gracia que nada ni nadie le hiciera sentirse frustrado. Pero debería haberlo supuesto, pensó tensando los labios. Todo lo relacionado con Liza Summers acababa siempre resultándole frustrante de un modo u otro…

Claro que, si era sincero consigo mismo, tenía que admitir, por mucha rabia que le diera, que en realidad su frustración no era culpa de Liza. Habían sido grandes amigos hacía ya muchos años, hasta que la encontró besándose con otro y no supo cómo reaccionar. Ahora se daba cuenta de que aquello lo había puesto terriblemente celoso porque siempre había deseado ser su primer amante; aunque entonces él ya estaba prometido con otra mujer y no había podido hacer nada al respecto.

Ahora Liza había vuelto a su vida. La noche anterior, Nick había encontrado su nombre leyendo un informe de uno de sus negocios, una empresa de seguridad que estaba haciendo un trabajo para un viejo amigo.

El mes anterior Carl Dalk, un compañero de la universidad cuya familia era la propietaria de una mina de diamantes en Sudáfrica, se había puesto en contacto con él para pedirle ayuda, cosa que Nick le había garantizado inmediatamente. En su época de estudiantes, un día habían ido juntos a hacer rafting y, durante el descenso del río, Nick había caído de la barca quedando inconsciente. Carl lo había sacado de entre los rápidos sin dudarlo un segundo, así que le debía la vida a aquel hombre. Y, aunque en la actualidad no se veían muy a menudo, ambos se consideraban muy buenos amigos.

Nada más terminar la universidad, Nick se había unido al negocio familiar, un pequeño pero prestigioso banco mercantil

español que, a lo largo de los años, se había convertido en el enorme grupo de empresas multinacionales que era en la actualidad. Carl era una de las pocas personas que sabía que una de esas empresas era una discreta agencia de seguridad. Dicha agencia había intervenido ya en multitud de investigaciones de toda índole, tanto en España como en el extranjero.

Carl había recurrido a su viejo amigo tras haber sufrido dos robos de diamantes en su mina. Lo más curioso era que, después de calcular el valor de las piezas robadas, los ladrones habían vuelto a ofrecérselos a la compañía de seguros de Carl a la mitad de su precio real.

La aseguradora había accedido a pagar con la intención de atrapar a los malhechores y contando con el apoyo de la policía. Sin embargo el plan no había funcionado: en ambas ocasiones los ladrones habían conseguido escapar después de vender los diamantes.

El negocio de Carl se encontraba en una situación muy comprometida a causa de la llegada de diamantes baratos procedentes de Rusia y de la invención de diamantes artificiales. Cuando las ganancias de la empresa estaban más bajas que nunca, había habido un tercer robo… Así que Nick le había ofrecido prestarle ayuda económica además de poner a su disposición su agencia de seguridad.

Mientras leía el último informe, Nick había tenido la seguridad de estar en el buen camino para atrapar a los ladrones… justo entonces se había topado con el nombre de Liza Summers. Inmediatamente había llamado al director de la agencia de seguridad y había descubierto que aquella mujer no era otra que «su» Liza Summers, la hija de la mejor amiga de su madre.

Nick había prometido pasar todo el fin de semana en España para acompañar a su madre a varias fiestas de celebración de las bodas de oro de su tío Tomás. Pero entonces, Nick había decidido sustituir al hombre que se encontraba al frente de la investigación en Lanzarote. Si alguien iba a interrogar a Liza Summers iba a ser él. Llevaba seis años sin verla, pero le resultaba muy extraño que su antigua amiga hubiera cambiado tanto como para verse implicada en aquellos robos, tal y como sugería el informe.

Esa era la razón por la que se encontraba atrapado en el aeropuerto de Arrecife, esperando a que un enorme grupo de turistas cruzara la calle que iba del aparcamiento al aeropuerto. Normalmente le encantaba visitar Lanzarote, también conocida como La Isla de los Volcanes. El paisaje era surrealista, una

pequeña isla plagada de volcanes, cuyos cráteres y ríos de lava petrificada le daban un aspecto casi lunar. Nick tenía una casa situada a las afueras del Parque Nacional de Timanfaya, un lugar privilegiado donde también poseían residencias varios jeques árabes. Era el sitio perfecto para relajarse y hacer lo que quisiera lejos de la mirada del público. Pero esa vez era diferente, pensó Nick con tristeza y con una rabia que iba en aumento cada vez que pensaba en lo que le esperaba.

Su dura mirada se detuvo en el pequeño café situado al lado de la parada de taxis, donde había otro atasco que le impedía continuar. En una de las mesas de dicho café, había una mujer de largo pelo rubio. El cabello recogido dejaba adivinar un atractivo perfil; un cuello largo y unos pechos firmes cubiertos por una camiseta de algodón azul. Sin poder apartar los ojos de ella, Nick admiró sus esbeltas piernas…

De pronto todo su fuerte cuerpo masculino se puso en tensión. ¡Bien! Parecía que la información que le habían proporcionado era correcta, pensó con irónica satisfacción.

Carl había conseguido localizar a los ladrones con la ayuda de la policía sudafricana, que los había seguido por toda África hasta llegar al desierto del Sáhara, donde descubrieron que habían cruzado por mar hasta la isla de Lanzarote. Allí habrían podido atrapar a los ladrones, pero eso no era lo que Dalk quería, lo que él quería era detener al cerebro de toda la operación.

El informe que Nick había leído la noche anterior explicaba cómo todas las pesquisas habían llevado a los investigadores hasta un tal Henry Brown, que había llegado a Lanzarote hacía un par de días acompañado de su secretaria.

Por mucho que se esforzara, Nick todavía no conseguía hacerse a la idea de que la secretaria de aquel tipo no fuera otra que Liza Summers. La niña que había conocido a los ocho años se había convertido en la hermosa mujer que estaba ahora sentada en la terraza de la cafetería como si no hubiera nada en el mundo que la preocupara lo más mínimo… Pero, aunque ella no lo supiera, eso estaba a punto de cambiar.

La noche anterior, después de leer el mismo informe que él, le había llamado Carl Dalk eufórico ante las evidencias de que estaban a punto de echarle el guante al responsable del robo. Solo les faltaba averiguar quién había sido su conexión en Lanzarote. Aunque estaba todavía demasiado impresionado por haber visto el nombre de Liza relacionado con tan sucio asunto, Nick se había apresurado a convencerle de que le permitiera encargarse del

tema personalmente.

Estaba claro que tenía un grave conflicto de intereses: apoyaba a Carl sin reparos, pero al mismo tiempo no quería creer que Liza Summers estuviera envuelta en una trama de robos y chantaje. Y si, por desgracia, resultaba ser cierto, tenía muy claro que intentaría al menos mantener su nombre alejado de la prensa. Se lo debía a la amistad que unía a sus familias y a la encantadora niña que había sido en otro tiempo.

Observándola una vez más se dio cuenta de que ya no había nada de niña en aquella mujer… De pronto Nick tuvo que admitir que la idea de interrogar a la bella Liza había empezado a resultarle tentadora. Y, al verla quitarse la gafas de sol, no le quedó ninguna duda de que era ella. Era Liza Summers…

Le sorprendió la reacción instantánea de su cuerpo; hacía mucho tiempo que no respondía de manera tan espontánea a la mera presencia de una mujer. De hecho, Nick Menéndez era conocido por su frialdad y control sobre sí mismo, seguramente por eso se sentía traicionado por su cuerpo. El hecho de haberla encontrado tan rápidamente era un verdadero golpe de suerte, el primero de todo el día. Un encuentro accidental era mucho mejor que la opción de llamarla al hotel donde se alojaba. Llevaba seis años sin ver a aquella mujer y tenía que reconocer que estaba aún más bella de lo que la recordaba; al menos por fuera, pensó sin poder quitarse de la cabeza la misión que lo había llevado hasta allí.

Así que aparcó el coche en el lateral de la carretera y salió a su encuentro.

–¡Liza!… ¡Liza Summers!

Liza dejó la taza de café encima de la mesa, aquella voz profunda la hizo ponerse a temblar. «No, por favor». No era posible que aquello estuviera sucediendo. No había oído esa voz desde que era un adolescente y ahora, en aquella pequeña isla en medio del océano Atlántico, retumbaba en su cabeza como un fantasma del pasado.

–Me ha parecido que eras tú.

Una sombra alta y oscura se puso delante de ella tapándole el sol. Los ojos se le quedaron a la altura de unos fuertes muslos masculinos cubiertos con pantalones tejanos. Liza tragó saliva antes de levantar la cabeza muy despacio; la cintura dejó paso a un pecho ancho. La camiseta negra que llevaba dejaba adivinar

todos y cada uno de sus músculos.

Por fin lo miró a la cara y, al hacerlo, notó cómo el corazón le revoloteaba dentro del pecho. Su rostro estaba a la sombra, pero habría reconocido aquellas facciones en cualquier lugar.

–¡Eres tú! –Nicolás Menéndez… De repente volvió a convertirse en la niña de ocho años que era cuando lo vio por primera vez.

Su padre acababa de morir y Ana Menéndez, una buena amiga de su madre, las había invitado a ambas a pasar las vacaciones en su casa de España. Ambas mujeres habían ido juntas al colegio. Ana era hija de un diplomático español y Pamela, la madre de Liza, de un oficial de la marina. Ana se había casado con un español muy rico, mientras que su madre se había casado con un militar. Habían conservado la amistad a lo largo de los años, gracias sobre todo a las cartas.

Los recuerdos inundaron la mente de Liza. Nicolás la había dejado fascinada nada más verlo. A los dieciocho años era el muchacho más guapo que había visto en su vida, tanto que ella se quedó mirándolo atontada y se cayó de bruces a sus pies. Sin darle mayor importancia, aquel muchacho la había levantado en sus brazos y la había llevado al interior de la imponente casa.

Fue entonces cuando se convirtió en su héroe. Era el hermano mayor que nunca había tenido, alguien por quien cada año esperaba ansiosa las tres semanas de vacaciones que pasaban en España.

–¿Te importa que me siente contigo? Hace años que no te veo –la profunda voz de Nick interrumpió sus ensoñaciones.

–¿Qué? –farfulló ella afectada por la sorpresa. No podía olvidar cómo su fascinación se había ido convirtiendo en amor hasta que a los dieciséis años se había enterado de que estaba prometido con una joven guapísima llamada Sofía. Aquello la había hecho darse cuenta de repente de lo que eran en realidad su madre y ella: las amigas pobres a las que invitaban a pasar las vacaciones en un caritativo gesto.

Poco después e impulsada por el dolor se había refugiado en los brazos de uno de los mozos de cuadra, con tan mala suerte que, la única vez que le había permitido besarla, Nick lo había presenciado todo, con el rostro lleno de ira…

–No pareces muy contenta de verme –comentó Nick al tiempo que le pedía un café al camarero–. ¿Quieres otro café?

–No… Sí… –tartamudeó como una tonta, estaba demasiado perpleja. Había aparecido de pronto y le había llenado la cabeza

de recuerdos que creía casi olvidados.

Recordó con un escalofrío lo que había ocurrido después de que Nick los viera besándose. La forma más sencilla de decirlo era que el mito se había derrumbado, a Liza se le había caído la venda de los ojos y había descubierto que aquel joven era un tipo arrogante, autoritario y machista. Liza había decidido entonces evitarlo durante lo que quedaba de vacaciones, pero si se veían por casualidad, él la miraba con el ceño fruncido y sin poder ocultar el odio que sentía por ella.

Movió la cabeza en un intento por sacudirse todos aquellos recuerdos que todavía la afectaban más de lo que le habría gustado y, al mirarlo, se encontró con su rostro cara a cara. Ya no estaba a la sombra y sus rasgos resultaban sencillamente magníficos, lo que hizo que a Liza se le pusiera el corazón en la garganta.

–¿Puedo sentarme entonces? –volvió a preguntarle en un tono ligeramente burlón.

–Sí, claro –consiguió responder ella.

Liza había supuesto que, después de la muerte de su padre, Nick había heredado la empresa familiar y sabía que su nombre solía aparecer en las revistas del corazón por un motivo u otro, pero se negaba a leer esa basura.

–Creo que la última vez que nos vimos fue en el funeral de mi padre –dijo él.

–Es cierto –ese era otro día que había preferido olvidar. Acababa de cumplir diecinueve años y estaba estudiando en la universidad en Londres. Su madre había insistido en que la acompañara a España para asistir al funeral. Entonces Nick seguía prometido con la maravillosa Sofía y a Liza seguía doliéndole igual que la última vez. Además, en el rostro de Nick había descubierto la misma expresión de odio. No había vuelto a verlo después de aquello.

Ahora la miraba con la sonrisa de alguien que acabara de reencontrarse con una vieja amiga, pero por algún motivo no le resultaba nada creíble. Más bien le parecía un ave de presa a punto de atacar.

–Qué casualidad encontrarte aquí, Nicolás –comentó con frialdad aunque la cabeza le daba vueltas–. Pensé que vivías en Antequera.

–Mi madre sigue viviendo allí, pero yo ya soy mayorcito, Liza. Hace ya muchos años que me marché de casa –desde luego que era mayorcito, un adulto hecho y derecho–. Lo mismo que hiciste

tú después de la universidad, según tengo entendido –Nick continuó hablando con aparente normalidad y, en un momento dado, puso su enorme mano sobre la de ella; aquello soltó una increíble descarga eléctrica que la recorrió de arriba abajo–. Mi madre habla mucho de ti… Me alegro mucho de volver a verte –añadió estrechándole la mano.

¡Se alegraba de verla! Debía de estar bromeando… Era obvio que no podía soportarla. Por su parte, ella llevaba años repitiéndose que lo odiaba y, sin embargo, el roce de su piel le había provocado una verdadera explosión de sensaciones. Sus ojos azules chocaron con aquella mirada oscura… ¿Era sinceridad lo que se adivinaba en sus ojos? Seguramente no… No era posible que se estuviera dejando arrastrar de nuevo por sus encantos.

–Siento haberte sorprendido, es que no podía creer que de verdad fueras tú. Te has convertido en una mujer impresionante, Liza.

¡Increíble! Nicolás Menéndez le había hecho un cumplido.

–Gracias, supongo –respondió ella con cierto sarcasmo al tiempo que retiraba la mano.

Liza recordaba demasiado bien cada segundo de lo ocurrido en el establo hacía tantos años.

Después de espantar al mozo de cuadra, Nick se había abalanzado sobre ella y la había besado con furia. Muy a su pesar, Liza había respondido con una pasión que desconocía en ella, su cuerpo se había pegado al de él como si hubiera encontrado su lugar natural. Antes de que pudiera darse cuenta, Nick la había puesto contra la pared y había empezado a tocarle los pechos antes de humillarla como nadie lo había hecho jamás. Sus palabras se le habían quedado grabadas en la mente:

«¡Dios mío! ¡Con un mozo de cuadra! Qué equivocado estaba contigo. Llevo dos años viéndote coquetear conmigo y pensaba que no era más que el juego inocente de alguien que empieza a descubrir su sexualidad. Pero está claro que ya lo sabes todo, y que ya lo has hecho todo. No eres más que una fulana».

Lo único que la consolaba de aquel recuerdo era la enorme bofetada que le había dado aquel tipo tan arrogante.

Nick se recostó en el respaldo de la silla y observó a la mujer que tenía frente a sí. Había sido una adolescente encantadora, una joven impulsiva, inteligente e independiente por quien había tenido una enorme debilidad, tan enorme como la decepción que sufrió al encontrarla en los brazos de aquel muchacho. Pero se había convertido en una mujer exquisita que seguía afectándolo

del mismo modo a pesar del paso de los años. Lo que había sentido la noche anterior al descubrir su implicación en tan turbio asunto era la necesidad de protegerla de todas las maneras posibles. Aún estaba sorprendido por la fuerza de sus sentimientos hacia ella.

Pero tampoco era tonto. Las mejillas sonrojadas que tanto llamaban la atención sobre su pálida piel y la mirada esquiva de sus ojos no eran más que la señal inequívoca de que se sentía culpable por algo. No sabía si sería por el robo de los diamantes o no, pero estaba empeñado en averiguarlo fuera como fuera, se lo debía a Carl.

–Está claro que la vida te ha tratado bien, Liza –opinó Nick mientras su mirada se paseaba por su rostro y luego por sus pechos con un gesto de apreciación–. Me alegro de verte contenta y de vacaciones.

–Sí, bueno, el sol es una bendición en invierno –respondió ella dejándole ver que ya no era una jovencita inocente que se dejaba embaucar fácilmente.

Nick la miró fijamente, observó sus carnosos labios en tensión, estaba siendo muy esquiva y así no era como se comportaba una persona inocente.

–¿Estás aquí de vacaciones? –le preguntó directamente intentando dilucidar qué era lo que ella sabía–. ¿O por negocios? Hace tanto tiempo que no nos vemos… no tengo la menor idea de a qué te dedicas ahora –durante una décima de segundo estuvo tentado de preguntarle «¿O estás aquí haciendo contrabando de diamantes?» No pudo ocultar una ligera sonrisa de malicia.

El impacto de encontrarse con Nicolás Menéndez estaba disipándose poco a poco y pensó que no le haría ningún mal hablarle de su trabajo.

–Soy la secretaria personal del director de una financiera londinense –informó Liza con tranquilidad, incluso le dijo el nombre de la empresa–. Se suponía que habíamos venido a una conferencia sobre medio ambiente con el fin de invertir en algo ecológico, pero mi jefe tiene cierta tendencia a cambiar de opinión y el viaje ha terminado convirtiéndose en unas vacaciones para mí –añadió no muy satisfecha de una de las características que había descubierto en las pocas semanas que llevaba trabajando para el señor Brown.

Habían llegado a la isla el día anterior, estaban alojados en un hotel de cinco estrellas, donde se quedarían durante las dos semanas que duraba la conferencia. Sin embargo, esa misma

mañana y, después de desaparecer la noche anterior, el señor Brown le había anunciado que se había dado cuenta de que el programa de la conferencia no era tan interesante como él pensaba. Puesto que ya no iban a asistir, le había pedido que llevara un paquete a una óptica de Arrecife, la capital de la isla, y que se tomara el resto del tiempo libre. Podía quedarse en el hotel si así lo deseaba o ir adonde le viniese en gana, solo tenía que asegurarse de estar de vuelta para la cena de clausura y para tomar el avión de vuelta con él al día siguiente de tal evento.

Según le dijo, él se iba a navegar pero regresaría para la clausura. También le había pedido que, en caso de que llamara su esposa, le dijera que había tenido que marcharse repentinamente. Liza le había dejado muy claro que no le parecía bien mentir a nadie, pero él le había insinuado que, si valoraba su recién adquirido puesto, sería mejor que se acostumbrara a obedecer sus órdenes. Liza tenía la sospecha de que su jefe había organizado aquel viaje con la intención de pasar algún tiempo con su amante.

Nick estuvo a punto dar rienda suelta a sus pensamientos. No era posible que Liza fuera tan ingenua como para creer tal sarta de mentiras…

–Pues qué suerte tienes –dijo Nick con una actitud cada vez más distante. No era una completa embustera, lo que daba a entender lo astuta que era. Al mirarla no pudo evitar preguntarse si estaría acostándose con su jefe; esa sería desde luego la evolución lógica del comportamiento que había tenido a los dieciséis años.

–Sí –admitió Liza sin demasiado convencimiento. El señor Brown era un hombre casado, pero había intentado seducirla nada más entrar a trabajar en la empresa, en aquel momento para el anterior director. Él había encajado su negativa con bastante dignidad y, a lo largo de los años, habían conseguido tener una correcta relación profesional. Al empezar a trabajar para él, Liza había tenido que repetirse una y otra vez que ella no era su niñera y que lo que hiciera en su vida privada no era asunto suyo.

Parecía que ni Nick ni ella tenían mucho más que decirse y por supuesto Liza no tenía la menor intención de hacer ningún esfuerzo por encontrar algo de qué hablar. Después de entregar aquel paquete, había decidido disfrutar de las repentinas vacaciones y de la maravilla del sol y la cálida temperatura en pleno enero… Sin embargo, desde que había llegado Nick, tenía la sensación de que hacía mucho más calor. No podía creer que de verdad estuviera frente a ella y, sobre todo, no podía admitir que

fuera capaz de quebrantar su fría tranquilidad habitual.

–He oído hablar de Stubbs, es una empresa de éxito –comentó Nick por fin.

Liza tuvo que esforzarse por recordar de qué habían estado hablando.

–Tu madre estará muy orgullosa de tu éxito. Me avergüenza decir que solo la he visto un par de veces en los últimos años. Es una pena que tú ya nunca la acompañes.

Aquel había sido un comentario inocente, pero Liza se había mostrado muy incómoda, incluso le había parecido adivinar miedo en sus ojos. Eso alimentaba la sospecha de que ocultaba algo.

–Es que estoy muy ocupada. ¿Y tú qué estás haciendo en aquí?

–He llegado esta misma mañana. Tengo una casa aquí, aunque vivo en Málaga y me paso el tiempo viajando por todo el mundo por culpa de los negocios.

–Estupendo –murmuró ella–. ¿A qué te dedicas exactamente? –añadió llena de sarcasmo y ahogando el impulso de añadir: «Aparte de viajar de un lado a otro en tu avión privado y acompañado de la belleza de turno».

No podía olvidar al niño mimado y aficionado a los deportes de riesgo, algo que en otro tiempo ella había interpretado como un carácter aventurero e independiente. Entonces se dio cuenta de que parecía enfadado, pero inmediatamente le lanzó una seductora sonrisa que la hizo olvidarse de todo…

–Pues ahora mismo estoy hablando con una mujer preciosa cuando debería estar supervisando una promoción inmobiliaria en la otra punta de la isla.

–¿Así que eres promotor inmobiliario? Debe de ser muy interesante –intervino ella aprovechando la oportunidad de cambiar de tema. Sus piropos y aquel tono seductor la hacía sentirse muy incómoda–. Pero creo recordar que estudiaste arte, ¿no? –pero claro, él había tenido que hacerse cargo de la empresa familiar y casarse con la perfecta Sofía. Recordó Liza con cinismo.

–Recuerdas bien, al heredar la empresa decidí diversificar un poco sus actividades; la promoción inmobiliaria es un proyecto personal.

Liza lo creyó de inmediato porque había pasión en sus palabras… y una increíble sonrisa en sus labios…

–Este sitio, por ejemplo, me parece una verdadera maravilla porque se pueden construir cosas acordes con el impresionante entorno. No puede haber ningún edificio de más de cuatro pisos,

gracias sobre todo a la presión que ejerció en vida el genial César Manrique, un famoso escultor canario. Seguramente hayas visto parte de su obra.

–Todavía no me ha dado tiempo, pero sí he leído cosas sobre él –algo la hizo recordar al joven de dieciocho años lleno de ideales y ganas de cambiar el mundo… Antes de que la madurez y el dinero lo convirtieran en lo que era ahora.

–Entonces deberías permitirme ser tu guía durante el día de hoy –sugirió lanzándole otra peligrosa sonrisa–. Si estás sola, por supuesto.

–Sí… Sí, estoy sola –aquel hombre tenía el poder de hacerla tartamudear. Aquellos ojos oscuros, el pelo negro y sedoso y la voz profunda… Todo ello le daba una presencia casi hipnótica. Tenía un encanto natural, un aura de masculinidad que arrastraba a las mujeres. Liza no era ninguna excepción. En una escala de uno a diez, Nick era veinte.

–No puedo creerlo –dijo con los ojos brillantes–. Una chica tan encantadora como tú sola en esta isla de ensueño. ¿Qué te parece entonces si nos vamos? –propuso señalando su todoterreno mal aparcado–. Antes de que la policía se lleve mi coche. Tengo que echar un vistazo a un edificio, pero después estaré a tu entera disposición.

¡Ojalá fuera así! En su mente apareció la imagen de Nick desnudo y a su disposición y, aquellos pensamientos tan sexys, la hicieron reaccionar bruscamente.

–En realidad tenía la intención de irme al hotel y descansar un rato en la piscina –parecía que seguía siendo demasiado sensible para aquel nuevo Nick tan encantador y seductor. Con todo lo que había trabajado para no dejarse influir por nada relacionado con él… Además, no entendía por qué había cambiado tanto su actitud hacia ella, después del odio que había demostrado sentir ahora se esforzaba por halagarla. Nick era un hombre rico y guapísimo, seguramente estaría casado, aunque le extrañaba que su madre no se lo hubiera contado–. A lo mejor a tu mujer, Sofía, no le hace mucha gracia la idea –«Tonta, tonta, tonta», se dijo en cuanto aquellas palabras salieron de su boca.

Nick la miró con los ojos entreabiertos. Si sabía algo de las mujeres, tenía la sensación que Liza se sentía atraída por él y ese comentario sobre su estado civil no hacía más que confirmar sus sospechas.

–Sofía y yo rompimos hace años. No tengo ni mujer, ni novia ni quiero tenerla. Así que no hay más que hablar –concluyó

poniéndose en pie–. Vamos, sabes que te apetece –dijo con una mezcla de arrogancia masculina y traviesa malicia–. Sé de buena fuente que soy un buen acompañante. No creo que quieras decepcionarme ni herirme en mi frágil orgullo.

Liza no pudo reprimir una sonrisa.

–No creo que eso sea posible –se burló–. Pero estoy segura de que un hombre tan importante como tú tiene cosas más importantes que hacer que pasar el día haciendo turismo conmigo –con ella precisamente, con la persona a la que había demostrado detestar tan profundamente.

–¿Sigues enfadada conmigo? –le preguntó como si pudiera leer sus pensamientos–. ¿Por reñirte cuando eras una chiquilla?

¿Reñirla? Así que eso era lo que creía que había hecho… Claro que quizá fuera cierto y ella había hecho una montaña de un grano de arena.

–No, claro que no –si él podía hablar de lo sucedido con tal ligereza, ella también lo haría–. ¿Por qué iba a estarlo? –de pronto se dio cuenta de que se habían quedado parados y a muy poca distancia el uno del otro. El magnetismo de aquel cuerpo era demasiado poderoso como para poder moverse.

–No lo sé –le dijo con los ojos clavados en los de ella–. Ya no lo sé –le agarró la mano y se la puso en el pecho, donde pudo sentir los fuertes latidos de su corazón–. Lo que era inadmisible en una muchacha de dieciséis años no lo es para una mujer hecha y derecha –añadió con gesto tentador.

Liza se puso en tensión. Nick seguía siendo tan arrogante como siempre; no podía haber seducido a una adolescente, pero sí a una mujer. ¿Por qué le extrañaba? Entonces empezó a acariciarle la mano y dejó de pensar por completo.

–Así que, a menos que tengas algo más que hacer, algún recado que hacer para tu jefe…

–No, no –dijo Liza sin saber muy bien a qué estaba contestando–. Mi trabajo ha terminado cuando he entregado un paquete en Daidolas esta mañana.

–¿Daidolas la óptica? –le preguntó él de pronto.

–Sí. Me imagino que serían unas gafas –le explicó sin poder parpadear ni dejar de sentir su apabullante cercanía–. Así que muchas gracias por tu ofrecimiento, Nicolás.

Sin apenas darse cuenta, Liza se dejó llevar hasta el todoterreno flotando como en una nube.

–Dejemos las formalidades, somos viejos amigos –le dijo él en tono bromista–. Y mis amigos me llaman Nick –se echó a reír al

ver el rubor que aparecía en sus mejillas.

–Los míos me llaman Liza –replicó ella distraída ya cerca del coche.

–Eso ya lo sabía –Nick no podía dejar de pensar que todo estaba resultando demasiado fácil; de hecho ya le había proporcionado la información que necesitaba–. Tengo que hacer una llamada –anunció sacando el teléfono móvil y alejándose unos metros del vehículo, no quería arriesgarse a que ella lo oyera. No sabía qué pensar, o era una magnífica actriz o de verdad no era más que una mensajera inocente. Lo que no entendía era por qué estaba tan predispuesto a creer en su inocencia, pensó al volver al coche después de hablar con Carl. En general era desconfiado con el sexo femenino, pero Liza lo confundía… Y eso era algo que lo hacía sentir muy incómodo.

Liza se volvió hacia él, lo observó con una mano en el volante y la otra agarrada a la palanca de cambios. ¡Menudo momento para empezar a tener fantasías sexuales con él! Tendría que recordar que ese hombre estaba muy por encima de sus posibilidades, así que lo mejor sería relajarse y disfrutar del día.

Capítulo 2

COMPRENDO perfectamente por qué se llama Montaña de Fuego –afirmó Liza mientras observaba maravillada su alrededor. Después de una breve visita a la promoción inmobiliaria, Nick la había llevado en el todoterreno al parque nacional; se trataba de un impresionante paisaje lunar. Al principio había creído que era la luz del sol reflejada en la lava lo que hacía que el suelo pareciera rojo, pero no había tardado en comprobar que ese era el color natural de la roca.

–Impresionante, ¿verdad? –le preguntó Nick sin soltarla de la cintura; ella no sabía qué era lo que la afectaba más si él o el paisaje. Nunca había visto ni sentido nada parecido. Estaba rodeada de cráteres de diferentes tamaños, no había ni un ápice de hierba en el suelo y el silencio era casi espiritual–. En abril de 1730 muchos de estos cráteres entraron en erupción –le contó apretándola contra sí–. La gente creyó que los dioses se estaban riendo.

Liza nunca había sido tan consciente de la presencia de un hombre. Sí que había tenido novios, incluyendo uno al que creía amar hasta que se prometieron e hicieron el amor por primera vez, resultó un verdadero desastre… y el fin de la relación. Pero jamás nadie la había afectado tanto como Nick, tenía que hacer un esfuerzo por luchar contra las oleadas de deseo que estaba experimentando.

–Es fascinante –respondió ella mirándolo.

–No tanto como tú, Liza.

De pronto, el ambiente se llenó de tensión. Podía notar su mano sobre el vientre desnudo, sus dedos rozándole la piel y sus labios a punto de besarla… Pero, para su sorpresa, lo que hizo fue dar un paso hacia atrás y alejarse de ella.

–Pero todavía no has visto nada, pequeña –bromeó no sin cierto esfuerzo.

¡Dios! Había estado a punto de besarla. ¿Cómo demonios podía ser capaz de pensar siquiera en hacer el amor con Liza Summers hasta no estar seguro de quién era exactamente? La respuesta vino en forma de nudo en el estómago.

Liza no sabía del todo si se alegraba, pero a partir de ese momento ambos recuperaron la armoniosa camaradería que los había unido en el pasado. Nick era un guía estupendo que la llevó por algunos de los rincones que merecía la pena ver en la isla y después fueron a un impresionante restaurante ubicado en otro volcán.

–No me lo puedo creer –dijo ella con los ojos abiertos de par en par y sin poder dejar de reír mientras observaba el pozo volcánico abierto en mitad del restaurante.

La comida fue sorprendentemente divertida y Liza no podía dejar de pensar en lo relajado que se le veía a Nick a pesar de que se suponía que su entorno natural estaba entre la jet set. Más tarde siguieron visitando la isla, incluyendo un precioso lago y unas cuevas volcánicas habitadas por diminutos cangrejos blancos.

–No me extraña que tengas una casa aquí, te encanta este sitio –comentó Liza al ver lo entusiasmado que parecía. Las horas habían pasado volando, el día entero había sido una delicia.

–Sí, además la sismología es una de mis aficiones –Nick pensó que si le contaba algo de sí mismo quizá ella empezara a confiar en él y pudiera finalmente contarle su auténtica implicación en el robo… Si es que tenía alguna. Lo cierto era que cuanto más tiempo pasaba con ella, más difícil le resultaba creer que tuviera algún tipo de relación con ese asunto. Cada vez le parecía más obvio que la pobre Liza no había sido más que una inocente mensajera de su jefe.

–Ahora lo entiendo aún más –Liza pensó que parecía lógico que a los treinta y cinco años hubiera cambiado los deportes de alto riesgo por el estudio de los fenómenos más peligrosos de la naturaleza. Pero lo que era realmente peligroso era el efecto que tenía en ella–. Pero, ¿tenemos que verlo todo en un solo día? –dejó caer con la esperanza de que Nick se diera por aludido y la invitara a salir otro día.

Observó su bella sonrisa, aquellos labios estaban pidiendo a gritos que la besara y tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no hacerlo… Era demasiado pronto.

–No, claro que no. Te llevaré de vuelta al hotel ahora mismo, además yo tengo que encargarme de un par de cosas de trabajo –al decir aquello vio cómo la decepción se asomaba al rostro de Liza. ¡Dios! Se moría de ganas de besarla, llevaba todo el día reprimiendo esas ganas. Tenía que controlarse, pero se prometió que llegaría el momento en el que no fuera necesario…

Tenía que volver a llamar a Carl para informarle de que todo estaba saliendo de acuerdo con el plan y para que él le pusiera al corriente de los últimos avances en la investigación.

–Te llamaré a las ocho y saldremos a cenar.

En los labios de Liza se dibujó una tímida y encantadora sonrisa de satisfacción.

–Hola, Nick –lo saludó Carl por teléfono, parecía muy contento–. Tu información era correcta. Fuimos a la óptica y encontramos a Daidolas con los diamantes. Parece ser que fue joyero antes que óptico; él inspecciona las piedras y pasa la tasación al intermediario que hay en Marruecos, que es además el que se pone en contacto con la empresa de seguros.

–Entonces ya los tenemos –dijo Nick lleno de esperanza.

–No del todo. Nos falta Henry Brown, que es el cerebro de la operación. Es él el que lo organiza todo, su empresa fleta un yate que sale desde Marbella. Se supone que es para entretenimiento de los empleados pero en realidad el capitán es el que recoge los diamantes en suelo africano y, desde allí, los transporta hasta Lanzarote.

Nick hizo un gesto de rabia, había esperado que Carl le confirmara que Liza no estaba implicada, pero desgraciadamente al llevar el paquete a la óptica se había metido de lleno en la trama.

–Entonces solo tenemos que atrapar a Henry Brown –concluyó Nick.

–Ojalá fuera tan sencillo. Esta mañana, después de que le diera el paquete a la mujer –a Nick no le hizo ninguna gracia oír que su amigo se refería a Liza como «la mujer»–, él mismo la siguió hasta la óptica, pero después le perdimos la pista.

–¿Cómo es posible? Creí que la policía estaba siguiéndolo.

–Tranquilo, Nick. Así es, pero no te preocupes porque tenemos un plan. Sabemos que esta vez el intercambio con la empresa de seguros va a tener lugar en Lanzarote, e incluso hemos averiguado el nombre de un par de miembros de la tripulación del yate donde va a hacerse dicho intercambio, así que es solo cuestión de tiempo. Una vez que tengamos a Daidolas será muy sencillo atrapar a toda la banda.

–Pero eso no cambia el hecho de que lo hayáis perdido –dijo Nick en algo parecido a un gruñido.

–Vamos, Nick, no le des tanta importancia; además, tú tienes a

la chica, la policía puede interrogarla. Seguro que sabe algo.

Nick se puso en tensión al imaginarse a Liza sometiéndose a un interrogatorio de la policía. Al principio sintió rabia, pero la rabia dejó paso a otra emoción que no habría sabido cómo denominar, solo sabía que era algo completamente nuevo para él. En ese momento juró que haría cualquier cosa para evitar que aquello sucediese. Contó hasta diez antes de contestar fingiendo estar tranquilo.

–No te preocupes por la chica. Si sabe algo, yo te lo diré… he quedado con ella para cenar.

–¿Qué? ¿Estás loco? La has dejado sola, puede haberse escapado y contactado con Brown. Eso nos arruinaría el plan.

–No te preocupes, Carl. Te aseguro que Liza estará esperándome cuando vaya a recogerla para cenar. ¿Acaso ha fallado alguna vez el toque Menéndez? –le preguntó él con sorna–. Ninguna mujer ha escapado jamás de mí y te puedo asegurar que Liza no es ninguna excepción –al decir eso rezó por que su amigo lo creyera. No sabía por qué, pero tenía muy claro que no quería que Liza cayera en manos de la policía o de Carl, por muy amigo suyo que fuera.

–Tienes razón –respondió con una carcajada–. Pero recuerda que es esencial que tengas a la chica controlada en todo momento.

–Eso está hecho –aseguró pasándose la mano por el pelo lleno de preocupación–. Haré todo lo necesario para conseguir la información y después te llamaré.

–Eso es, haz «todo lo necesario» –bromeó su amigo–. Es guapa, ¿verdad?

–Te diré que no es ningún esfuerzo estar con ella –admitió Nick–. Bueno, luego hablamos –y colgó el teléfono con una furiosa expresión en el rostro.

Tenía la cabeza hecha un lío, no sabía si Liza seguía siendo la persona que él había conocido o se había convertido en una bella mujer que vivía de su astucia y utilizaba su empleo como una simple tapadera. Claro que también era posible que fuera completamente inocente y solo estuviera siguiendo las órdenes de su jefe…

Debía interrogarla aquella misma noche, debía hacerle algunas preguntas sobre Henry Brown y pedirle a sus empleados que investigaran las cuentas de Liza porque él no se veía con fuerzas para hacerlo. Quizá fuera porque todavía guardaba maravillosos recuerdos de la dulce niña que había sido en otro tiempo.

Pero, ¿a quién quería engañar? Con solo mirarla una vez, todo su cuerpo se había estremecido como no lo había hecho nunca. Cierto era que se trataba de una mujer muy bella, pero él estaba acostumbrado a la compañía de mujeres bellas y nunca había sentido el impulso de protegerlas. Entonces, ¿por qué con ella sí? Podría argumentar que era para evitarle a su familia la vergüenza de un juicio, pero sabía que no sería verdad, la verdad era que la deseaba con todas sus fuerzas. Se había pasado el día entero en un estado de excitación. En realidad en aquel mismo instante le habría dado igual que fuera una peligrosa ladrona con tal de poder tenerla en su cama.

Se sirvió un vaso de whisky que apuró de inmediato y después salió de casa.

Tres horas después, tras salir de la ducha, Liza echó un vistazo a la ropa que había llevado consigo. Tenía que reconocer que estaba nerviosa, por primera vez desde hacía muchos años, estaba deseando salir con un hombre. Fantaseó sobre cómo evolucionaría la velada: una conversación interesante a la luz de las velas, algunas delicadas caricias, quizás algún beso… e incluso algo más….

Sabía que Nick se sentía atraído por ella y por primera vez, ella también se planteaba la posibilidad de tener relaciones con un hombre, y no con un hombre cualquiera, sino con Nick Menéndez. El hombre que había visto ese día era maduro, interesante y estaba claramente interesado en ella. Esa vez estaba dispuesta a dejarse llevar y a no pensar en las consecuencias. Quizá aquello fuera el comienzo de algo importante…

Liza acabó decidiéndose por un vestido negro, ajustado y sin mangas; la fina tela se cruzaba en el escote y se ataba en la cintura. Por si la noche refrescaba, al conjunto le añadió un suave chal gris. La imagen que le devolvió el espejo la dejó muy satisfecha y aún un poco más cuando se dejó el pelo suelto cayendo sobre los hombros. Justo cuando se estaba ajustando las sandalias de tacón, sonó el teléfono, la avisaban de que Nicolás Menéndez la esperaba en recepción. El corazón le dio un pequeño saltito.

Lo vio nada más salir del ascensor, estaba apoyado en el mostrador de recepción, riéndose de algo que le había dicho la joven recepcionista. Le sorprendió sentir un pinchazo en la boca del estómago que recordaba mucho a los celos, algo que desapareció inmediatamente en cuanto vio la sonrisa que se dibujó en su rostro al verla. Durante el día le había parecido que

estaba guapísimo vestido de vaqueros, pero ahora que lo veía con aquel impecable traje oscuro, aquella camisa blanca y la sencilla corbata negra pensó que así estaba sencillamente impresionante. Tenía una especie de aura de masculinidad que seguramente actuaba de imán para cualquier mujer y que a ella en particular le ponía de punta el vello de todo el cuerpo.

No pudo evitarlo, observó fascinada cómo se acercaba a ella lentamente, sin dejar de mirarla a los ojos. Se detuvo a un metro mientras ella se repetía que aquello no era más que una reacción química, puro y sencillo deseo. No era la rendida adoración de antaño, por supuesto que no.

–Siento haberte hecho esperar, Nick.

–Merecía la pena esperar –afirmó mirándola de arriba a abajo–. Estás impresionante.

–Gracias –murmuró ella–. No sé si habías planeado algo para la cena, pero se me había ocurrido que, ya que hoy has sigo tú mi guía, me dejes que ahora te invite a cenar aquí, en el hotel –sugirió intentando sacudirse la oleada de deseo que la tenía casi paralizada.

–Llámame anticuado si quieres –le dijo poniéndole la mano en el brazo–, pero cuando invito a una dama a salir a cenar, soy yo el que hace los planes. Además estoy seguro de que no te decepcionaré –le aseguró con dulce coquetería mientras movía su mano del brazo a su cintura–. Se me ha ocurrido que podríamos cenar en mi casa –anunció al tiempo que se dirigían hacia la puerta–. Es que a mi ama de llaves le encanta cocinar y yo no suelo tener invitados.

Liza lo miró de reojo, su cercanía estaba dando al traste con su estrategia de mostrarse fría y sofisticada.

–Me parece buena idea. Eso sí, espero que no esté en medio de un volcán, como el restaurante de esta mañana –intentó bromear–. Podría resultar peligroso.

–No te preocupes –«lo que sí es peligroso es compartir una suite con tu jefe», pensó Nick preocupado por la información que le había dado encantada la simpática recepcionista.

–Parece que esta noche no vamos en el todoterreno –comentó Liza al ver al chófer que les abría la puerta de un enorme coche negro.

–No, he decidido relajarme y disfrutar de la cena con esta bella dama con la que pienso tomar al menos un par de copas de champán –que se sumarían al whisky que había tomado antes.

–Sabia decisión –respondió ella atreviéndose a mirarlo a los

ojos.

Al meterse al coche, Liza descubrió que, además de más cómodo que el todoterreno, era mucho más íntimo ya que sus piernas se rozaban y Nick le había pasado el brazo por detrás de los hombros. Cada vez se daba más cuenta de que estaba jugando con fuego.

La casa resultó ser un precioso edificio que combinaba la comodidad con la elegancia. Al llegar, Nick le presentó a Greta, el ama de llaves, y la llevó hasta lo que anunció como el salón.

–Al ver la mesa junto a la piscina he creído que íbamos a cenar fuera –dijo ella sinceramente.

–¡Dios, no! Lo que para vosotros los ingleses es buena temperatura, para nosotros es invierno.

–¿Y a esto lo llamas un salón acogedor? –exclamó al ver el tamaño de la mesa que les habían preparado para cenar–. Pero si aquí podrías celebrar la última cena.

Nick se echó a reír y, rodeándole la cintura con un brazo, la llevó hasta la mencionada mesa.

–No lo había pensado, es que yo suelo comer en la cocina. Supongo que, como rara vez traigo a alguien, Greta habrá querido lucirse. Ahora ponte cómoda, te aseguro que no vamos a envenenarte.

No era precisamente la comida lo que le preocupaba, allí hacía demasiado calor y no tenía nada que ver con Nick. Empezó a quitarse el chal y él acudió inmediatamente en su ayuda y, al hacerlo, le rozó un pecho. Un escalofrío le recorrió el cuerpo entero, pero hizo un esfuerzo por que no se notara y se sentó inmediatamente.

No le daba miedo estar a solas con él, de hecho le gustaba la idea. Llevaba todo el día disfrutando de su compañía más de lo que lo había hecho con ningún otro hombre en toda su vida.

–¿No te parece esto mucho mejor que un restaurante? –le preguntó cuando él también estuvo sentado–. Es mucho más íntimo… Me muero de hambre.

Liza no pudo evitar preguntarse si tendría hambre de algo más que de comida. Entonces se dio cuenta de que ella no sentía el menor apetito, seguramente porque se había visto ahogado por todos los pensamientos eróticos que él le provocaba y porque tenía la sensación de tener un millón de mariposas revoloteándole en el estómago. De pronto ya no se sentía tan segura, más bien habría querido huir, pero ya no era ninguna niña; además, Greta acababa de entrar con una enorme bandeja y una botella de

champán.

Capítulo 3

EL corcho de la botella de champán salió volando y Liza dio un pequeño salto en la silla. Estaba fuera de sí, todo era sencillamente perfecto. Nick estaba sentado a su lado, en la cabecera de la mesa y les estaban sirviendo sendas copas de un carísimo champán.

–Por ti, Liza, y por una noche muy agradable para los dos –brindó Nick cuando el servicio hubo salido.

Se esforzó por no hacer caso del ligero nerviosismo que se apoderaba de ella cada vez que volvían a quedarse solos.

–Brindo por eso –afortunadamente su voz sonó muy tranquila.

Entonces se dio cuenta de que no había podido evitar seguir con la mirada el movimiento de la copa de Nick hasta llegar a su boca, a esa maravillosa boca.

–Qué champán tan delicioso –dijo enseguida pero él tenía su mirada más seductora clavada en ella.

–Lo que es delicioso es la compañía –respondió volviendo a brindar con ella–. Me alegro de que accedieras a venir aquí a cenar. Los restaurantes son a veces tan impersonales… y yo quería hablar contigo, recordar los viejos tiempos… incluso descubrir cómo es que te has convertido en la encantadora mujer que eres –inconscientemente, su mirada bajó hasta la línea de su escote; inmediatamente Liza sintió cómo todo su cuerpo se estremecía y rezó por que su reacción no fuera tan evidente como se temía–. Me gustaría volver a conocerte tal y como ahora eres.

–A lo mejor no te gustaría.

–Imposible. Ya me encantas –dijo en voz muy baja–. Sabes que siempre me has encantado, desde que eras solo una niña. Así que comamos tranquilos y así puedes ir contándome qué has hecho todos estos años –tenía una sonrisa irresistible.

–Pues no mucho –admitió Liza, que se sentía profundamente halagada–. Y desde luego nada que requiera intimidad para ser desvelado –así comenzó a contarle lo ocurrido en su vida desde la última vez que se habían visto–. Fueron tres años de universidad en Londres y un trabajo que me gusta, como ya te he dicho. Ahora vivo en un apartamento en Londres y voy a ver a mi madre a

menudo. Ella volvió a casarse hace tres años y vive en Brighton con su marido, Jeff. Ya ves, no son precisamente secretos de estado.

–Bueno, no sé –contestó con malicia–. También podrías haberte convertido en actriz porno o bailarina del vientre; desde luego tienes la figura adecuada para cualquiera de las dos cosas. Además, todavía no me has hablado de tus amantes. Tienes un buen empleo, así que quizá tengas algún novio en las altas esferas.

Aquellas bromas insinuantes la hicieron sonrojarse como una chiquilla. ¿Acaso le estaba diciendo que eso era lo único para lo que servía, como ya había insinuado hacía tantos años? Prefirió no plantearse la duda.

–Ya sabes a qué me dedico. En cuanto al resto, me temo que eso sí es documentación clasificada –argumentó en tono seductor y desafiante.

Nick estaba seguro de ello. Era muy inteligente o increíblemente ingenua, pero tenía un aspecto demasiado sofisticado como para ser tan inocente. Fuera como fuera, tenía que averiguarlo.

–No esperaba menos de ti. Sin embargo tengo entendido que tu jefe, Henry Brown, no es tan reservado con su vida amorosa, aunque creo que está casado.

Hubo algo que no le gustó nada en ese comentario, pero prefirió no darle importancia y contestó fríamente:

–Henry Brown hace con su vida lo que quiere. Y, aunque personalmente condeno la infidelidad, debo decir que, conociendo a su mujer, no me extraña nada –lo cierto era que Margot Brown era una esnob que siempre que iba a la oficina trataba a los demás como si pertenecieran a una especie inferior.

–Te entiendo. Después de todo, debe de ser estupendo tener un jefe que paga una suite en un hotel de cinco estrellas para asistir a una conferencia y luego te ofrece unas maravillosas vacaciones pagadas. He de confesar que yo no soy ni la mitad de generoso con mis empleados –añadió Nick con sarcasmo.

Liza lo miró duramente. ¿Qué demonios estaba insinuando? No tardó en contestar a su propia pregunta. Estaba claro que estaba insultándola, como ya lo había hecho aquel día en los establos. Volvió a sentir aquella punzada de dolor que tanto tiempo le había costado olvidar.

–Es una suite con dos habitaciones –respondió ofendida por la injusticia que Nick había vuelto a cometer–. Mi jefe tuvo que marcharse repentinamente. Además, ¿qué estoy tratando de

justificar? ¿No has oído nunca el dicho: «A caballo regalado no le mires el diente»?

–Sí –respondió Nick, que no podía dejar de mirar la boca de Liza y de imaginar que se sentiría al besar aquellos labios… ¡Dios! No podía dejarse llevar por tales pensamientos. Él jamás mezclaba los negocios con el placer, claro que nunca antes había tenido que enfrentarse a una mujer como Liza. Pensó que lo mejor sería centrar su mirada en la mesa–. Supongo que tienes razón. Pero, ¿no te parece extraño que ni siquiera te haya pedido que asistas tú a las sesiones de la conferencia?

–Pues… –Liza titubeó al darse cuenta de que lo que le preguntaba era bastante lógico, eso aplacó su enfado–. La verdad es que no lo sé –admitió con toda humildad–. Solo llevo dos meses siendo su secretaria y esta es la primera vez que viajo con él. Tiene que regresar el viernes de la semana próxima para asistir a la cena de clausura, así que a lo mejor no sea tanta pérdida de tiempo.

–Eso espero –acababa de obtener la información que necesitaba; Henry Brown volvería dentro de trece días, el tiempo necesario para llevar a cabo las negociaciones y volver a recoger el dinero. Con una llamada a Carl, pondría a la policía española y a la Interpol en marcha para comenzar con las detenciones.

–Los dos volveremos juntos a Londres al día siguiente –añadió Liza.

Pero no sería así si él podía evitarlo. El hecho de que llevara tan solo dos meses trabajando para Brown le sería de mucha ayuda a Liza para demostrar su inocencia. Claro que todavía no tenía motivos para estar tan seguro de tal inocencia. Una mujer podía ser muy bella y seguir siendo una delincuente… Y sin embargo sabía que por nada del mundo quería que Liza estuviera cerca de Brown cuando fueran a arrestarlo.

Para su sorpresa, tuvo que admitir ante sí mismo que no estaba preparado para separarse de Liza ahora que había vuelto a encontrarla. Su experiencia con las mujeres le hacía entender lo que sentía sencillamente como lo que era: deseo, lujuria… Aquella mujer era una espinita que se le había quedado clavada hacía mucho tiempo y que no había podido quitarse, pero eso iba a cambiar. Quería saborear aquel maravilloso cuerpo hasta quedar agotados y poder quitársela de la cabeza para siempre.

–Lo que está claro es que tu jefe es un tipo muy afortunado –le dijo después de observarla durante unos segundos–… por tenerte a ti como secretaria.

–Gracias –respondió ella escuetamente, aunque el color volvió a subirle a las mejillas cuando sus ojos se encontraron con los de él; había algo en la expresión de su rostro que le aceleraba el corazón.

Durante el resto de la cena fue él el que llevó el peso de la conversación y Liza lo siguió encantada. Nick le contó cuáles eran sus proyectos en los diferentes países a los que se había extendido la empresa y lo hizo con pasión y mucho sentido del humor. Estaba claro que no era el tipo rico, frívolo e indolente que ella creía; era obvio que había trabajado mucho para llevar el negocio hasta donde se encontraba, pero al contarlo hacía que todo pareciese muy sencillo.

Con la última cucharada del delicioso *soufflé* deshaciéndose en su boca, Liza lo miró pensativa antes de hablar.

–En cierto modo tú y yo somos parecidos… tú estudiaste arte y no lo utilizas y yo terminé historia creyendo que visitaría todas las catedrales del mundo, y al final he acabado en una compañía financiera. Qué desperdicio.

–Tú siempre podrías cambiar de campo y dedicarte a lo que realmente te gusta –le sugirió con sinceridad. Cada vez estaba más seguro de que era inocente y, aunque no lo fuera, también tendría derecho a cambiar de vida–. Nunca es demasiado tarde, Liza. Yo podría ayudarte.

–Supongo que tienes razón –respondió ella sonriendo–. Pero no te preocupes, ya me las arreglaré –dijo recostándose sobre el respaldo de la silla en un gesto de satisfacción–. La cena estaba deliciosa, Greta es una magnífica cocinera.

–Podrás decírselo dentro de un minuto –espetó Nick cortante. Por algún motivo, le ponía furioso que estuviera tan relajada. ¿Acaso no tenía la menor idea del peligro que corría? ¿O acaso no le importaba lo más mínimo?

Aunque lo que realmente lo tenía preocupado era que ya se había perdido parte de la celebración familiar y, si mañana faltaba a la fiesta, su madre no se lo perdonaría. El problema era que no se atrevía a dejar a Liza sola en la isla sin decírselo a Carl porque él tampoco se lo perdonaría.

Llevaba un rato intentando dar con la manera de convencerla de que lo acompañara a Málaga, pero era muy difícil teniendo en cuenta lo claro que había dejado Liza que no quería volver a casa de los Menéndez. Así que tenía que idear otra estrategia. A pesar de la fe que tenía en sus dotes de seducción, dudaba mucho que Liza accediera a volar con ella a la península solo un día después

de haberse reencontrado.

Liza lo siguió hasta la biblioteca preguntándose qué habría ocasionado aquella repentina frialdad. Cuando entraron en la habitación, Greta estaba dejando la bandeja del café en una mesita, Liza le dio las gracias por la magnífica cena y fue a sentarse al cómodo sofá que se encontraba enfrente de dicha mesita. No esperaba que Nick fuese a sentarse a su lado en lugar de en el otro sillón, así que cuando lo hizo se quedó petrificada. Entonces sí se hizo obvia la tensión que había en el ambiente.

–¿Podrías servirme? –le preguntó él suavemente.

Era estúpido, pero sus palabras la hicieron imaginarse a sí misma sirviendo a Nick en más de un sentido.

–¿Leche y azúcar? –habló sin atreverse a mirarlo.

–No, gracias.

Al volverse para darle la taza, se encontró con la impresionante imagen de aquel hombre: la chaqueta desabrochada, el brazo por encima del respaldo del sofá y la camisa blanca que permitía adivinar el ligero vello masculino que le adornaba el pecho. Liza se quedó inmóvil, incapaz de reaccionar.

–¿Vas a darme el café o lo has servido para seguir sujetándolo? –bromeó él.

Se ruborizó como una colegiala. Tenía que hacer algo para deshacerse de los nervios que la paralizaban. ¿Acaso no había decidido arriesgarse con él? Solo se trataba de un hombre como cualquier otro. Pero ese era el problema, que Nick no era como los demás y ella se sentía vulnerable en su presencia. Seguramente lo mejor que podía hacer era dar la velada por terminada y marcharse a casa. Así que se bebió el café de un trago y se dispuso a ponerse en pie.

–Gracias por la velada, Nick. Pero ya va siendo hora de que vuelva al hotel –anunció mirando al suelo. Sin embargo cuando iba a levantarse notó una mano que le tiraba del brazo.

–Al menos tómate una copa conmigo antes de irte –le pidió dulcemente mientras le acariciaba la muñeca.

Liza no sabía cómo comportarse cuando la entrada de Greta la sacó del apuro.

–Su madre está al teléfono –informó dándole a Nick el teléfono inalámbrico.

¡Salvado por la campana!, pensó Nick con una sonrisa que le iluminó el rostro.

–¡Hola, mamá! –escuchó con tranquilidad cómo su madre lo

regañaba por haberse marchado a Lanzarote dejándole una nota.

–Se suponía que tenías que estar aquí hoy para cenar con tu tío y el resto de tu familia. Más te vale estar aquí para la fiesta de mañana por la noche.

–No te preocupes, allí estaré, te lo prometo. De hecho, tenía pensado salir para allá esta misma noche.

Al oír aquello, Liza se sintió profundamente tonta por haber estado fantaseando con las posibilidades de aquella noche sin saber que él ya tenía planes para el fin de semana. Ahora quedaba perfectamente claro que aquella cena no era más que lo que él había dicho: por el recuerdo de una vieja amistad. Pero la conversación todavía no había terminado…

–Por cierto, no sabes a quién me he encontrado hoy –Nick le lanzó una pícara mirada–. Liza. Liza Summers; está aquí de vacaciones, acabo de cenar con ella.

Su madre dijo exactamente las palabras que él esperaba:

–¡Vaya! Hace años que no la veo. A lo mejor podrías traerla contigo a la fiesta. Me encantaría verla.

–Bueno, ¿por qué no se lo dices tú? –entonces se recostó sobre los almohadones del sofá con maravillosa relajación–. Liza, mi madre quiere hablar contigo –le anunció dándole el teléfono.

Ella lo agarró a su pesar. Ana Menéndez era una mujer muy persuasiva, como muy bien sabía su hijo.

–Claro que me encantaría volver a verla, señora Menéndez, y es muy amable por su parte invitarme, pero no creo que deba poner a Nick en el compromiso de tener que llevarme a la península y después de vuelta a Lanzarote –cuando colgó el teléfono cinco minutos después ya se había comprometido a acudir a la fiesta al día siguiente.

–Es increíble –protestó Liza poniéndose en pie–. ¿Por qué demonios le has dicho que estaba aquí?

–Porque es cierto que estás aquí –respondió sencillamente encogiéndose de hombros y con una sonrisa diabólica.

Gracias a su madre, su problema se había resuelto. Nick había salido de casa aquella mañana con la intención de seducir a Liza y conseguir la información que necesitaba, pero el resultado era que había sido él el que había caído rendido a los encantos de aquella mujer tan bella y llena de vida. Entonces decidió que en ese mismo instante, le preguntaría todo lo que quería saber sobre el asunto de los diamantes. Pero lo cierto era que ya no le importaba lo más mínimo si era culpable o no, iba a seguir a su lado unos cuantos días más y eso era lo único que le preocupaba en ese

momento.

–Pero deberías haberte dado cuenta de que se sentiría obligada a invitarme a la fiesta.

Parecía que realmente se había indignado al darse cuenta de que la había manipulado. Seguramente aquel no era el mejor momento de sacar el tema del robo porque, si lo hacía, su indignación se convertiría en furia y así perdería su oportunidad de llevársela a la cama.

–No se me había ocurrido, pero parece una buena idea –él también se puso en pie y la agarró suavemente por los hombros–. Vamos, mi madre ha estado un poco enferma últimamente y seguro que volver a verte la anima mucho –no le dijo que la enfermedad había pasado y su estado de ánimo había mejorado ostensiblemente. De todos modos, sabía que su madre estaría encantada con la presencia de Liza–. Además, me niego a separarme de ti tan pronto. ¿Tan horrible te resulta la idea de pasar un par de días de descanso?

–Supongo que no –el caso era que no era tan mala idea. No obstante, en su cabeza seguían agolpándosele las preocupaciones y las dudas. No entendía por qué se dejaba afectar tanto por aquel hombre, que además había dejado claro más de una vez que nada había cambiado respecto a lo que sentía hacia ella.

–Piensas demasiado, Liza –le dijo al ver el gesto cariacontecido que se había apoderado de sus encantadoras facciones.

–Siempre es mejor que no pensar en absoluto –intentó ser sarcástica pero lo cierto era que no podía seguir enfadada con él.

–Relájate, vas a ver como lo pasas bien. Ahora siéntate a tomarte un coñac conmigo.

–Sí, creo que lo necesito –murmuró al tiempo que se sentaba en el sofá y permitía que él le pasase el brazo por los hombros y la estrechara contra sí.

–Ya sabes cómo es mi madre, cuando se le mete una idea en la cabeza… Además está convencida de que te ofendiste por algo que hizo y por eso no has querido volver a su casa en todos estos años. Mi avión espera en el aeropuerto y tú tienes más de una semana libre, piensa que este momento no volverá a presentarse…

Definitivamente, ese hombre sería capaz de llevarla a cualquier sitio que se propusiera. Después de tantos momentos de frustración, acababa de volver a encontrar al único hombre que la derretía con solo mirarla.

–No tengo alternativa –contestó con frialdad–. Ya le he

prometido a tu madre que iría.

–Olvídate de mi madre, ven por mí.

Entonces se miraron a los ojos y Liza dejó de estar segura de que lo que había entre ellos fuera solo atracción sexual. En la mirada de Nick había un brillo especial y ella no podía pensar en otra cosa que no fuera él, el hombre capaz de hacer que todo desapareciera a su alrededor.

–Nick –susurró sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta. Su cuerpo ya no obedecía a su cerebro, quizá por eso se acercó más a él. Lo deseaba tanto…

–Sí, Liza –respondió él pasándole una mano por la cintura para arrimarse a ella aún un poco más, hasta que sus labios tocaron los de ella, que recibieron su lengua con anticipación e indudable placer–. Sabía que acabarías siendo sensata.

Aquel comportamiento no era precisamente sensato y Liza lo sabía, pero no podía pensar. Su fuerte mano fue subiendo desde su cintura hasta llegar a un pecho y un gemido se le escapó de la boca. Una oleada de calor le recorrió el cuerpo.

–Piensa en nosotros, Liza.

–¿En nosotros? –preguntó ella confundida.

–Sí –confirmó acariciándole la cara suavemente–. Yo me tengo que marchar esta misma noche y me muero de ganas de que vengas conmigo –pronunció aquellas palabras con la boca pegada a la de ella, mientras con una mano le llevaba la suya hasta su poderosa masculinidad–. Mira lo que me haces sentir.

Liza se quedó sin respiración al notar aquello y al ver aquellos ojos negros inundados de deseo. Movió la mano ligeramente dejándose llevar por la intuición, pero enseguida tuvo miedo de hacerle daño y la retiró. Nick volvió a besarla apasionadamente, y ella le echó las manos al cuello. No podía más, necesitaba dar rienda suelta a lo que llevaba tanto tiempo deseando y pensó: «¿por qué no?»

Quizá aquella fuera su única oportunidad de hacer el amor con él y eso era lo que más deseaba en el mundo. Ya tendría tiempo de pensarlo, e incluso de olvidarlo luego.

Se acurrucó contra él y lo besó una y otra vez.

–Eres deliciosa –dijo él con un hilo de voz–. Lo vamos a pasar muy bien, ya lo verás –se sentía ligeramente culpable por lo que estaba haciendo, pero en ningún momento habría pensado que acabaría deseando a Liza de aquel modo irracional.

–Eso es una promesa –respondió provocadora justo antes de que se planteara si realmente estaba preparada para aquello. Su

único contacto con el sexo había sido tan desastroso que había acabado pensando que o la gente exageraba mucho al respecto, o ella era frígida.

Nick debió adivinar la inseguridad que sentía en su rostro porque de pronto se puso en pie y la obligó a hacer lo mismo.

–Vamos, pasaremos por tu hotel y, en menos de una hora, estaremos en el avión –y diciendo eso, le dio otro rápido beso y se dirigió hacia la puerta cuando lo que en realidad le apetecía era tumbarse allí mismo y hacer el amor en el sofá. Llevaba pensándolo todo el día… o quizá desde antes de eso, ya no estaba seguro de nada, solo sabía que tenían que marcharse.

–Parece que tu madre y tú ya lo tenéis todo arreglado, solo espero no decepcionar a nadie.

–Liza, tú jamás podrías decepcionarme –le aseguró deteniéndose antes de abrir la puerta para hacerle una caricia en la mejilla–. Pero como no nos larguemos ahora mismo, no respondo de mis actos…

Capítulo 4

BUENO, no ha sido tan horrible, ¿verdad? –le preguntó Nick desabrochándole el cinturón de seguridad después del despegue y antes de darle un sonoro beso en los labios. Observó que parecía cansada y se le ocurrió que el vuelo duraba más de dos horas y que el avión tenía una cama medianamente cómoda.

–Horrible, no, pero sí un poco apresurado –respondió ella intentando dar a la situación un ambiente de normalidad a pesar de que todavía le daba vueltas la cabeza por efecto del beso.

No estaba segura de estar haciendo lo correcto, el problema era que Nick era muy persuasivo, era una cualidad que compartía con la señora Menéndez. Como muy bien había dicho, eran solo un par de días y su madre iba a ponerse contentísima. Liza sabía que eso era chantaje emocional, pero muy convincente. Su comentario sobre lo bien que lo pasarían, unido al sensual brillo que había en su mirada explicaban perfectamente lo que pretendía. Cuando le había preguntado cómo iba a volver a Lanzarote, él le había contestado que no tenía por qué preocuparse porque él la llevaría de vuelta y su jefe ni se enteraría de que había salido de allí. Lo que indicaba que aquello no iba a ser más que una fugaz aventura.

Nick la observó detenidamente; estaba nerviosa y luchaba por ocultarlo. Prefería pensar que era la tensión sexual lo que la ponía nerviosa, pero no podía evitar preguntarse si no sería el hecho de haberse tenido que ausentar de la isla. Después de todo, a los delincuentes no les gustaba nada que les cambiaran los planes.

–Liza, relájate y disfruta del vuelo –eso era muy fácil de decir, pero no era él el que estaba a punto de regresar a la casa en la que había sufrido la mayor humillación de su vida.

–¿Habrá mucha gente en la fiesta? –estaba asustada y, aun así, no podía retirar la mirada de aquellos maravillosos ojos negros.

¿Cómo lo hacía? ¿Cómo conseguía confundirlo de aquella manera? Solo con mirarlo con sus dulces ojos azules, Nick empezaba a sentirse culpable por no haberle contado toda la verdad y, al mismo tiempo, lo excitaba tanto que dolía.

–Te preocupas demasiado –insistió mientras intentaba relajarse

él también.

Había sido un día increíblemente largo. El enfado de por la mañana se había disipado al encontrarse con ella de nuevo y conseguir la información que necesitaba. Sin embargo, tenía la sensación de haberse pasado el día entero andando en la cuerda floja; lo único que lo había mantenido alerta era la idea de atrapar a los ladrones para ayudar a su amigo y el afán por proteger a Liza. Lo que todavía no sabía era lo que iba a hacer con ella… Aunque sabía perfectamente qué era lo que más le apetecía. Esa mujer tenía la capacidad de hacer que se sintiera como un adolescente.

Se puso en pie y se dirigió a una sofá color crema que había cerca de los asientos. Se sentó después de despojarse de la chaqueta y la corbata. Sentado allí tenía una bellísima visión de las piernas de Liza. ¡Dios! Era una verdadera diosa del sexo. Daba igual que llevara unos simples vaqueros y una camiseta o un vestido de seda que estaba pidiendo a gritos que se lo quitaran de encima.

¡Qué demonios!, se dijo para sus adentros. Que fuera a intentar mantenerla lejos de la cárcel no quería decir que tuviera que mantenerla también alejada de su cama. Era una mujer bella y sofisticada mientras que él se estaba comportando como un imbécil.

–¿Por qué no vienes a sentarte aquí conmigo? –le sugirió dando unas palmaditas a su lado en el sofá–. Estarás mucho más cómoda –vio cómo ella se levantaba y caminaba hacia él con el mismo nerviosismo. Parecía tan tímida, casi inocente, y eso era parte de su encanto… o de su actuación–. Aunque a lo mejor debería enseñarte todo esto antes –le dijo poniéndose en pie y agarrándola de la mano–. El avión está dividido en cuatro partes: la cabina, el salón donde estamos ahora, el dormitorio y el baño.

Liza jamás había visto nada parecido. Así era como vivían los ricos. La mayoría de la gente que conocía vivía en apartamentos más pequeños que ese avión. Aquella idea la hizo sonreír.

–Debe de ser divertido ser tan rico.

La sonrisa que iluminaba su rostro le cortó la respiración a Nick, pero el comentario le hizo pensar si no estaría sedienta de dinero.

–Tiene sus ventajas –respondió él mientras hacía lo que llevaba todo el día pensando. La atrajo hacia sí y empezó a acariciarle los brazos y después el cuello… todo con mucha suavidad. Con la misma delicadeza fue bajando el rostro hasta

besarla en los labios. Saboreó su boca, su lengua y fue aumentando la intensidad del beso hasta que ella se entregó y empezó a abrazarlo.

–Déjame que te muestre –no añadió «el dormitorio», no era necesario.

Liza no sabía qué se estaba apoderando de ella; un momento estaba hablando con él tranquilamente y al minuto siguiente estaba derritiéndose entre sus brazos. El mero roce de su piel había hecho que sus piernas se convirtieran en gelatina incapaz de sostenerla por más tiempo, y con sus besos hacía que una oleada de calor la invadiera. Se le quedó la boca seca y los pezones reaccionaron a las caricias poniéndose duros y aún más sensibles. No podía hacer otra cosa que agarrarse fuerte a él y mirarlo fascinada. En realidad eso era exactamente lo que ella deseaba, lo que se moría por experimentar junto a él, por eso entonces fue ella la busco con ansia su boca. Se besaron con una intensidad que lo borraba todo de sus mentes, todo menos el hambre que sentían el uno por el otro, la inaplazable necesidad de estar juntos.

De pronto Liza se dio cuenta de que él la había levantado del suelo y la llevaba en brazos hacia el dormitorio. Una vez allí, la dejó sobre la enorme cama y se tumbó a su lado para seguir besándole primero la boca y luego el cuello, de ahí fue bajando hasta llegar a los pechos.

Quizá lo normal fuera que ella se hubiera sentido avergonzada ante una situación tan inusual en su vida; sin embargo tenía la sensación de que aquel era su sitio y le resultó normal incorporarse para quitarle la corbata y ayudarle a despojarse de la camisa. Después su atención se centró en aquel pecho musculoso. Era su sueño hecho realidad, llevaba tantos años esperando aquel momento y ahora temblaba de emoción ante la certeza de estar a punto de descubrir la maravilla de hacer el amor con él.

–Eres deliciosa –dijo él embobado mientras le quitaba el vestido y admiraba su cuerpo casi desnudo, solo cubierto por unas diminutas braguitas de encaje negro.

Entonces ya no tuvieron manos suficientes para acariciarse el uno al otro.

–Tú también eres delicioso –susurró ella mientras sentía su boca recorriéndole una pierna desde el tobillo hasta el muslo, pero no se detuvo ahí, sino que continuó hasta llegar al pecho, un pecho que besó y chupó. Al notar su lengua en el pezón, Liza no pudo reprimir un gemido de placer.

Aquello era algo que jamás había sentido. La calma y el deleite con los que Nick iba explorando su cuerpo una y otra vez eran una fuente de placer para ella. En el momento en el que sus dedos se colaron por debajo del encaje negro, Liza supo que no aguantaría mucho más; necesitaba estar aún más cerca de él. Se dejó llevar de una forma sorprendente para una chica que hasta entonces había creído que no le gustaba el sexo. Le resultó natural acariciar aquel pecho masculino e ir recorriendo su anatomía hasta llegar a la increíble erección, que también acarició. Jamás habría imaginado lo que se estaba perdiendo. El caso era que debía estar tan poseída por el deseo, que ni siquiera se dio cuenta cuando Nick la despojó de lo que le quedaba de ropa interior.

Una vez desnudos por completo, Nick se puso sobre ella con delicadeza y sin dejar de besarla. Ella lo envolvió en sus brazos y lo apretó con fuerza contra su cuerpo.

–Nick… –gimió ella consumida por la pasión–. Te deseo tanto.

Nick podía sentir su calor, su húmedo calor que lo llamaba a gritos. Se separó un poco de ella para sacar un preservativo de la mesita de noche; eso le permitió observarla con más detenimiento. Su melena rubia descansaba sobre la almohada y sus ojos azules brillaban como nunca; su piel tersa coronada por aquellos dos pechos firmes e increíblemente excitados… Jamás había visto nada tan bello, y ella lo deseaba.

Sabía que tenía el poder de hacer que cualquier mujer se derritiera de satisfacción y eso era exactamente lo que tenía la intención de hacerle a ella, porque nunca había deseado tanto a una mujer como deseaba a Liza en aquel instante. Su boca buscó febril la fuente de tan húmedo calor y, al encontrarla, hizo que ella gimiera y su cuerpo se arqueara de placer.

–Nick… Nick. Ahora por favor –le pidió ella con un hilo de voz.

Él obedeció y entró en ella de una vez, con una exquisita mezcla de fuerza y delicadeza. Liza respondió y juntos se movieron cada vez más rápido, agarrándose con fuerza el uno al otro hasta alcanzar el clímax, que fue una increíble explosión de placer.

Liza se quedó tumbada, exhausta pero plena de satisfacción, abrazando a Nick con la emocionante sensación de que al fin era suyo. Nada la había preparado para la pasión salvaje y primitiva que aquel hombre despertaba en ella, jamás habría sospechado que algo así podía surgir entre dos personas. Sus ojos derramaron lágrimas de felicidad; la magia y la belleza de aquel momento iba

más allá de las palabras. ¿Cómo habría podido pensar que lo odiaba? No pudo por menos que sonreír ante tan descabellada idea.

Al darse la vuelta, Nick vio su sonrisa y le dio un tierno beso en la mejilla.

–He sido demasiado bruto para ti –le dijo apoyado en un codo para poder mirarla.

–No, eres perfecto para mí –murmuró ella con satisfacción, a lo que él también sonrió–. Perfecto.

–No quiero hacerle nada malo a este maravilloso cuerpo –aseguró acariciándole un pecho y luego el vientre–. Un cuerpo que pienso explorar a fondo.

Liza se estremeció por efecto de sus palabras y por el aspecto arrebatador de Nick, desnudo, sonriente y despeinado…

–Creo que siempre supe que aquella encantadora adolescente acabaría teniendo un cuerpo capaz de tentar hasta a un santo.

Fue como volver a la realidad, todas sus alabanzas iban dedicadas a su cuerpo, lo estudiaba como un artista que estuviera admirando una estatua. Pero, ¿por qué no? Al fin y al cabo era un experto que había tenido mujeres famosas.

Tuvo que parpadear para ocultar el dolor que reflejaban sus ojos.

–Liza, ¿estás bien? –le preguntó acariciándole el pelo.

Sorprendentemente, se había sonrojado. Después de comportarse de un modo tan salvaje y tan apasionado… aunque ahora recordaba cómo se había puesto en tensión al notar sus primeras caricias íntimas. Quizá no fuera tan experimentada como él pensaba. De hecho, a menos que se equivocara, había tenido la sensación de que hacía tiempo que no había tenido un amante.

–Nunca he estado mejor –respondió Liza algo avergonzada por su escrutinio, aunque haciendo un esfuerzo por volver a adoptar el comportamiento de mujer tranquila y sofisticada–. Pero, ¿no va siendo hora de que nos vistamos?

De pronto le dio miedo que Nick se diera cuenta de que lo que para él no había sido más que un encuentro sexual entre dos adultos, para ella había significado mucho más.

–Tienes razón –respondió él mientras ella intentaba ahogar las lágrimas que amenazaban con caer.

Nick estaba algo confundido por su reacción, pero al mismo tiempo estaba seguro de que había disfrutado tanto como él. Se acercó a darle un beso achacando su comportamiento a las altas horas de la noche.

–Pareces cansada. Voy a ducharme, te propondría que vinieras conmigo pero será mejor que dejemos tal placer para otro momento, o no conseguiremos salir del avión.

Liza observó maravillada cómo Nick se ponía en pie y se dirigía sin el menor pudor hacia la puerta del baño, tras la cual desapareció. Poco después oyó correr el agua y se dio cuenta de que, si cerraba los ojos, seguía viendo sus músculos bien torneados, sus fuertes glúteos…

De acuerdo, se había acostado con Nick; tenía que recordar que eso era todo, solo sexo. Cualquier encuentro con él tendría que ser superficial y divertido, podría hacerlo sin ningún problema.

Capítulo 5

DESGRACIADAMENTE lo primero que vio al acercarse a la casa de los Menéndez fueron los establos. Aquella visión le traía recuerdos de los que prefería prescindir en ese momento, así que dedicó sus fuerzas a rememorar la imagen de sus cuerpos desnudos y unidos por una pasión que estaba deseando volver a experimentar junto a Nick.

Al bajar del coche se dio cuenta de lo nerviosa que estaba y se preguntó en qué demonios estaba pensando para volver a aquella casa; entonces vio a Nick acercándose a ella y encontró la respuesta.

–¿Estás seguro de que nos esperan a estas horas? –le preguntó al ver la ausencia de luz excepto en una ventana que, si no recordaba mal, pertenecía a la cocina–. Ya veo, tenemos que entrar por la puerta de la cocina. ¿Es que quieres esconderme como si fuera una ladrona?

Algo cambió en la expresión de Nick al oír aquello, pero Liza no habría sabido decir exactamente qué.

¡Vaya! En realidad no estaba tan equivocada porque sí era cierto que él tenía un motivo oculto para llevarla allí. Nick pensó con tristeza que Liza no tardaría en comenzar a sospechar algo. Pero su broma también le recordó que, con la excitación de la noche, había olvidado llamar a Carl para informarlo de la fecha de regreso de Brown. Era impresionante cómo esa mujer le había hecho perder la cabeza…

–¿Y eres una ladrona? –le preguntó de pronto, pero en cuanto las palabras salieron por su boca deseó no haberlas pronunciado, y no tardó en observar el desconcierto de Liza–. No, claro que no lo eres –añadió respondiendo su propia pregunta. En realidad no le convenía despertar sus sospechas en ese momento–. Excepto de corazones quizá –bromeó agarrándola por la barbilla antes de darle un rápido beso.

Por algún motivo que desconocía, Liza tuvo la sensación de que no estaba bromeando cuando le preguntó si era una ladrona. Era ridículo… estaba claro que estaba muy cansada. Prefirió dejar aquellos estúpidos pensamientos a un lado y seguir a Nick hasta la

puerta, donde los esperaba Manuel, uno de los miembros del servicio al que la madre le había encargado recibirlos.

Su aparición y el hecho de que la reconociera animó bastante a Liza; sin embargo la sensación no duró mucho porque fue entonces cuando Nick la avergonzó al pedirle a Manuel que llevara las cosas de ambos a su habitación. Inmediatamente ella lo agarró de la manga para que se detuviera.

–Espera un momento –le pidió enfadada.

–No hace falta que hables tan bajo, no hay nadie en esta parte de la casa, solo Manuel y su mujer, que llevará dormida horas –añadió con mirada furtiva y traviesa.

–No es eso. No creo que tengas la intención de meterme en tu dormitorio en casa de tu madre.

–¡Maldita sea! –¿cómo era posible que no hubiera pensado en eso? Al recibir la llamada de su madre se le había abierto el cielo porque era la manera perfecta de sacar a Liza de la isla y, si tenía que ser sincero, meterla en su cama. Sin embargo tenía toda la razón del mundo; si su madre llegaba a descubrir que había algo entre la hija de su amiga y él, haría que se casara con ella en una décima de segundo.

Tuvo que respirar hondo para asimilarlo. Desde luego el matrimonio no figuraba entre sus planes; si alguna vez sucumbía, sería para darle un heredero a la fortuna de los Menéndez. En cualquier caso, todavía quedaban años para eso… por ahora apreciaba demasiado su libertad y desde luego no se casaría con una chica como Liza, en quien todavía no estaba del todo seguro si podía confiar.

Se quedó mirándola unos segundos. Tenía que admitir que la había deseado desde el momento en que la había visto sola en el café. Era deliciosa, incluso a esas horas de la noche, con cara de cansada y el vestido arrugado como evidencia de la pasión compartida hacía unas horas. Tuvo que echar mano de todo su famoso autocontrol para no tomarla en sus brazos en ese mismo instante y llevársela a la cama. Estaba claro que no se había saciado de ella, ni mucho menos.

Lo más irónico de la situación era que él sabía que su madre estaba en Granada con sus tíos para asistir a una misa matinal y que estarían de vuelta para la comida; y sin embargo, ahora también sabía que no podría convencer a Liza de que durmiera con él mientras se encontraran en la casa de su madre. Así que se metió las manos en los bolsillos del pantalón con una enorme frustración y cambió de opinión para evitar que se enfadara con

él.

–Entonces tú dormirás en la habitación azul –también informó a Manuel inmediatamente para que le llevara las cosas.

Liza no sabía si le gustaba la idea de tener que separarse de Nick. Por una parte, se sentiría aliviada, aunque viéndolo allí con las manos en los bolsillos en una postura que hacía resaltar su potente masculinidad…

Tenía que centrarse, ¿o acaso ahora le había dado por mirar a los hombres de esa manera? No, a los hombres no, solo a él.

–La habitación azul me parece bien.

–A mí no –reconoció él–. Pero al menos allí tu honor quedará a salvo.

–Sí, gracias –respondió ella mientras intentaba lanzarle una fría mirada.

Ya en la puerta del citado dormitorio, se quedaron parados unos segundos después de que Manuel se hubiera marchado, pero Liza no tardó en disponerse a entrar.

–¿Tienes prisa por meterte en la cama? –bromeó con una seductora sonrisa mientras se inclinaba hacia ella.

Lo cierto era que sentía la necesidad de alejarse de la tensión que le provocaba la presencia de Nick. Hacer el amor con él, mejor dicho acostarse con él, no había disminuido el poder que ejercía sobre sus sentidos y su cuerpo, que reaccionaba con una simple mirada suya. Ahora sabía lo que se había estado perdiendo todos esos años y quería más.

–Buenas noches –murmuró ya casi sin fuerzas y, le habría cerrado la puerta en las narices si él no lo hubiera impedido con su pie. Al volver a abrir la puerta del todo, Nick la tomó entre sus brazos y le dio un apasionado beso que la arrastró como un tifón.

–Ahora sí, eso es un beso de buenas noches –se despidió él burlonamente.

Liza se quedó apoyada en la puerta después de cerrarla con la respiración entrecortada. Entonces observó la lujosa habitación en la que iba a dormir: había una cama con dosel cubierta con una preciosa colcha blanca, el baño no era más que una continuación del lujo, algo excesivo para su gusto, pero igualmente exquisito. Pero lo que más le llamó la atención al entrar al aseo fue la imagen que le devolvía el espejo. En su cuello había rastros inequívocos de la batalla amorosa, marcas que le habían dejado los deliciosos besos de Nick. Con solo acordarse de ello sentía cómo se le endurecían los pezones, así que prefirió meterse en la cama rápidamente e intentar no pensar más.

Sin embargo, en cuanto estuvo entre las suaves sábanas no pudo evitar rememorar todo lo vivido en el día ya acabado… Sus caricias, su pasión… Liza se pasó la lengua por los labios todavía inflamados. ¿Volvería a compartir aquella intimidad con él? Aunque lo deseaba más que nada en el mundo, también sabía que corría el peligro de enamorarse locamente de él y entonces se daría cuenta de que lo que había creído amor siendo sola una adolescente no era nada comparado con la fuerza de sus nuevas emociones. Y era consciente de que eso era algo que no debía ocurrir por nada del mundo, ya que Nick Menéndez jamás la vería como algo más que una distracción pasajera. Él era un empresario de éxito y pertenecía a una familia de renombre. No iba a perder el tiempo con una chica tan normal como ella. Decidió apagar la luz e intentar dormir.

Pero tampoco entonces encontró paz. En su sueño se veía corriendo desnuda por un bosque, persiguiendo una sombra oscura que de vez en cuando se volvía a mirarla con una dulce sonrisa; pero cada vez que creía que iba a alcanzarla, se daba cuenta de que había vuelto a alejarse. Y, cuanto más rápido corría, más desnuda se sentía y más grande y denso se volvía el bosque. Frunció el ceño a pesar de estar profundamente dormida e intentó abrir los ojos para deshacerse de la pesadilla; entonces, inexplicablemente, sintió un suave beso en la mejilla y de sus labios escapó un suspiró liberador que le permitió cerrar bien los ojos y caer en el sueño más reparador.

Nick la miró sonriendo y con las manos metidas en los bolsillos de su albornoz. Después de dejarla allí, había ido a su habitación y había llamado a Carl para informarle de los avances y convencerle de la inocencia de Liza. Le había costado mucho que su amigo entendiera que no necesitaba implicarla, ni siquiera como testigo, al menos por el momento. Aquella conversación lo había dejado inquieto porque no sabía si estaba haciendo bien las cosas. Había estado un par de horas deambulando por su habitación, tentado de abrir la puerta que comunicaba su dormitorio con el de Liza. Era consciente de los riesgos que implicaba tener una aventura con ella, sobre todo por el hecho de que era la hija de la amiga de su madre, pero había algo en esa mujer que hacía que la armadura que siempre había construido alrededor de su corazón no sirviera de nada con ella. Era la única mujer capaz de hacerlo sentir débil y fuera de control.

Finalmente había sucumbido a la tentación y había abierto la puerta con la intención de meterse en la cama con ella. Sin

embargo al verla fruncir el ceño en sueños, besó aquel precioso rostro para quitarle la preocupación y con la esperanza de que despertara, pero al oír su suspiro y sentir la relajación que acababa de alcanzar decidió marcharse de allí.

Capítulo 6

LO primero que Liza sintió al despertarse fue el frío de la mañana que la obligó a taparse hasta el cuello, después abrió los ojos y tardó unos segundos en acordarse de dónde estaba. Claro, ya no estaba en Lanzarote, por eso hacía más frío. Ya completamente despierta, le vino a la cabeza qué estaba haciendo allí y todo lo ocurrido la noche anterior.

¿De verdad se había acostado con Nick Menéndez en un avión? Sí, el dolor que sentía en ciertas partes de su cuerpo se lo confirmaba. Había hecho el amor como nunca jamás habría imaginado, se había dejado arrastrar por una pasión impensable en ella… Y con un hombre que sería la fantasía sexual de cualquier mujer. Esos pensamientos le dieron tanto calor, que se retiró las mantas hasta la cintura.

Así que habían hecho el amor, pero debía recordar que no era más que una aventura de vacaciones y, gracias a su decisión de no dormir con él, parecía que no iba a durar mucho más. A lo mejor había sido una tonta en no querer compartir su dormitorio y lo cierto era que él tampoco había insistido mucho, seguramente para Nick nada de aquello era tan importante como para ella.

–¡Cómo me gustaría tener una cámara en estos momentos! –una voz cálida y profunda rompió el silencio.

Liza se quedó de piedra al ver la imponente figura de Nick en la puerta de la habitación. Allí estaba él recién duchado con una bandeja en las manos. Iba ataviado con un largo albornoz blanco que resaltaba el negro de sus ojos y de su pelo todavía mojado. Entonces se dio cuenta de que estaba desnuda y destapada y podía sentir la mirada de Nick sobre sus pechos. Tiró rápidamente de las sábanas y se cubrió púdicamente. ¿Cómo tenía que comportarse una con el hombre con el que se había acostado la noche anterior? Aquella situación le resultaba tan poco familiar, que no sabía qué hacer ni qué decir.

–Estarías magnífica en un póster –con la melena rubia esparcida sobre la almohada, era una delicia para la vista.

Aquel comentario le recordó a Liza que Nick solo quería una cosa de ella y ella se lo había puesto muy fácil. Le dolía pensar

aquello, pero si lo que él quería era una mujer de mundo, eso era exactamente lo que iba a tener.

–Buenos días, Nick.

Se quedó parado a los pies de la cama sin entender la frialdad de su saludo cuando el rubor de su rostro reflejaba algo muy diferente. Le costaba imaginar que se avergonzara después de haber compartido con él el mejor sexo de su vida. Estaba claro que él no era el primer hombre con el que se había acostado.

–¿Buenos días? ¿Así es como me recibes? –tenía que reconocer que normalmente las mujeres con las que había estado no se mostraban tan frías–. Y yo que esperaba al menos un beso –añadió sentándose a su lado y tomándole una mano entre las suyas.

Ella la retiró inmediatamente y se quedó mirando la bandeja: había una cafetera de plata, leche, dos preciosas tazas de porcelana y un platito con galletas.

–Vas a desayunar conmigo, estupendo –dijo en tono excesivamente formal para la ocasión.

–Exacto, no pensé que te molestara –entonces se dio cuenta de que estaba aferrada a la colcha con actitud nerviosa–. Pensé que una mujer de tu apetito sexual compartiría conmigo el resto de mis apetitos –bromeó seductor.

–No… Sí… ¡Claro que no! –tartamudeó confundida y sin saber si sentirse halagada o ofendida. Ni siquiera sabía si estaba bien que estuviera en su dormitorio–. ¿Y qué pasa con Manuel… y con su mujer? ¿Y tu madre?

–Tranquila, Liza. Manuel y su esposa Marta tienen la mañana de los domingos libre y mi madre está en Granada con mis tíos, no volverá hasta dentro de varias horas. Así que no tiene por qué enterarse de que he desayunado contigo… desnuda bajo las sábanas.

Volvió a sonrojarse al pensar en su desnudez pero, para su sorpresa, en los labios de él se dibujó una sonrisa.

–Bueno, cállate y sirve el café –ordenó más relajada.

–Me encantan las mujeres que me dan órdenes… especialmente en el dormitorio.

Definitivamente, el ambiente se estaba calentando por momentos.

–Vamos, sirve el café de una vez –insistió a punto de echarse a reír–. A estas horas de la mañana no puedo hacer frente a tus insinuaciones sexuales.

–Demuéstramelo –le dijo desafiante mientras le agarraba ambas manos.

–¿Qué quieres que te demuestre? –de nada sirvió que le pusiera las manos en el pecho para alejarlo, Nick Menéndez era mucho más fuerte que todo eso. Con solo una milésima parte de esa fuerza le puso las manos por encima de la cabeza y la hizo recostarse sobre la almohada.

–Que de verdad quieres que te suelte.

A partir de ahí, todo lo demás daba igual. Teniendo sus labios tan cerca no podía pensar en nada. Él era todo lo que quería en un hombre y claro que no quería que la soltara, ni en ese momento ni nunca. Ahora sabía que lo quería todo de él: quería al amigo que había perdido, al amante que acababa de descubrir y el apoyo intelectual y emocional del que había disfrutado en otro tiempo.

–Tu madre… –murmuró en un intento de racionalidad, pero su boca no la obedecía, sino que buscaba su lengua con ansiedad y sus manos lo ayudaban a despojarse del albornoz.

Nick alzó la cabeza y la miró con unos ojos llenos de satisfacción.

–¿Nunca te han dicho que en estos momentos nunca se le debe hablar a un hombre de su madre? –le preguntó metiéndose en la cama encima de ella, pero de un modo tan delicado que ella apenas notó su peso, pero sí la fuerza de su erección en su muslo–. Claro que eso me recuerda el primer placer de cualquier hombre… el de mamar.

Entonces centró su atención en aquellos pechos blancos como magnolias coronados con los rosáceos pezones duros de excitación. Jugueteó con delicia hasta que su boca sustituyó a su mano y chupó con placer, haciendo a Liza gemir con el mismo placer. Cuando su boca se dedicó a la parte más íntima de su ser, ella lo recibió gustosa con un éxtasis que desconocía. El placer aumentaba y aumentaba hasta que ocurrió. Nick alzó el cuerpo para entrar en el calor que ella desprendía.

–¡Dios! Eres increíble.

–¡Tú también! –gritó ella abandonándose a él, siguiendo sus movimientos hasta alcanzar el clímax. Clavó sus ojos azules en la oscura mirada de él y sus bocas se unieron en un beso arrebatador.

Sorprendentemente, el placer se hizo más intenso al tiempo que Nick volvía a moverse hasta la embestida final.

Aquel hombre era capaz de hacerla disfrutar como jamás habría imaginado pero, cuando terminaron y sus cuerpos se quedaron entrelazados y bañados en sudor, Liza sintió un golpe de

temor. ¿Cómo iba a ocultar lo que sentía por él?

–Nick, por favor levántate.

–¿Qué? ¿No creerás que tengo fuerzas para levantarme ahora mismo? –no obstante se echó a un lado y se quedó tumbado a su lado–. Tendrás que darme un poco de tiempo para recuperarme.

–Vamos, ¡es muy tarde! –el sol de la mañana entraba de lleno por la ventana.

Él se echó reír sin darle importancia a su impaciencia.

–¡No tiene ninguna gracia! –sentía cómo la furia iba creciendo en su interior, sobre todo estaba enfadada consigo misma por haber tardado tan poco en olvidarse de sus escrúpulos de hacer el amor en casa de su madre–. ¿Qué va a pensar tu madre, y Manuel? Podrían llegar en cualquier momento. Pero claro, el gran Nick Menéndez nunca siente la necesidad de preocuparse por lo que opinan los demás. ¡Eres un egoísta!

Sabía que estaba exagerando, pero era incapaz de controlarse; tenía las emociones a flor de piel y sentía un enorme dolor en el corazón.

Nick se dio la vuelta para mirarla, en sus ojos había incomprensión y rabia, pero después le dedicó una sensual sonrisa.

–Me sorprende este ataque de la chica que no tuvo problemas en retozar con el mozo de cuadras en esta misma casa.

La puñalada final. Eso era lo que faltaba para desgarrarla por dentro. ¿Cómo había podido pensar que podría tener un romance con él? Lo único que quería de ella era sexo de usar y tirar. Seguía siendo el mismo arrogante y engreído de siempre.

Nick vio el dolor en sus ojos antes de que retirara la mirada de él. Por primera vez en su vida se avergonzó de sí mismo, se arrepintió de haber dicho tal estupidez. Él, que admiraba tanto a las mujeres y se preciaba de tratarlas tan bien. ¿Por qué habría dicho algo así? ¿Se estaría volviendo loco? No, era Liza la que lo volvía loco y le hacía perder el control sobre sus reacciones.

–Yo era muy joven y tonta –empezó a decirle ella llena de rabia y orgullo–. Pero he madurado mucho desde entonces, cosa que no se puede decir de ti; sigues siendo un arrogante, machista y egoísta que no tiene el menor problema en pasar por encima de cualquier mujer si eso es lo que te conviene en ese momento –diciendo eso se dispuso a salir de la cama.

Pero Nick no estaba dispuesto a dejarla marchar así.

–Liza, por favor –le pidió agarrándola por la cintura y estrechándola después entre sus brazos–. Vamos, mujer –estaba

retirándole el pelo de la cara y no pudo resistir la tentación de besarla, quería quitarle el enfado a besos, encontrar el perdón en su boca. La apretaría contra él hasta estar seguro de que se había calmado–. Insúltame tanto como quieras, pero quiero que sepas que no me gusta estar por encima de nadie, especialmente de las mujeres. Es más –añadió con tremenda sensualidad–, me gusta más que sean ellas las que estén encima –y cuando volvió a besarla, ya no encontró ningún tipo de oposición por su parte–. ¿Quieres probar?

Ella no dijo nada, no hizo falta porque fue su cuerpo el que contestó apasionadamente, moviéndose como no sabía que podía hacerlo, dejándolo entrar en ella para disfrute de ambos.

Dos horas después, Nick se echó a reír.

–Siento decírtelo, preciosa, pero es casi mediodía –le dijo incorporándose en la cama.

–¡Dios mío!

Él se volvió a mirarla y le dio un largo beso tras lo cual se quedó otra vez sedienta, ansiosa de él. Nick lo sabía, pero también sabía que debían levantarse.

–No te preocupes, Liza, no hay prisa. La comida es a la una, así que te veré abajo –le sugirió acariciándole la sonrojada mejilla–. Que no te dé vergüenza, eres nuestra invitada y todos estamos encantados de que estés aquí. Vas a ver como lo pasas muy bien.

–Será mejor que sea verdad, o pediré el reembolso –amenazó ella bromeando.

–Reembolso, no, pero estoy dispuesto a ofrecerte una repetición… –y salió de la habitación dejándola interpretar sus palabras como quisiera.

Media hora después Liza se encontraba frente al espejo comprobando su aspecto. Se había recogido el pelo en una coleta atada con un pañuelo de seda blanca, también había elegido el blanco para su camisa y unos pantalones azul oscuro que marcaban su estrecha cintura. No estaba mal… Todavía era un poco pronto, pero ya no aguantaba más sin ver a Nick. Sentía la necesidad de pellizcarse para asegurarse de que no estaba soñando. Nicolás Menéndez era su amante y se moría de ganas de gritarlo a los cuatro vientos.

Cuando Manuel le dio paso al salón, se quedó petrificada en la puerta. Allí había más invitados de los que ella había previsto y todos ellos mucho mejor vestidos que ella; los hombres de traje y las damas con elegantes vestidos de diseño. Liza recordaba las comidas en casa de los Menéndez como un acontecimiento sin

demasiadas formalidades, no había contado con que esa vez se trataba de una celebración especial. Iba a matar a Nick por no haberla avisado… si lo encontraba porque descubrió aterrorizada que no estaba en la sala.

A la que sí vio fue a la señora Menéndez, que estaba tan elegante como siempre, ataviada con lo que parecía a todas luces un traje de Chanel. Era una mujer morena y menuda, del estilo de Audrey Hepburn. Los demás asistentes eran dos parejas más o menos de la edad de Ana y otras dos más jóvenes. Liza se estiró bien, respiró hondo y caminó hacia la madre de su amante.

–Liza, cómo me alegro de volver a verte –dijo la mujer cariñosamente al tiempo que le daba un sonoro beso en cada mejilla.

En los minutos siguientes la sometió a un interrogatorio de lo más detallado, le preguntó por su madre, su trabajo y después le hizo otra invitación.

–Tu madre va a venir a finales de marzo a pasar aquí la Semana Santa. No la he visto desde que volvió a casarse, así que estoy deseando que venga. Tienes que venir con ella, podremos tener unos días solo para chicas; iremos de compras y cotillearemos. No quiero que vuelvas a desaparecer por tanto tiempo –le aseguró con enorme ternura–. Me enfadé mucho con Nicolás por marcharse a Lanzarote tan de repente cuando había prometido venir a Granada para la celebración de su tío Tomás. Pero le perdono por haberte traído.

–Yo también me alegro mucho de estar aquí. Por cierto, siento mucho que no se haya encontrado bien últimamente –pero al decir aquello cayó en la cuenta de que la señora Menéndez tenía un aspecto formidable.

–¿Eso es lo que te dijo Nick?

–Bueno… me dijo que había estado un poco delicada, pero desde luego ahora no lo parece.

–Debía referirse a la infección respiratoria que tuve hace un par de semanas, pero ya estoy estupendamente. Ya sabes, los hombres son unos exagerados. Ayer me dejó una nota en la que me decía que tenía que reunirse urgentemente con Carl Dalk en Lanzarote, y así sin más se fue en su jet. Yo estoy segura de no se trataba de nada tan vital, pero, bueno, al menos ha servido para que te trajera. ¿Tú has conocido a Carl allí?

–No –respondió Liza confundida.

–Casi mejor porque es rico y guapo –le dijo Ana–, pero también le encantan los deportes de riesgo, así que no es muy

recomendable –le explicó con gesto maternal–. Bueno, lo importante es que estás aquí y que también espero que vengas en marzo.

–Haré todo lo que pueda.

A pesar de lo que dijo, Liza estaba segura de que no iba a acudir a tal cita. Lo que había entre Nick y ella no duraría mucho, desde luego no hasta marzo, por lo que seguramente esa era la última vez que veía a la señora Menéndez. De hecho, cuanto más lo pensaba, más sospechoso le parecía todo. Empezaba a preguntarse por qué habría mostrado tanto interés en que lo acompañara a Málaga, le costaba mucho imaginar que fuera solo por su atractivo sexual, un atractivo del que creía carecer. Además, tampoco llegaba a comprender esa historia de la reunión urgente con el tal Carl Dalk porque se había pasado casi todo el día anterior con ella y, a no ser que la reunión fuera muy fugaz, era materialmente imposible que se hubiera celebrado. Claro que a lo mejor lo había visto en aquella promoción inmobiliaria…

–¿Carl trabaja en algo relacionado con la construcción? –le preguntó de pronto a Ana.

–No –le dijo extendiendo el brazo para enseñarle una pulsera–. Carl se dedica a esto, a los diamantes. Pero tengo la impresión de que últimamente no…

Nick se acercó a ella justo en el momento adecuado.

–Vaya, ya veo que os habéis encontrado –las interrumpió rápidamente–. Me temo que te voy a robar a Liza unos instantes, quiero que conozca al tío Tomás.

Liza se alegró de su llegada, pero le extrañaba enormemente que hubiera interrumpido a su madre de un modo tan grosero. De hecho, entre ambos se notaba una tensión que le confirmaba que Nick estaba ocultando algo y que Ana Menéndez también se había dado cuenta.

–Hazlo si quieres –le dijo a su hijo en tono amenazador–. Pero luego tenemos que hablar.

Dos pares de idénticos y poderosos ojos negros chocaron en una mirada llena de significado.

–Nick, espera un segundo –esa vez era Liza la que quería hablar con Nick, pero recibió la misma respuesta que Ana.

–Luego, mi tío se muere de ganas de conocerte –le dijo tirando de ella hacia otro lado del salón. Estaba preciosa y además se había vestido rapidísimo; de hecho, nunca había conocido a una mujer que se arreglara tan rápidamente. No había contado con dicha cualidad y por eso no se le había ocurrido que pudiera

llegar antes que él y encontrarse con su madre a solas. Tenía que averiguar qué le había dicho.

De pie al lado de Nick, Liza no podía dejar de hacerse preguntas sobre su extraño comportamiento. Por ejemplo no podía creer que su tío se muriera de ganas de conocerla… ¿Desde cuándo?

–Tío, esta es Liza Summers –dijo–. Es la hija de Pamela Summers, la amiga inglesa de mamá.

A la confusión de Liza se añadió el tener que conocer a la esposa de Tomás, Elena, al hermano de esta, Pablo, y a su esposa. También se enteró de que las dos parejas jóvenes que había visto al entrar eran en realidad los hijos de Tomás y de Pablo; el único de todos ellos que le resultaba vagamente familiar era uno llamado Marcos. Conversando con todos ellos dedujo que Tomás y Elena estaban celebrando sus bodas de oro, motivo por el que esa misma noche se iba a celebrar una fiesta en su honor a la que estaban invitados muchos familiares y amigos.

–Nick, necesito hablar contigo –le dijo Liza en un murmullo apartándose un poco–. Esto es una reunión familiar, me siento fatal, soy una intrusa.

La mano de Nick se deslizó desde su espalda hasta su cintura y así la condujo hasta la mesa después de decirle:

–No eres ninguna intrusa, ya te lo he dicho antes, eres una invitada.

–Puedes decir lo que quieras –replicó ella haciendo caso omiso de su intensa mirada–. Pero al menos podrías haberme avisado… No voy bien vestida.

–Pues yo te veo muy tapada –respondió con sarcasmo.

–No es eso –protestó de nuevo, pero antes de que pudiera añadir algo más, Nick estaba ayudándola a sentarse a la mesa–. Pero…

–Ahora no, Liza –le pidió otra vez, pero esa vez en un tono más peligroso.

Enseguida se sentó a su lado y le puso la mano en el muslo, por debajo del mantel. Ella se puso en tensión, no solo por su atrevimiento, sino por la reacción de su cuerpo a sus delicadas caricias. Fue justo entonces cuando se dio cuenta de que el resto de los comensales estaban en silencio observándolos a Nick y a ella con mayor o menor interés.

Sorprendentemente la comida no fue tan horrible como había temido en un primer momento y Liza lo habría pasado estupendamente si, dentro de ella, no hubiera existido la creciente

sospecha de que había un motivo oculto por el que Nick la había llevado hasta allí. No comprendía que su madre hubiera dicho que tenía una reunión con ese tal Carl y luego él no lo hubiera visto, ni siquiera le había mencionado tal cita en todo el tiempo que habían pasado juntos el día anterior.

Estaba pensando que necesitaba hablar con él y que le diera algunas respuestas cuando el tío Tomás le preguntó por qué una chica tan guapa como ella no estaba casada.

–Es que no he encontrado al hombre adecuado –le explicó con una traviesa sonrisa–. Hasta que lo he conocido a usted, claro. Pero desgraciadamente usted ya está casado.

El vino siguió corriendo durante el resto de la comida y, cuando los mayores empezaron a hablar de los viejos tiempos, Ana le sugirió a su hijo que llevara a Liza y a sus primos a los establos a enseñarles el nuevo caballo.

Ya en la cuadra, Nick se quedó de pie junto al magnífico semental y, mientras todos alababan al animal, Liza no podía dejar de mirar con admiración al propietario. Tuvo que alejarse un poco para que nadie se diera cuenta de lo que la afectaba la arrebatadora imagen de Nick. Al levantar la mirada se le cortó la respiración porque descubrió que, sin querer, había acabado en el compartimento de los establos al que le habría gustado no volver jamás. Para colmo de males, no tardó en encontrarse con la mirada de Nick, cuyo rostro estaba lleno de dureza.

Liza salió corriendo de allí y tuvo que detenerse a pocos metros para recuperar el aliento y odiarse a sí misma por reaccionar así delante de tanta gente. Estaba claro que, cuando estaba con Nick, no podía evitar volver a ser una jovencita carente de autocontrol. Unos segundos después, decidió dirigirse hacia la casa. Al diablo Nick y sus caballos.

–¿Dónde crees que vas? –le preguntó el susodicho cuando solo había caminado un par de metros.

–A cualquier sitio lejos de ti.

Había cometido un gran error. Él no se lo había dicho pero se podía leer el mensaje en su cara: seguía considerándola una fulana y seguramente había ratificado su idea al convencerla tan fácilmente de que se fuera con él… incluso de que se acostara con él el mismo día de su reencuentro. Fuera cual fuera la razón por la que la había llevado hasta allí, desde luego no había sido porque quisiera acostarse con ella; al fin y al cabo, Nick Menéndez podía

tener a cualquier mujer que se le antojara.

–Sé que he sido un poco insensible –admitió agarrándola del brazo para hacer que se detuviera–. Pero guarda tus recriminaciones para cuando estemos en la casa.

–¿Por qué iba a hacerte caso? –estaba furiosa consigo misma por haber sido tan incauta.

–Porque esto es una celebración y no quiero que la arruines haciendo una escena.

–¿Yo? Tu pobre madre…

–Ya está bien –explotó Nick. No estaba acostumbrado a que nadie cuestionara su comportamiento y desde luego no se lo iba a permitir a ella. Llevado por un impulso, la levantó del suelo y se la cargó al hombro como un saco de patatas y, en esa postura, la metió en la casa por la cocina, donde Manuel y el resto del servicio se quedaron boquiabiertos–. Muy bien, Liza, hagámoslo –le pidió duramente cuando hubieron llegado a su dormitorio.

Por una décima de segundo, pensó que se estaba refiriendo al sexo y él lo notó.

–Madre mía, solo piensas en eso… –comentó Nick en tono burlón.

–No es de extrañar estando cerca del «Semental Español» –así era como lo llamaban en las revistas del corazón.

–Liza… Liza, no deberías creerte todo lo que lees –le aconsejó riéndose con malicia–. Aunque esta mañana no he oído ninguna queja por tu parte… más bien al contrario.

–Me alegro que te parezca tan divertido –le dijo dándole con el dedo en el pecho–. Manipulador hijo de… –entonces él la agarró con fuerza por la muñeca.

–A mí nadie me habla así –la avisó lanzándole verdaderos puñales con la mirada–. Y menos una mujer de tu clase.

–¿De mi clase? –repitió ella con un nudo en la garganta.

–Vamos, Liza. Está claro que yo no he sido tu primer amante ni seré el último; además, tú tenías tantas ganas como yo desde el momento en el que nos vimos. ¿A qué viene esa indignación? –le preguntó con una crueldad de la que no le creía capaz–. ¿Solo porque ese establo te ha traído recuerdos de una indiscreción que cometiste?

Liza sintió cómo la furia se le subía a las mejillas en forma de calor. No necesitaba que le recordara la manera en la que había caído rendida a sus encantos el día anterior, y menos aún su reacción juvenil ante él hacía años.

–No entiendo cómo puedes ser tan rastrero… pero qué se

puede esperar de alguien de tu moralidad. En realidad todo esto no es por el sexo, ¿verdad? –le preguntó entonces intentando mantener la calma–. Hay algo que no consigo entender. ¿Quién demonios es Carl Dalk? Tu madre cree que ayer tenías que reunirte con él urgentemente, y no puedo creer que hayas mentido a tu madre. Claro que a mí me dijiste que acababas de llegar a Lanzarote y, mientras estuviste conmigo, no pudiste tener dicha reunión. Ya ves, no me creo lo bastante importante como para que un hombre como tú no acudiera a una cita por mí –en cuanto empezó a enumerar sus dudas, no pudo parar–. Tu madre creía que vendrías con ese tal Carl. Además, ayer me hiciste creer que Ana estaba enferma y yo no la he visto tan bien en mi vida. No me tomes por tonta, Nick.

Él recibió todas las críticas con arrogante dignidad. Sabía que algo así se acercaba, pero esperaba esquivarlo de algún modo. Sin embargo, lo que había dicho de Carl lo había puesto muy nervioso. Aunque lo que más le sorprendía era que esa mujer hubiera tenido el valor suficiente de enfrentarse a él de esa manera, eso no era nada habitual para él. Al menos no le creía capaz de mentir a su madre.

–Escucha, Liza. Carl Dalk es un viejo amigo y, a pesar de lo que tú crees, sí que hablé con él ayer, cuando te dejé en el hotel después de comer.

–Vaya –quizá fuera posible, pero no sería una reunión tan urgente si había podido dejarla para la tarde–. Entonces no era tan urgente, ¿no?

–Liza, Liza. No sabía que fueras tan desconfiada –le dijo en tono paternalista–. En cuanto a lo de mi madre, yo solo te dije que no había estado muy bien, pero tú sacaste tus propias conclusiones.

–¡Y a ti no te importó! ¿Por qué me trajiste hasta aquí? –lo miró intentando encontrar un atisbo de culpabilidad en su rostro, pero fue inútil, solo vio los rasgos arrebatadores de siempre–. ¿Por qué?

–Primero, no recuerdo que te obligara a nada. Fuiste tú la que aceptó la invitación de mi madre antes de que yo te dijera lo de su salud. Yo lo único que hice fue reforzar tu decisión cuando, como soléis hacer las mujeres, ibas a cambiar de opinión –a pesar del tono de su voz, Nick le puso las manos en los hombros con mucha suavidad–. En cuanto a la razón por la que te traje, pues porque te deseaba, así de sencillo –y bajó poco a poco la cabeza para besarla en los labios.

–No –interrumpió ella a pesar de aquel calor tan familiar que empezaba a sentir en su cuerpo traicionero.

Nick se retiró sabiendo que en aquel momento no podía contarle la verdad, no si quería mantenerla a salvo y en su cama, cosa que estaba empezando a ser de vital importancia para él, y eso le sorprendía mucho.

–De acuerdo –convino poniendo en marcha todos sus mecanismos de defensa. Pero le resultaba muy difícil viendo el deseo que reflejaban los ojos de Liza–. Vamos, sé sincera, sabes perfectamente que la atracción sexual que hay entre nosotros es demasiado fuerte como para pasarla por alto.

–Pero, ¿por qué me trajiste hasta aquí? –no podía aceptar la halagadora idea de que fuera por dicha atracción.

–Pues porque acababa de encontrarte y no quería dejarte marchar.

Sonaba maravilloso y Liza deseaba creerlo con todas sus fuerzas; deseaba creer que Nick sintiera al menos una milésima parte de lo que ella sentía por él. Claro que allí junto a él, sintiendo su cuerpo fuerte pegado a ella, sospechaba que habría conseguido hacerla creer cualquier cosa. Aunque todavía había algo que…

–Podrías habérmelo pedido directamente.

–¿Habrías aceptado? –le preguntó levantando las cejas con cierta ironía–. Sé sincera, reconoce que si te hubiera dicho que vinieras conmigo a esta casa solo unas horas después de conocernos, te habrías negado a hacerlo.

–Puede que tengas razón.

–Entonces estoy perdonado. Y, dado que hemos solucionado nuestra primera discusión, podemos dedicarnos a cosas más agradables.

Así era él, no pedía perdón, él mismo se lo concedía.

–Eres increíble –le dijo a punto de derretirse ante su mirada–. Tu increíble arrogancia nunca deja de sorprenderme.

Aquello dio paso a un apasionado beso.

–Continuaría con esto, pero no creo que debamos seguir llamando la atención –razonó con toda lógica–. Será mejor que nos preparemos para la cena, lo peor que se le puede hacer a mi madre es llegar tarde a una celebración suya. Además, eso desataría aún más cotilleos.

–Tienes razón.

–Como siempre –respondió arrogante antes de besarla de nuevo–. Antes de que me lo preguntes, sí, es una cena formal.

Vendré a recogerte a las siete para acompañarte abajo.

–Tendré que encontrar algo que ponerme.

–Está bien –le dijo seductor–. Aunque yo te prefiero desnuda –y se marchó.

Capítulo 7

DE pie bajo el agua de la ducha, Liza intentó encontrarle el sentido a todo lo ocurrido en los últimos dos días. Había ido a Lanzarote con su jefe para acudir a una conferencia y había acabado viviendo unas horas de pasión desenfrenada con Nick Menéndez. Y, si aquello continuaba, corría el riesgo de volverse a enamorar de él como una niña. Aquello la dejó paralizada, no, no podía amarlo. Claro que tampoco debería haber sido tan ingenua como para acostarse con él creyendo que su corazón saldría sano y salvo de aquella aventura.

Salió de la ducha y, después de secarse, se sentó a cepillarse el pelo enfrente del espejo llevando tan solo unas braguitas de encaje blanco. En su rostro había una sonrisa soñadora mientras evocaba todo lo sucedido el día anterior. Recordaba cada conversación, cada gesto, cada caricia…

Entonces le vino a la cabeza algo que ya le había parecido extraño en su momento, pero a lo que no había podido dedicarle el tiempo suficiente. Nada más encontrarse con Nick, él había puesto mucho interés en saberlo todo sobre su trabajo y Liza le había contado que trabajaba en Stubbs y que había viajado allí con su jefe, pero estaba segura de no haber mencionado el nombre de Henry Brown. Sin embargo, la noche anterior cuando Nick estaba bromeando sobre sus amantes de altos vuelos y ella le había dicho que eso era información clasificada, él le había dicho que eso no era lo que hacía su jefe Henry Brown, y también sabía que estaba casado.

Ahora caía en lo cuenta de lo extraño que era que un empresario tan importante como Nick supiera tanto de una pequeña empresa como Stubbs and Company y que aún quisiera saber más. Entonces le vino a la cabeza el espionaje industrial…

Veinte minutos después, ya peinada, maquillada y vestida, volvió a mirarse al espejo. El vestido que había llevado a Lanzarote para la cena de clausura de la conferencia le había resultado muy útil para la ocasión. Desde luego el resultado no estaba nada mal; estaba muy atractiva con aquel traje gris plata y las sandalias de tacón a juego… Entonces, ¿por qué se sentía tan

insegura? A lo mejor era efecto del amor.

No, no estaba enamorada, lo único que tenía que hacer era controlarse y no permitir que Nick llevara las riendas de la situación. Iba a hacerle algunas preguntas y le iba a exigir que le diera respuestas claras que despejaran sus sospechas… o demostraran que estaba completamente paranoica. Si se negaba a responder, se marcharía de allí al día siguiente. Si era cierto que Nick la deseaba tanto, iría tras ella; si no era así, lo mejor era saberlo cuanto antes.

–¡Dios, Liza! –exclamó Nick nada más abrir la puerta–. Estás increíble –su mirada confirmaba tal aseveración porque no podía apartar los ojos de ella, de admirar su cuerpo perfecto.

–¿Nunca te han dicho que hay que llamar antes de entrar? –Liza sonrió pero también dio un paso atrás cuando vio que él se acercaba.

–¿No te parece un poco ridículo a estas alturas? –le preguntó con malicia.

–Desde luego a mí no –aunque no podía evitar que se le hubiera acelerado el pulso nada más verlo de esmoquin, él también estaba impresionante.

–Si lo que quieres es formalidad, aquí la tienes –y tomándole la mano, se la llevó a los labios suavemente. Por el brazo de Liza subió un tremendo escalofrío al mismo tiempo que vio el deseo en sus ojos.

–Nunca viene mal un poco de buenos modales –respondió fingiendo tranquilidad–. Y, como ya te dije, no tengo la menor intención de acostarme contigo mientras tu madre esté en casa, y ahora lo digo muy en serio –de pronto se preguntó qué demonios hacía ella dándole a Nick Menéndez lecciones de buenos modales–. Bueno, esta vez te perdono. ¿Dónde es la fiesta?

–Sé dónde me gustaría que fuera –afirmó mirando a la cama–. Pero creo que no es posible. De todos modos, te advierto que si esa es la única manera de estar a solas contigo, a medianoche te secuestraré y te llevaré a dar un paseíto –y para confirmar que hablaba en serio, se acercó a ella y le besó el escote.

–¿Qué diablos crees que haces? –disfrazó de indignación lo que no era más que deseo.

–Vamos, Liza, no te hagas la inocente –no estaba dispuesto a tragarse su papel de ingenua. Habían pasado muchos años desde el incidente en el establo y ahora él ya sabía lo pérfidas que eran las mujeres, y esa lo era más que ninguna otra–. Será mejor que nos vayamos.

Salieron de la habitación agarrados de la mano. Mientras, Nick no podía dejar de pensar en la conversación que había tenido con su madre, si a eso podía llamársele conversación porque en realidad había sido una reprimenda maternal. Sí, Ana Menéndez le había dicho a su hijo que no podía seguir utilizando a las mujeres para su disfrute personal y que, desde luego, ella no tenía la menor intención de permitir que hiciera lo mismo con la encantadora Liza.

De hecho, le había dicho que estaba segura de que la razón por la que la muchacha había desaparecido de allí durante tantos años era porque probablemente entonces él había intentando algo con ella y la había asustado. Según ella Liza era una buena chica.

Poco le había faltado a Nick para dejarse llevar por la indignación y explicarle lo equivocada que estaba con Liza y que donde realmente era buena era en la cama. Pero se trataba de su madre, la única persona con derecho a hablarle así, por muy injusto que fuera lo que estaba diciendo. Lo que no conseguía entender era lo que lo había impulsado a intentar proteger a Liza en el asunto de los diamantes, ya había pasado la época de rescatar a damiselas en apuros. Entonces, ¿por qué? La única respuesta que se le ocurría no le gustaba lo más mínimo, así que prefirió no pensarlo.

Cuando habían dado solo unos pasos por el largo pasillo, Liza se detuvo en seco y le tiró de la mano.

–Espera un momento, Nick. Tengo que hablar contigo –le dijo con mirada preocupada–. Quiero que me digas cómo es que sabías el nombre de mi jefe, Henry Brown, porque yo estoy segura de no haberlo mencionado. Además, ¿por qué sabías que estaba compartiendo la suite con él?

Parecía que ya había descubierto su error. No era de extrañar, era una mujer muy inteligente.

–Debes de tener muy poca fe en tus atractivos si sigues buscando una razón que justifique que quiera estar contigo –respondió tajantemente–. Además de mucha imaginación, ¿qué crees, que me dedico al espionaje industrial? No suelo dar explicaciones a nadie, pero voy a hacer una excepción. Ayer cuando llegué a tu hotel a buscarte, pregunté por ti en recepción y me dijeron que estabas en la misma habitación que un tal Henry Brown.

A Liza le había molestado mucho la insinuación de que tenía poca autoestima, pero no le impidió cuestionar su respuesta. No creía que una recepcionista estuviera autorizada a dar ese tipo de

información. Claro que si el que preguntaba era un tipo con las dotes de persuasión de Nick Menéndez, la cosa cambiaba. De hecho, recordaba lo sonriente que había visto a la recepcionista al bajar al encuentro de Nick.

–¿Te importa? –le preguntó soltándole la mano–. Me estás haciendo daño.

–No, claro –dejó caer su mano como si fuera algo desagradable.

Entonces apareció Manuel y le avisó de que tenía una llamada. Así que Liza tuvo que continuar sola, después eso sí de aceptar las disculpas de Nick por tener que dejarla. Ella se quedó pensando en lo sucedido; quizá el espionaje industrial fuera algo exagerado, pero seguía convencida de que Nick le ocultaba algo.

Al llegar al salón, decidió dejar el tema a un lado y unirse a la fiesta, donde ya había alrededor de una centena de invitados. Un camarero le ofreció una copa de champán, que ella aceptó algo cohibida. Odiaba a Nick por haberla dejado sola, pero sabía que era normal; al fin y al cabo se suponía que no era más que una amiga de la familia. Lo que ocurría era que estaba dolida por cómo había contestado Nick a su pregunta, no le había dado ninguna importancia por la sencilla razón de que tampoco ella era importante para él. Entonces recordó algo que siempre había pensado: no solo el deseo era importante en una relación, también tenía que haber respeto y confianza, por no hablar de amor. Así que lo mejor era acabar con aquella aventura cuanto antes. La decisión estaba tomada, se marcharía a la mañana siguiente antes de que Nick le rompiera el corazón. Ahora solo tenía que superar la noche.

Sentado a la mesa de su despacho, Nick escuchó con rabia cómo habían ido evolucionando los acontecimientos. Según le contó Carl, una empleada de Daidolas había recibido una paliza a manos de dos hombres, seguramente los marineros que estaba buscando la policía. Dichos hombres sabían que había habido una entrega y querían saber dónde estaba Daidolas; afirmaban que les debía dinero y que, si no se lo pagaban, se llevarían los diamantes. La empleada de Daidolas les había informado, bajo presión, que una chica inglesa había entregado un paquete. Con la misma información, la policía había tratado de encontrarla en su hotel. Alguien había llamado preguntando por la secretaria del señor Brown, y la recepcionista del hotel le había comunicado que

la ciudadana inglesa se encontraba en la península con el señor Menéndez.

En ese momento, Nick lamentó ser un reputado empresario ya que, como muy bien dedujo Carl, los dos matones no tardarían en relacionar ese apellido con el del famoso «Semental Español».

Tras hacer un par de llamadas más, Nick salió del despacho con la preocupación de que aquellos tipos pudieran presentarse allí en busca de Liza y, aunque la casa contaba con importantes medidas de seguridad, decidió que lo mejor sería sacarla de allí cuanto antes.

Liza echó un vistazo a la multitud, no había ni rastro de Nick. Justo entonces se acercó a ella Marcos, el hijo de Tomás. Y le preguntó si quería bailar con él. Ella se sintió aliviada de ver una cara conocida y amable. Marcos era un joven de veintitantos años, era muy guapo y lo sabía. Liza intuyó que estaba coqueteando con ella, pero no le importó. Al notar que la agarraba por la cintura, se dio cuenta de que él no le provocaba ningún escalofrío con solo rozarla.

–No te acuerdas de mí, ¿verdad?

–¿Debería hacerlo? –respondió Liza riendo.

–Estuve aquí un verano hace muchos años. Tú tenías dieciséis años, yo doce y me quedé prendido de ti, pero tú solo tenías ojos para uno de los mozos de cuadra.

–Vaya, no pensé que fuera tan obvio.

–Seguramente solo lo fuera para mí –admitió él riéndose.

La amena conversación continuó después de dejar de bailar y a ella se unieron otros amigos suyos. Precisamente en el momento en el que terminó de bailar con uno de ellos, notó que una fuerte mano masculina le agarraba el brazo y la separaba del grupo.

–¿Lo estás pasando bien, Liza? –le preguntó Nick con salvaje ironía–. ¿Haciéndoles un regalito a esos muchachos?

Liza se soltó de él bruscamente y, al mirarlo, vio en sus ojos una oscura expresión que la dejó helada.

–¿Qué esperabas, Nick? ¿Creías que me iba a quedar ahí parada como un florero? Pues lo siento mucho, pero esto es una fiesta y tengo la intención de pasarlo lo mejor que pueda –en otro momento se habría sentido dolida por su actitud, ahora estaba sencillamente furiosa.

–Eso está claro –respondió con desdén–. Ese chico con el que estabas bailando estaba tan pegado a ti, que parecía que te estaba haciendo el amor.

La última frase coincidió con el silencio entre canción y

canción, de modo que todos los que estaban a su alrededor pudieron oírlo. Liza le lanzó una fría mirada antes de darse media vuelta y alejarse de su lado mientras intentaba contener las lágrimas que se le agolpaban en los ojos. Aquel era el momento más humillante de su vida y tenía que salir allí cuanto antes. Pero…

–Espera, Liza –una mano enorme le agarró el brazo–. Lo siento pero… –no llegó a escuchar lo que iba a decir porque se zafó de él con un violento tirón.

Estaba profundamente ofendida y furiosa. Sin embargo, ¿por qué iba a tener que huir? Él era el que se había portado mal.

–¿Para qué quieres que espere? ¿Para que puedas seguir insultándome? –le preguntó llena de amargura–. Me parece que no. Eres un cerdo hipócrita, no te importa hacer cualquier cosa con tal de conseguir lo que deseas en el momento en que lo deseas.

–¿Has acabado ya? –le preguntó entre dientes–. ¿O quieres seguir poniéndome en ridículo delante de toda mi familia?

Liza recurrió a la poca fuerza que le quedaba para sonreír y poder contraatacar:

–Parece que te molesta probar tu propia medicina. Pero no te preocupes, mañana mismo me marcho de aquí.

Aquella mujer era increíble, era capaz de dejarlo callado con su energía y su sarcasmo… y también era capaz de ponerlo muy furioso. Aun así, y a pesar de los celos que se habían desatado en él al verla bailando con ese joven, Nick cayó en la cuenta de que lo último que había dicho era la solución a sus problemas…

–Me aseguraré de que es así acompañándote yo mismo –le dijo al oído para dejar de dar el espectáculo.

Nick tenía un chalet en Sierra Nevada, la montaña cercana a Granada, que sería el lugar perfecto para mantenerla a salvo.

–Pero antes tienes que bailar conmigo y tratar de comportarte como una dama durante el resto de la noche. ¿De acuerdo?

–Sin problema –accedió ella orgullosa. Se mordió el labio inferior para que no se le notara que le temblaba. Ya le había dejado definitivamente claro lo que pensaba de ella; ni en su peor pesadilla habría imaginado que estaría tan impaciente por verla marcharse. Estaba claro que estaba harto de ella.

Al principio de estar bailando con él, Liza hizo un esfuerzo por mantenerse distante y no dejarse llevar por lo que sentía estando a su lado, pero se rindió solo unos minutos después. Era sorprendente cómo encajaban sus cuerpos, como dos piezas de un

mismo rompecabezas. Poco a poco se fue derritiendo entre sus brazos, pero también era evidente su excitación, tanto que llegó a notarla en la pierna. Lo miró perpleja y él debió de sentirse incómodo porque la soltó inmediatamente.

–Bueno, ya hemos bailado bastante –le dijo al ver la confusión en sus ojos. De pronto Liza le parecía tan joven y vulnerable–. Será mejor que vayamos a relacionarnos un poco con el resto de los invitados.

Después de varias presentaciones llenas de corrección y formalidad, acabaron hablando con Ana Menéndez.

–Es una fiesta estupenda –dijo Liza.

–Me alegro mucho de que lo estés pasando bien, pero no dejes que mi hijo te monopolice. Hay varios solteros guapísimos por aquí, deberías hablar con ellos y mañana me pones al corriente de todo.

Lo que le faltaba, pensó Nick malhumorado, lo que menos necesitaba en ese momento era que su madre animara a Liza a coquetear con otros hombres.

–Siento decepcionarte, mamá, pero Liza tiene que marcharse mañana por la mañana. Tiene que asistir a una importante conferencia. ¿Verdad, Liza?

–Sí, me temo que sí. Lo siento mucho, Ana –y, por primera vez, se permitió el capricho de poner a prueba el autocontrol de Nick–: Le prometí a Henry… quiero decir… a mi jefe… que estaría allí para volver juntos a casa –su sonrisa era el paradigma de la sensualidad. Podía percibir el odio de Nick en su rostro, pero no le importó.

–¿Quién se va adónde? –los interrumpió una voz femenina.

–Sofía, cariño –la saludó Nick encantado derrumbando al instante toda la confianza de Liza, a la que no le quedó otro remedio que presenciar cómo la supuesta ex prometida le ponía la mano en el pecho y se acercaba para que la besara–. Te acuerdas de Sofía, ¿verdad, Liza?

–Por supuesto. ¿Qué tal? –dijo Liza con toda la falsa amabilidad que pudo encontrar dentro de sí.

–Hola. Nunca habría imaginado que volvería a verte por aquí –admitió con una mirada de indiferencia y después le dijo algo al oído a Nick, tras lo cual él se echó a reír y Liza se sintió como si acabaran de darle una puñalada.

Después de aquello no le quedó otro remedio que disculparse y alejarse de allí. Marcos volvió a servirle de agradable refugio. Y mientras bailaba con él vio que Nick estaba bailando con su ex.

En realidad no bailaban, más bien parecía que alguien los había pegado con pegamento.

–Cuando te he visto bailando con Nick –le dijo Marcos al ver dónde estaba mirando–, he pensado que salías con él.

–Madre mía, no. Solo somos amigos, nada más.

–Claro, por eso cuando llegó Sofía, Nick te agarró a ti, la chica más guapa de la fiesta, intentando ponerla celosa.

–¿Por qué iba a querer hacer algo así? –le preguntó haciéndole creer que no le importaba demasiado–. Pensé que habían roto hace ya mucho tiempo.

–Te voy a contar un secreto que Ana le dijo a mi madre y esta me contó a mí. Nick no es el tipo mujeriego que todo el mundo cree. Por lo visto hace años que encontró a la mujer de su vida, pero se separaron y ha guardado su ausencia desde entonces. Tiene que ser Sofía, ¿no crees? Ella lo dejó cuando, al terminar la universidad, se fue a trabajar a Bruselas como traductora de la Unión Europea.

–¿De verdad? –preguntó Liza con un hilo de voz.

–Sí, todo el mundo sabe que ella está muy centrada en su carrera; nunca va a las reuniones familiares, pero parece que sí ha aceptado la invitación a esta. Fíjate –señaló cuando terminó la música–. Ni siquiera se han dado cuenta de que ha terminado la canción, Sofía sigue loca por él. Parece que la estrategia de Nick ha funcionado. Quizá la próxima fiesta familiar sea la de su boda.

Liza le dio la espalda para mirarlos y entonces ya no pudo soportar por más tiempo las punzadas de dolor que sentía en el corazón, así que se despidió de los homenajeados y se fue al dormitorio tan rápidamente como pudo.

Entonces lo vio todo con claridad. Tenía razones para sospechar de los motivos de Nick, pero no se trataba de nada tan sofisticado como el espionaje industrial, sino del más común de los sentimientos. Ahora entendía por qué había insistido tanto en llevarla a la fiesta, seguramente se había enterado de que iba a asistir Sofía y había decidido llevarla a ella para darle celos, además de acostarse con ella un par de veces, cosa que tampoco debió de parecerle mal.

¿Cómo podía haber sido tan crédula de pensar que Nick querría tener una aventura con ella? Aquello no había sido más que un encuentro aislado y ella debería haberse percatado al ver que Nick se había acostado con ella en cuanto el avión había despegado del aeropuerto de Lanzarote.

Nick Menéndez era un tipo cruel que la había utilizado de la

manera más humillante. Ese era el nuevo deporte de riesgo al que se había aficionado y ella no había sido más que un premio.

Ya en la cama lloró desconsolada durante horas y, cuando estuvo tan cansada que no le quedaron lágrimas, decidió darse una ducha para intentar borrar todos los recuerdos de aquel hombre que quedaran en su cuerpo y en sus pensamientos.

Capítulo 8

CUANDO oyó que el reloj del pasillo daba las seis de la mañana, Liza se resignó a no dormir. A eso de las ocho ya estaba lista para marcharse después de haberse vestido y hecho la maleta. Salió del dormitorio tras una última mirada y se dirigió a la cocina, pero antes no puso resistir la tentación de mirar a la puerta de Nick; la encontró abierta de par en par y, dentro de la habitación, la cama perfectamente hecha. Con extremo dolor, pensó lo bien que le había funcionado lo de darle celos a Sofía, ya que no había dormido allí. Se sentía utilizada…

En la cocina encontró a Manuel preparando café.

–Señorita Liza, estaba a punto de llevarle el desayuno.

–Gracias, Manuel, pero me voy ahora mismo. ¿Podrías llamar a un taxi para que me lleve al aeropuerto de Málaga?

El hombre se quedó titubeando cerca de la pared donde estaba colgado el teléfono.

–Por favor, Manuel. Tengo mucha prisa –le insistió al ver que no se decidía a descolgar el aparato.

–A Málaga, dice. ¿Y está usted segura?

–Sí, Manuel.

–No, Manuel –le ordenó una voz profunda–. No hace falta ningún taxi, yo llevaré a la señorita a Málaga.

Le dio un vuelco el corazón al darse la vuelta y ver a Nick en el umbral de la puerta. Estaba dispuesto a llevarla con tal de asegurarse de que se marchaba. Liza se tomó el café que le había servido Manuel con estudiada lentitud con el fin de reunir fuerzas para reaccionar con frialdad.

–Eres muy amable, Nick –le agradeció con corrección–. Pero prefiero ir en taxi.

Estaba impresionante allí de pie, ataviado con unos vaqueros negros y un suéter de lana blanco. En sus ojos había una gélida mirada que no daba idea de la intimidad que ambos habían compartido.

–No digas tonterías.

Vaya, también la consideraba tonta, aquello no hacía más que mejorar.

–Solo trataba de ser razonable, no quería ponerte en ningún compromiso –le explicó con cierto sarcasmo y alzando la cabeza en un gesto de dignidad; no quería que sospechase siquiera todo el daño que le había hecho–. Estoy segura de que tienes cosas mucho más importantes a las que dedicar tu tiempo –como por ejemplo Sofía, pensó amargamente.

–Insisto, Liza. Sé lo importantes que son los buenos modales para ti.

Finalmente. aceptó y continuó explotando el poco orgullo que le quedaba.

–En ese caso no te importará llevarme el equipaje –dijo señalando la maleta en un gesto de arrogancia.

Cinco minutos después, ya metidos en el coche, Liza se dio cuenta de que Nick estaba silbando tranquilamente como si no tuviera la menor preocupación en el mundo. Pero, claro, seguramente estaba recordando la noche que acababa de pasar con Sofía. Un tremendo dolor se apoderó de ella al imaginarlo abrazando a la otra mujer, acariciándola y besándola como lo había hecho con ella solo cuarenta y ocho horas antes… Tuvo que hacer un esfuerzo para tragarse las lágrimas. Estaba agotada después de no haber dormido apenas en los dos últimos días, pero solo tendría que aguantar unos minutos más hasta llegar al aeropuerto.

Mientras conducía por la estrecha carretera de montaña, Nick no pudo resistir la tentación de mirar a Liza; se había quedado dormida hacía ya bastante rato y tenía el aspecto de un ángel inocente.

La noche anterior la idea de secuestrarla no le había parecido tan descabellada como empezaba a resultarle en ese momento. No obstante, no era lo suficientemente descabellada como para obligarlo a dar media vuelta y dirigirse al aeropuerto…

A las mentiras que le había contado a su amigo Carl ahora tendría que añadir un intento de secuestro. No estaba mal para alguien que se jactaba de ser honesto y sensato. La precaución y la sinceridad eran dos cualidades que destacaban en su comportamiento habitual y, sin embargo, cuando estaba con Liza todo eso se venía abajo y no conseguía controlarse.

Volvió a mirarla de nuevo. Tenía el mismo aspecto que cuando tenía quince años y se cayó del caballo. Él se había bajado del suyo y había corrido en su ayuda, la había encontrado con los

ojos cerrados y por un momento la había creído muerta. Tanto entonces como ahora había sentido el poderoso impulso de cuidarla y protegerla.

Suspiró con fuerza después de detener el coche a la puerta de la cabaña perdida entre las montañas nevadas. La profunda respiración de Liza era el único sonido que rompía ligeramente el silencio. Aquello era paz…

Liza abrió los ojos y miró a su alrededor aún medio dormida. Se puso recta en el asiento sin atreverse a mirar a Nick.

–Estupendo, ya hemos llegado.

–Me alegro de que te guste –le dijo él desabrochándose el cinturón de seguridad y saliendo del coche a la espera de que Liza se diera cuenta de dónde estaba.

¿A qué se refería? ¿Por qué iba a gustarle un aeropuerto?, pensó ella solo un momento antes de tomar consciencia de que el paisaje que veía no podía pertenecer a los alrededores de ningún aeropuerto. Estaban rodeados de montañas nevadas… No entendía nada.

–Sal del coche para que podamos entrar en la casa –le sugirió él con total normalidad.

–¿Salir del coche? ¿Pero es que te has vuelto loco?

Sí, eso precisamente empezaba a pensar él.

–Esto no es el aeropuerto. ¿Dónde demonios estamos?

–Por favor, Liza, cálmate –le pidió suavemente tendiéndole una mano que ella rechazó automáticamente.

–Aléjate de mí. Y no me calmaré hasta que vuelvas al coche y me lleves al aeropuerto.

De pronto se encontró en los brazos de Nick y, a pesar de sus protestas y sus golpes, la sacó del coche.

–No sé qué demonios te propones, pero ya puedes ir cambiando de opinión. Yo me voy de aquí ahora mismo –declaró con vehemencia mientras se le aceleraba el pulso por la mezcla de furia y atracción fatal que sentía ante la cercanía de Nick.

–Tú no vas a ningún sitio –le dijo estrechándola entre sus brazos.

Liza intentó luchar pero fue todo en vano porque, al notar que él iba acercándose más y más con el claro propósito de besarla, no pudo hacer nada excepto darle una patada en la espinilla, cosa que no le impidió hacer lo que quería.

–No te atrevas a volver a besarme –lo amenazó cuando se

hubo separado un poco de ella.

Nick observó su bello rostro ruborizado. Estaba claro que ella también lo deseaba, pero a la vez estaba furiosa, y no la culpaba por ello.

–La verdad es que no me apetece, no quiero salir lesionado.

–Estupendo. Y te advierto que en cuanto vuelva a la civilización pienso denunciarte por intento de secuestro y es probable que acabes en la cárcel.

–Tú y yo juntos, mmmmm –dijo burlón–. A lo mejor hasta podemos compartir celda.

–Para ti todo es un chiste, ¿verdad? –Liza estaba demasiado enfadada como para prestar atención a ese último comentario–. Pero esta vez has ido demasiado lejos. Llévame al aeropuerto inmediatamente o haré todo lo que esté en mi mano para encerrarte, preferiblemente en un manicomio.

–¿Un chiste? –exclamó Nick a punto de perder los nervios–. ¿Crees que esta situación me parece divertida? –dijo sin ocultar que estaba tiritando bajo la nieve–. Vamos, Liza, aquí fuera esta helando, entremos en la casa –le ordenó tajantemente.

–Suéltame o me pongo a gritar.

Nick miró a su alrededor para hacerla comprender lo inútil de su amenaza.

–Grita todo lo que quieras, provoca una avalancha y con ello nuestra muerte –le dijo él con cierta tristeza–. O entra en la casa y hablaremos como personas razonables.

Lo cierto era que empezaba a tener mucho frío y la nieve que caía estaba empapándole la ropa, que por cierto no era muy adecuada para ese tiempo. Siendo realista tenía que admitir que no tenía muchas opciones.

–¿Tú… razonable? Eso tengo que verlo.

Entraron en la casa y él se puso inmediatamente a preparar la chimenea. Le pidió a ella que pusiera agua a calentar para hacer un té, pero lo último que iba a hacer Liza en esa situación era obedecer sus órdenes. Si quería un té, que se lo preparara él mismo, así que agarró una revista que vio encima de una mesita y se sentó en el sofá. Esos eran dos de los pocos muebles que tenía el salón de la cabaña; además había una mesa de madera maciza, cuatro sillas, un sillón a juego con el sofá y una estantería llena de libros. Durante un momento, en lugar de ponerse a mirar la revista, no pudo evitar observarlo mientras él encendía la chimenea. Allí agachado, se le marcaban todos los músculos de los brazos y de la espalda… No, tenía que dejar de mirar aquel

increíble cuerpo, no podía dejarse arrastrar por el poder erótico que emanaba. Lo que necesitaba era pensar con claridad.

Nick era un hombre muy complejo; una persona muy respetada en el mundo de los negocios, conservador en todo lo relacionado con la familia y que proyectaba una imagen mezcla de reserva e impecable cortesía, cosa que resultaba muy atractiva, especialmente a las mujeres. Pero también podía ser implacable, como le había demostrado aquel día cuando la encontró en la cuadra, y el día anterior cuando la llevó en brazos hasta la casa.

Liza sabía que para hacerse tan rico tendría que haber hecho cosas arriesgadas, pero no creía que el secuestro fuera una de sus actividades habituales. De lo que estaba segura era de que jamás le haría daño, físico, para el emocional ya era demasiado tarde. Así que decidió relajarse y esperar hasta que llegara el momento en que le explicara por qué la había llevado allí.

Sin embargo, no fue capaz de esperar por mucho tiempo porque, en cuanto Nick encendió el fuego y se volvió hacia ella, no pudo evitar preguntarle:

–¿Dónde estamos? ¿Y por qué estamos aquí?

Él la miró durante lo que a ella le pareció una eternidad, hundió las manos en los bolsillos y se dispuso a hablar.

–Estamos en mi chalet de Sierra Nevada, cerca de Granada –respondió él con fría normalidad–. Hay un hotel cerca de aquí, así que podríamos ir allí a comer algo.

–¿Comer? ¿Esa es tu respuesta? –le preguntó con incredulidad–. ¿Alguna vez piensas en algo que no sea tu apetito?

Nick enarcó una ceja en un gesto significativo.

–No creo que de verdad quieras que conteste a eso.

–Sí… no… –rectificó confundida–. Lo que quiero es saber cómo es que mis vacaciones al sol se han convertido en una excursión a la nieve con un hombre que podría pasar por un maníaco.

Por un momento le pareció ver en los ojos de Nick algo parecido al arrepentimiento, entonces se acercó a ella y le puso la mano en la cabeza.

–Tienes el pelo mojado.

–No me extraña –dijo ella sarcástica al tiempo que se libraba de su mano. Se alegraba de estar sentada porque así era más sencillo escapar de su hipnótica mirada.

–Puede que te parezca que me he vuelto loco –empezó a decirle por fin–. Pero lo he hecho por nosotros –se puso en cuclillas y tomándole la barbilla le movió la cabeza para obligarla

a mirarlo–. Quería que estuviéramos a solas y dijiste que, mientras estuviéramos en casa de mi madre, no habría sexo. Así que…

–¿De verdad crees que soy tan estúpida como para creerme eso? –le preguntó Liza a punto de explotar–. Sabes perfectamente que anoche te acostaste con Sofía… ¿por qué me crees tan idiota? Si a mí me consideras una fulana, ¿qué eres tú entonces? Sácame de aquí ahora mismo –insistió con desdén.

–No –Nick cayó en la cuenta de que todavía recordaba las horribles palabras que le había dicho hacía tanto tiempo. ¡Dios! No había sido más que un bruto–. Liza, yo siempre te he considerado una chica encantadora –aseguró poniéndola en pie–. Y no me he acostado con Sofía.

«Una chica encantadora». A punto estuvo de creerlo, pero entonces recordó dónde estaba y por qué. Ya no sabía si conocía a aquel hombre lo más mínimo. Se mordió el labio y bajó la mirada, ya no se hacía ningún tipo de ilusiones. Entre sus brazos había perdido toda la dignidad y el respeto hacia sí misma. Pero todavía era capaz de reaccionar con cinismo:

–¿Nunca te acostaste con tu prometida?

–¡Pero eso fue hace años!

–Y lo de anoche fue por los viejos tiempos, ¿no?

–Anoche no pasó nada –en realidad se había pasado la noche entera sentado al lado de la puerta que comunicaba su dormitorio con el de Liza.

–Esta mañana tu cama no estaba deshecha –Liza se dio cuenta de que corría el peligro de dejar ver más de lo que deseaba–. Lo vi por casualidad al pasar por allí.

Nick cerró los ojos y respiró hondo; esa mujer había conseguido poner patas arriba su organizada vida en solo un par de días. Estaba furioso con ella y consigo mismo, pero había algo positivo, Liza estaba celosa.

–Vaya, me da la sensación de que estás celosa –le dijo burlonamente.

Liza sintió cómo su ponía roja de furia y luego blanca al darse cuenta de que ya no podía seguir aguantando el dolor que él le estaba provocando.

–Así que me trajiste, hiciste el amor conmigo… bueno, simplemente te acostaste conmigo para ponerla celosa. Y me imagino que ahora me has traído aquí porque tenías miedo de que le contara a Sofía la clase de cerdo que eres, ¿verdad?

–¡Dios mío! ¿En serio me crees capaz de acostarme con dos

mujeres diferentes en el mismo día? –le preguntó él decepcionado.

–Lo que yo crea no importa. Pero compadezco a Sofía por ir a casarse contigo.

–¿Casarse conmigo? ¿Es que te has vuelto loca? –de todas las cosas de las que podría acusarlo desde luego esa no era de las que habría podido imaginar. Se acercó más a ella y vio perfectamente que estaba tratando de ocultar el sufrimiento que estaba padeciendo–. No sé qué te habrán contado sobre lo que hay entre Sofía y yo, pero es obvio que no es cierto.

–No sigas mintiéndome –le pidió enfadada–. Hace tiempo que sospechaba que tenías un motivo oculto para traerme a la fiesta… Marcos me lo contó todo; es bien sabido que llevas enamorado de Sofía desde que te dejó para irse a Bruselas. Está claro que me utilizaste para ponerla celosa y no te lo perdonaré jamás.

–Liza, nada de eso es cierto –al menos en eso sí podía decirle la verdad–. Por favor, escúchame.

–Ya te he escuchado demasiado, por eso estoy atrapada en mitad de ninguna parte en lugar de estar en la piscina del hotel de Lanzarote.

Era la mujer más bella, encantadora y confundida que había conocido jamás.

–Cálmate y déjame que te explique lo que ocurrió con Sofía. Lo nuestro no fue más que un compromiso de conveniencia.

–Vamos, deja ya de tomarme el pelo –frunció el ceño al tiempo que tomaba la decisión de no seguir escuchándolo.

–No me siento orgulloso de ello, pero lo hicimos cuando mi padre cayó enfermo y nos pareció una buena causa. Mi padre siempre había dicho que antes de morir quería verme al mando de la compañía y con esposa.

Liza recordó entonces que unas Navidades su madre le había contado que el señor Menéndez tenía cáncer y el verano siguiente se enteró del compromiso de Nick.

–Así que me comprometí con Sofía para hacerlo feliz, ella estuvo de acuerdo porque esa era la manera perfecta de que su padre le permitiera ir a la universidad, cosa que le parecía una pérdida de tiempo.

–¿Esperas que te crea después de lo de anoche? –le preguntó Liza aunque en realidad, si no fuera por lo que le había contado Marcos, seguramente lo habría creído, ya que había sido un compromiso muy repentino que terminó poco tiempo después de la muerte de su padre. Los hechos encajaban y ella ya no sabía

qué pensar.

–Si lo que tú dices fuera cierto y hubiera tenido miedo de que hablaras con Sofía, te habría llevado al aeropuerto a toda prisa, ¿no crees?

–Entonces… ¿Por qué? –preguntó derrumbándose sobre el sofá–. ¿Por qué me has traído aquí?

–Será mejor que dejemos esta discusión inútil –dijo inclinándose hacia ella y estrechándola con fuerza entre sus brazos–. Solo intento proteger tu reputación –eso era lo más cercano a la verdad que podía decirle en aquel momento.

–¿Trayéndome a un chalet en mitad de la nada? ¡Pues vaya protección! –¿quién demonios se creía que era para hacer algo así? ¿Un caballero medieval que tenía que proteger a una dama indefensa? Era increíble.

–Quería estar a solas contigo y tenía la esperanza de que tú sintieras lo mismo –dijo levantándola del sofá y llevándola suavemente hacia una puerta que abrió con el codo–. Déjame que te cuide y terminemos con esto de una vez por todas.

Atrapada entre sus brazos iba notando cómo flaqueaban sus fuerzas y su mirada se perdía en aquellos maravillosos ojos negros. Retiró la vista de él un instante y se encontró con una enorme cama cubierta con un edredón de plumas.

–¿Así es cómo vas a cuidarme? ¿Llevándome a la cama?

–Calla, por favor –le pidió tumbándola sobre la cama y, antes de que pudiera protestar, se tumbó encima de ella y comenzó a besarla con extrema delicadeza–. Recuerda que hago todo esto por tu propio bien.

Capítulo 9

POR tu propio bien», de pequeña había odiado aquellas palabras más que nada en el mundo porque su madre siempre las utilizaba para obligarla a hacer algo que detestaba. Y seguían sin gustarle nada viniendo de Nick Menéndez.

–¡No! –exclamó Liza desesperada intentando salir de debajo de él–. Esto no es bueno para mí y no me digas que lo haces por mi bien.

Quizá fuera cierto lo que le había dicho de Sofía, pero seguía estando segura de que había otro motivo para haberla llevado hasta allí. Por fin consiguió bajarse de la cama y lo miró de reojo.

–No te preocupes, Liza, no tienes nada que temer. Nunca he obligado a ninguna mujer a que se acostara conmigo y no voy a empezar a hacerlo ahora –su voz parecía carente de toda emoción–. Te he contado la verdad sobre mi relación con Sofía y, sobre lo que hay entre nosotros… –hizo una pausa y en su boca se dibujó una seductora sonrisa–. La noche del avión descubrí que éramos increíblemente compatibles, sexualmente hablando. No creo que puedas negar eso.

–No, no puedo –Liza estaba muy confundida, no sabía ni qué decir ni qué pensar.

–Estupendo, ¿entonces qué te parece si empezamos de cero? –le sugirió tomándole las manos entre las suyas–. Piensa que somos dos amigos de vacaciones; eso sí, en cuanto quieras pasar a ser algo más que amigos, solo tienes que pedirlo. Mientras podemos ir a esquiar, se está celebrando el campeonato nacional.

–¿A esquiar? –no pudo reprimir una carcajada–. Nick, eres incorregible.

–¿Qué pasa, no sabes esquiar? No importa, podemos ir solo a ver a los participantes –le preguntó en tono desafiante.

–No puedo ir, no tengo nada que ponerme.

–¡Mujeres! Podemos ir a comer al hotel, allí podrás comprarte algo.

Y eso hicieron, unos minutos después habían llegado al lujoso hotel de montaña.

–No sé si recordaré cómo se esquía, no lo he hecho desde la

universidad –dijo Liza con una tierna sonrisa.

Nick la miró y se dio cuenta de que le brillaban los ojos como a una niña que estuviera a punto de montar en la montaña rusa. De pronto sintió que se le cortaba la respiración. Fue entonces cuando tuvo que admitir algo que había sabido desde el principio: Liza era tan ladrona como él. Era obvio que no era parte de su naturaleza; ella seguía siendo la persona impulsiva que se enfadaba con la misma facilidad con la que perdonaba, la misma encantadora mujer que era ya cuando la vio por vez primera a los ocho años. Ese día ella no había parado de llorar y él la había consolado.

Era incapaz de engañar a nadie, no había nada falso en ella; su rostro delataba todas y cada una de sus emociones con una claridad que era imposible ocultar y, cuando hacían el amor, lo daba todo, con una generosidad y una libertad de espíritu imposible de fingir.

Nick salió del coche resoplando. ¿Cómo había sido capaz de desconfiar de ella? Incluso cuando había dicho que quería protegerla, no había podido admitir que se había equivocado al sospechar de ella. No era más que un cínico. Rodeó el coche y fue a abrirle la puerta.

–Déjame que te ayude.

–Tan caballero como siempre –dijo Liza riendo y dándole la mano, entonces lo miró y vio que tenía los ojos clavados en ella con tal intensidad que se asustó.

–Nick –estaba apretándole tanto la mano que le dolía–. ¿Estás bien?

–Sí, sí –respondió soltándole la mano rápidamente–. Estoy perfectamente –respondió dándole un abrazo. Ahora sabía la verdad, en realidad siempre lo había sabido.

Ya en la tienda, Liza no pudo hacer nada para que no le comprara ropa suficiente como para vestirse todo el invierno:

–Vamos, Nick, esto es carísimo –insistió ella aun sabiendo que el dinero no era problema para él–. Además no es necesario.

Sus miradas se entrelazaron por un segundo.

–Quizá no lo sea para ti, pero para mí sí –aseguró con una dulzura poco habitual en él.

Después de comer juntos, subieron a las pistas de esquí, unas magníficas pistas que Liza jamás habría imaginado en España. Otra cosa que jamás habría imaginado era que Nick fuera tan popular por allí, pero descubrió que mucha gente lo saludaba con sincera amabilidad.

La práctica del esquí fue un verdadero éxito, aunque a Liza le preocupaba que las pistas por las que ella se veía obligada a bajar fueran demasiado sencillas para él. Por eso le sugirió que fuera a las más difíciles y divertidas mientras ella volvía a la cafetería y lo esperaba tomando un café.

–De eso nada, no quiero que te escapes mientras yo esquío despreocupadamente –en realidad lo que no quería era separarse de ella ni un momento hasta que los dos marineros estuvieran entre rejas.

–Te prometo que no me escaparé –le dijo Liza poniéndole la mano en el pecho, donde se encontró con la de él y sus dedos se entrelazaron automáticamente.

–Te creo –se moría de ganas de estrecharla entre sus brazos, pero le había prometido que esperaría hasta que ella se lo pidiera–. Pero lo mejor es que volvamos a casa, no es bueno excederse el primer día –además necesitaba llamar a Carl para ver cómo iba la búsqueda de los dos granujas.

Bajo el cálido chorro de agua de la ducha Liza pensaba que había sido una tarde muy agradable; esquiar le había resultado muy tonificante… y Nick había sido el acompañante perfecto. Se secó y volvió al salón en camisón y con la bata de seda azul que utilizaba cuando estaba de viaje. Nick estaba sentado en el sofá con una copa de vino en la mano.

–¿Puedes servirme una copa? –le pidió ella.

–Claro, tómatela cerca de la chimenea, vas a ver qué bien te sienta. Yo mientras voy a darme una ducha –le dijo dándole la copa de delicioso vino tinto español.

–Que disfrutes.

–Muchas gracias, señora –bromeó al tiempo que le daba en la cabeza con un cojín.

Cuando Nick salió del baño, se quedó inmóvil observando la bella imagen de Liza dormida en el sofá. Recorrió su cuerpo con la mirada; desde la melena rubia esparcida en un cojín, hasta las estilizadas piernas. Dio un paso hacia ella con la intención de besarla suavemente y la simple expectativa hizo que todo su cuerpo se estremeciera. Sin embargo se detuvo antes de tocarla siquiera.

Se fue a la cocina a llamar a Carl y cinco minutos después volvió al salón con un incómodo sentimiento de frustración: todavía no habían encontrado a aquellos dos tipos.

Se acercó poco a poco al sofá y esa vez no se detuvo.

Liza se movió inquieta y abrió los ojos.

–Nick –estaba inclinado sobre ella, el pelo negro le caía sobre la frente, la habitación estaba iluminada solo por la luz de una lamparita de noche.

–Te has quedado dormida en el sofá y te he traído al dormitorio.

–Gracias –murmuró ella. Él solo llevaba una toalla atada a las caderas. Pero lo más impresionante era su rostro, con un gesto tan tierno y seductor que la dejó cautivada; se moría de ganas de incorporarse y tocarlo, pero una voz procedente de su cabeza le dijo que no debía hacerlo. Sin embargo, no pudo resistir la tentación de acariciarle la mejilla–. ¿Dónde vas a dormir? –le preguntó resbalando la mano hasta su pecho.

Nick emitió una especie de gruñido antes de contestar.

–En el sofá.

–No hace falta –susurró poniéndole también la otra mano sobre el corazón.

–¿Sabes lo que estás diciendo? –quiso asegurarse él mirándola con ojos ardientes.

–Sí… –y antes de que pudiera decir nada más, sus bocas se habían unido en un impulso que ninguno de los dos pudo reprimir.

Nick no tardó en tumbarse a su lado y poner una mano sobre uno de los pechos, tocándole el pezón ya duro de excitación.

–¿Estás segura?

–Sí –afirmó ella firmemente.

Él comenzó a darle multitud de diminutos besos en la mejilla, la garganta y finalmente en un pecho, por el que paseó la lengua provocando en Liza verdaderos espasmos de placer.

–Nada más verte me di cuenta de que te deseaba por encima de lo razonable –le confesó con voz emocionada–. Aunque no me creas nada más, cree al menos eso.

–Te creo –volvieron a fundirse en un beso apasionado solo interrumpido por las exclamaciones de placer que emitía Nick mientras bajaba besando y chupando todo su cuerpo hasta llegar al ombligo.

–Tenemos todo el tiempo del mundo, Liza –le dijo.

Ella deseó que lo que decía fuera verdad mientras él no dejaba de besarla con un ansia que no hacía más que avivar la que ella misma sentía. Ella también lo acarició con un deseo que no tenía la menor intención de ocultar y que provocaba en él primitivos

gruñidos de disfrute. Sus manos ardientes la recorrían una y otra vez como si quisieran aprender cada centímetro de su piel, finalmente llegaron a la cara interna de los muslos, que separaron para hacerse sitio en lo más íntimo y cálido de su anatomía femenina…

—Por favor —imploró Liza, incapaz de aguantar por más tiempo.

Nick no tardó en satisfacer su petición y más bien parecía que quisiera dejar una marca dentro de ella. Primero con suaves movimientos y luego con el ímpetu de un amante experto hizo que ambos llegaran a la cima del placer más inimaginable.

—¿Estás bien después de todo lo que hemos esquiado? —le preguntó todavía sin aliento cuando estuvo tumbado a su lado, abrazándola con fuerza.

—Sí pero, ¿a qué viene eso ahora? —dijo ella con una pícara sonrisa en el rostro—. ¿Qué tienes en mente, bajar por la pista desnudos?

Nick estalló en una sincera carcajada. Aquella mujer nunca dejaba de sorprenderlo.

—Por una vez te me has adelantado; he de admitir que eso ni siquiera se me había ocurrido —aseguró dándole un casto beso en la mejilla—. Por tu culpa, ahora cada vez que te vea en una pista de esquí no podré evitar imaginarte desnuda.

—Pobrecito. Pero en realidad es culpa tuya; yo ya estaba decidida a volver a Lanzarote, lo de venir a esquiar se te ocurrió a ti —bromeaba porque, por muy a gusto que estuviera con él después del maravilloso sexo, seguía sin confiar del todo en él.

—¿Sigues decepcionada? —le preguntó muy serio—. ¿Habrías preferido sol en vez de nieve?

—No, no —prometió Liza sonriente—. De hecho creo que podré seguir soportándolo un poco más, mañana podremos seguir esquiando aunque no sea desnudos.

—Pero tienes que compensarme lo mal que lo voy a pasar en la pista.

Y lo hizo, claro si lo hizo…

Liza se miró al espejo y entendió lo que decía la gente cuando hablaba de que alguien estaba resplandeciente; ella jamás se había visto así, pero ahora lo estaba. Con aquellos elegantes pantalones de lana y el suéter de cachemira estaba objetivamente guapa, aunque sabía que no era por la ropa sino por los maravillosos cinco días que llevaba allí con Nick. Un tiempo

durante el cual habían esquiado, hecho el amor y reído mucho. También había tenido el placer de verlo rodeado de amigos por primera vez en su vida, y le había sorprendido ver a un Nick bromista y relajado. Aquello había hecho que se sintiera unida a él como no lo había estado con nadie antes.

Salió de la habitación y lo encontró en la cocina de espaldas a la puerta y hablando por el móvil:

–No, Carl, no hace falta que vengas a España. De verdad, Carl, te lo digo muy en serio –diciendo eso colgó.

–Vaya, el misterioso Carl Dalk –bromeó ella riéndose.

Nick no había percibido su presencia, así que cuando se dio la vuelta se quedó mirándola muy seria.

–¿Cuánto tiempo llevas ahí? ¿Qué has oído?

–Solo que no hacía falta que viniera –le contestó confundida por su reacción.

–Mejor.

–¿Por qué? ¿Es que no quieres que conozca a tu amigo? Según tu madre, es un tipo guapo y rico. ¿No estarás celoso?

–No digas tonterías –la interrumpió tajantemente.

Aunque se suponía que debía estar contento; habían arrestado a los dos marineros en el aeropuerto de Lanzarote cuando se disponían a tomar un avión rumbo a Málaga. Ya solo quedaba esperar el regreso de Henry Brown, cosa que, gracias a la información de Liza, sabían que sucedería una semana después. Por tanto ya no había motivo para que estuviera con ella las veinticuatro horas del día, así podría participar en el campeonato de para-esquí. ¿Por qué entonces no estaba contento?

–Solo estaba bromeando –explicó Liza rompiendo el tenso silencio.

–Pues no tiene gracia. Será mejor que hagas como que nunca has oído ese nombre –le pidió en tono ligeramente amenazador–. ¿Entendido?

No, lo cierto era que no entendía nada, pero prefirió no darle la menor importancia e intentar que esa conversación no estropeara el clima relajado de los últimos días. Por eso se acercó a él y le acarició el pecho con dulzura.

–No te molestes –la cortó en seco–. Nos hemos quedado sin preservativos.

Lo miró perpleja. No entendía qué demonios le ocurría y por qué de pronto le recordaba lo único que le importaba de aquella aventura: el sexo. Nunca había dicho lo contrario, pero a Liza le dolía no poder acariciarle siquiera sin que eso significara sexo

obligatoriamente.

–Me sorprendes, Nick –contraatacó recuperando la compostura–. Un hombre como tú debería tener un arsenal inagotable.

–¿Qué quiere decir eso de «un hombre como yo»? –le preguntó con gélida mirada–. Creo conveniente proteger a mis amantes y a mí mismo. ¿Puedes tú decir lo mismo de tus ex amantes?

Aquella insinuación fue como encender un polvorín. ¡Lo que le daba miedo era que ella le contagiara algo!

–Qué valor tienes. Seguro que tienes una lista de conquistas más extensa que la guía de teléfonos.

–Vamos, Liza, tú no eras virgen precisamente cuando te acostaste conmigo. Pero si me dices que estás tomando la píldora, yo estaré encantado de poder prescindir de los preservativos –y tuvo la desfachatez de sonreír, como si tuviera que estar agradecida por su gesto.

–No, no tomo la píldora, y solo he tenido un amante aparte de ti.

–¿Y quién fue? ¿Henry Brown?

–¿Estás loco? Es mi jefe y está casado –se sentía profundamente insultada y, sobre todo, no entendía cómo un inocente comentario sobre una llamada de teléfono había podido desencadenar todo eso.

–¿Entonces quién? –preguntó Nick ocultando lo aliviado que se sentía de que no fuera Brown.

–Eso no es asunto tuyo, solo te diré que estábamos prometidos.

–¿Estuviste prometida? ¿Cuánto tiempo? –estaba estupefacto.

–Tres días –admitió con sequedad–. La primera vez que hicimos el amor fue un auténtico desastre y ya no volvimos a intentarlo. De hecho, yo creí que era frígida.

–¡Es una broma! –ahora sí estaba estupefacto.

Claro, para un hombre de su experiencia debía de resultar estúpido. De repente la había puesto furiosa.

–Sí, es muy divertido, ja ja. Pero no, no es una broma. A lo mejor debería darte las gracias por ayudarme a descubrir que no soy frígida. Al menos cuando nos separemos no me dará miedo salir con todos los hombres que quiera.

Nick la creía; lo cierto era que la primera vez le había parecido un poco tímida, como si estuviera sorprendida por su propia respuesta. Tenía que admitir que se sentía halagado de que hubiera descubierto con él las maravillas del sexo, pero no le hacía ninguna gracia que tuviera pensado probarlo con alguien

que no fuera él. Aquel pensamiento lo dejó helado.

–Tengo que irme. Quiero ver la primera competición –anunció Nick bruscamente–. Si quieres que te lleve al hotel, date prisa –añadió mirando al reloj–. Te doy quince minutos. Claro que también puedes pasar aquí el día si quieres.

Quedarse allí si quería… lo miró para asegurarse de que era eso lo que había dicho, pero su rostro carecía de expresión.

–Tardaré solo cinco –y desapareció por la puerta del dormitorio.

Al llegar al hotel, que se encontraba además al pie de las pistas, Nick se deshizo de ella rápidamente; estaba claro que después de una semana se había hartado de bajar por las pistas fáciles, así que Liza decidió irse a tomar un café a la terraza del restaurante del hotel, desde donde se podía observar la competición a través de unos telescopios.

Las pistas estaban llenas de gente por lo que no pudo ver a Nick con el telescopio. Estaba concentrada en hacerlo cuando oyó varias exclamaciones a su espalda y se dio cuenta de que todos los demás telescopios enfocaban a otra parte de las pistas. Ella también giró el suyo y vio algo sorprendente que el señor de al lado le dijo era para-esquí:

–Se tiran de lo alto de la montaña y, si tienen la suerte de no romperse la crisma, al llegar abajo continúan esquiando –le explicó el hombre riéndose de aquella locura–. Es un deporte de alto riesgo.

Liza lanzó un grito de alarma al descubrir a través del telescopio la inconfundible figura de Nick, todo vestido de negro. Al lanzarse vio su paracaídas: rojo con un diablo de Timanfaya. Se lanzó por el precipicio haciendo que a Liza el corazón le empezara a latir con fuerza inusitada y se le cortara la respiración. Desde allí ya no se veía nada porque lo tapaba otra montaña, así que se fue dentro y pidió un whisky, que se bebió de un solo trago antes de derrumbarse sobre un sillón. Se le había revuelto el estómago y se había mareado por el miedo. Tenía miedo de que le ocurriera algo y no pudo evitar imaginarse su maravilloso cuerpo destrozado sobre la nieve. ¿Por qué hacía esas cosas?

Lo mataría en cuanto lo viera, si antes no se mataba él solo…

Entonces se dio cuenta de cómo había reaccionado y tuvo que admitir ante sí misma algo que ya sabía: se estaba enamorando de él…

Y ya podía imaginarse cómo sería amar a un hombre como él, siempre preocupada por lo que estuviera haciendo, esperando que llegara sano y salvo. No, no podía permitirse amarlo porque no conduciría a otra cosa que no fuera a un corazón roto, el suyo. Sin pensarlo dos veces se dirigió hacia la puerta a toda prisa.

Ahora entendía por qué había estado tan raro esa mañana, debía de estar nervioso por la competición.

Varias horas después, durante la cena, Liza escuchó en silencio cómo Nick y sus amigos relataban cada detalle de aquella tremenda locura. Al llegar a la casa, Nick le hizo el amor apasionadamente mientras decía algo que ella no pudo entender. Liza estaba demasiado sumergida en las profundidades del placer al que él la llevó una y otra vez hasta quedar exhaustos. Ya tumbados y abrazados sobre la cama, Nick se volvió a mirarla.

–Liza, eres una mujer increíble, creo que ya te lo había dicho. Creía que te pondrías furiosa al ver lo que estaba haciendo, y sin embargo parece que ni siquiera te has inmutado. Muchas gracias.

–No tienes por qué darme las gracias –le dijo mirándolo fijamente a los ojos. Podía ver ternura, incluso cariño en ellos, y tuvo que hacer un tremendo esfuerzo por pronunciar lo que sabía que debía decir–: Si quieres matarte es cosa tuya. Yo me largo de aquí el viernes y vuelvo a trabajar. Se han acabado las vacaciones.

A Liza le pareció sentir una ligera tensión en su cuerpo.

–Entonces será mejor que no perdamos el tiempo hablando –y volvió a ponerse encima de ella reclamando su boca con insistencia.

Liza se agachó a quitarse los esquís, pero se detuvo un segundo a observar el maravilloso paisaje blanco. Tuvo que parpadear para deshacerse de una lágrima que amenazaba con caer. Un hora después estarían camino al aeropuerto y, de ahí, a Lanzarote. Ella había previsto salir a primera hora, pero Nick la había convencido para ir a esquiar una última vez.

Aquello era el final de unas vacaciones de ensueño, aunque tenía que reconocer que la última semana ambos habían empezado, cada uno a su manera, el proceso de separación; ella para no enamorarse del todo y él… simplemente porque se acababa el tiempo. Liza volvió a poner en marcha ese proceso de separación cuando, antes de ir a cambiarse en el hotel, fue a hacerle una caricia en la mejilla a Nick, y a medio camino cambió de opinión y simplemente le retiró un mechón de pelo de la cara.

Le había dicho que se tomara todo el tiempo que necesitara, pero de pronto sintió la apremiante necesidad de dejar atrás todo aquello, así que se cambió a toda prisa sin ducharse siquiera, guardó el equipo de esquí y salió a su encuentro.

Nick esperaba con increíble tensión a que Carl contestase al teléfono. Estaba llamándole desde la terraza del restaurante, con la mirada perdida en el paisaje. Ya había hablado con él esa misma mañana mientras Liza todavía dormía y le había comunicado que el yate de Brown había llegado al puerto de Lanzarote unas horas antes, solo tenían que esperar que se reuniera con Daidolas para intercambiar los diamantes y el dinero.

Nick había convencido a Liza de que se quedara allí un poco más, le había asegurado que llegaría a la cena de gala. Aunque en realidad no importaba porque no tenía la menor intención de llevarla a Lanzarote, sino que irían en el jet directamente a Inglaterra. Cuando llegaran allí después de las dos horas y media de vuelo, ella ya no tendría tiempo de volver a la isla y entonces le explicaría todo lo sucedido.

Sabía que sospechaba algo, llevaba toda la semana notándola tensa, pero todavía no era seguro contarle nada, no hasta que hubieran detenido al maldito Brown. La noche anterior había surgido el tema cuando ella le había preguntado cómo había conocido a su jefe, Nick había conseguido que se le olvidara la conversación haciéndole el amor, pero no podría seguir engañándola por más tiempo.

Una melancólica sonrisa iluminó su rostro al pensar en ella; era tan buena y tan dulce. Resultaba muy difícil explicar cómo se sentía cuando tocaba su cuerpo desnudo, cuando haciendo el amor con ella lo hacía temblar como un adolescente con su primera novia. Solo esperaba que, cuando se enterara de todo, quisiera seguir viéndolo. Pero sin secretos… totalmente abiertos el uno al otro.

–Hola –contestó Carl por fin.

–¿Qué ha pasado? ¿Lo habéis atrapado ya?

–Misión cumplida –afirmó su amigo satisfecho–. Ha sido más fácil de lo que imaginábamos, solo hemos tenido que seguir a Daidolas, que nos ha llevado hasta Brown. Ya están los dos detenidos.

–¡Estupendo! –exclamó Nick.

Liza llegó a la puerta de la terraza, desde donde oyó la voz de Nick; estaba hablando por teléfono y, sin darse cuenta de su llegada, continuó con la conversación:

–Entonces por fin hemos atrapado a ese ladrón de Henry Brown. Espero que pase encerrado muchos años. Enhorabuena.

–Gracias, pero tú nos has ayudado mucho, Nick. Esto ha sido posible gracias a la información que te dio la chica y a haberla tenido controlada todo el tiempo.

–Créeme, controlar a Liza no ha supuesto ningún esfuerzo –declaró Nick riéndose–. Pero quería hablarte de ella, sé que creíamos que estaba implicada en el robo de los diamantes… Ahora que tenéis a Brown bajo llave…

Liza siguió escuchando horrorizada cómo Nick explicaba lo que pensaba de ella: ¡la creía una ladrona de diamantes! De pronto todo tenía sentido, jamás se había sentido tan dolida y humillada en toda su vida.

Por eso le había hecho tantas preguntas sobre su trabajo y sobre su jefe. Todo lo que había sospechado de él era cierto, había un motivo oculto para llevarla a España y conocía a Henry Brown por una razón totalmente ajena a ella.

Sin embargo, ella se había convencido de que todo había sido impulsado por el deseo que sentía por ella. ¡Qué estúpida había sido! Solo por compartir unos días de sexo apasionado con él… cuando lo que en realidad estaba haciendo era mantenerla bajo control porque pensaba que era una ladrona.

Se moría de ganas de gritar su rabia y su dolor a las montañas, de arañar a Nick para hacerlo sentir una décima parte de su sufrimiento. Y siguiendo un impulso primitivo, se acercó a él.

Capítulo 10

QUÉ demonios…! –exclamó Nick, antes de ver un puño que se abalanzaba sobre su cara y que, a no ser por su rapidez en agarrarse a la barandilla de la terraza, lo habría empujado montaña abajo.

–¡Maldito desgraciado! –gritó Liza mientras le pegaba. Vio cómo su cabeza se movía por efecto del puñetazo y cómo su cuerpo estuvo a punto de seguir el mismo camino y entonces se quedó helada al ver lo que había estado a punto de hacer–. Lo… –«siento» era la siguiente palabra pero no llegó a decirla porque él se adelantó con algo mucho más impactante:

–¿Es que has perdido la cabeza? ¡Estúpida! ¡Podrías haberme matado!

Aquel insulto fue la que cortó de raíz su intento de disculparse.

–Lástima que no lo haya hecho.

No podía controlar el dolor que estaba retorciéndole las entrañas. Había vuelto a mentirle y engañarla una vez más, aquella era la última vez que le hacía daño, pensó mientras le aguantaba la mirada sin demostrar ni un ápice de debilidad. Ya había sido débil con él demasiado tiempo.

–¿Qué has dicho? –le preguntó él agarrándola por los hombros.

–Ya lo has oído –dijo con frialdad–. Pero no te preocupes porque no volveré a tocarte. Ya tengo bastante con que me consideres una ladrona como para que ahora me tengas por una asesina.

–Has estado a punto de matarme y eso es todo lo que tienes que decirme –se quejó sin dar crédito a lo que estaba ocurriendo–. ¡Dios mío! Eres increíble. Has oído algo que no te ha gustado y te lanzas contra mí sin ni siquiera escuchar la explicación.

–¡Otra explicación! Mejor ahórratela. No quiero que vuelvas a decirme que querías estar a solas conmigo, o que me deseabas mucho –habló llena de sarcasmo mientras sentía la gélida mirada de Nick sobre ella–. ¿O esta vez me dirías que tenías que controlar a una ladrona mientras tu amigo se hacía cargo del jefe?

–No –contestó él desesperado–. No era eso lo que iba a decir.

–El día que nos encontramos tú estabas buscándome –recordó con un intenso dolor; ahora lo veía tan claro–. No fue ninguna casualidad. Por eso me preguntabas tanto sobre mi trabajo… y yo te di toda la información que necesitabas. Debería haberme dado cuenta de que me ocultabas algo; al fin y al cabo llevabas años sin siquiera hablarme. Siempre pensaste que era una fulana, pero nunca se me ocurrió que también pudieras creer que era una ladrona.

–Liza.

–No te molestes en negarlo –le pidió amargamente–. Lo que no entiendo es cómo podías hacerme el amor con la idea que tenías de mí. Claro que para el «Semental Español» tener que seducirme debió de ser un aliciente más de la aventura policíaca.

–Yo nunca te he seducido –empezó a decirle Nick–. Y lamento mucho que hayas oído la conversación, pero…

–Pero creías que era una ladrona.

–No lo entiendes. Puedo explicártelo –había mentido a su mejor amigo por proteger a esa mujer y eso era lo que recibía a cambio.

–No hay nada que explicar; ya lo sé todo. Eres un mentiroso, una pobre imitación de hombre y no quiero volver a verte en mi vida.

Se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Estaba a punto de ponerse a llorar y por eso salió a toda prisa, no quería derramar ni una lágrima delante de él porque entonces se odiaría aún más a sí misma por haberle permitido que la sedujera. Recordó el primer día cuando la había llevado en el avión, y a su cama; ella lo había recibido deseosa de desatar todas las emociones que llevaba tanto tiempo reprimiendo. Por primera vez desde hacía muchos años había sentido el impulso natural de estar con un hombre, de explorar todos los recovecos de su sexualidad y disfrutar con ello. Creía que sería solo una aventura.

Ahora sabía que Nick ni siquiera estaba ofreciéndole eso, sus planes eran mucho más retorcidos de lo que a ella se le habría ocurrido imaginar. Pensó en todas las veces que había hecho caso omiso de sus sospechas, debería haber confiado en su instinto, pero se había dejado cegar por la pasión.

Al llegar a la puerta del hotel vio el coche de Nick aparcado. Su equipaje estaba dentro, pero no le importó. Tenía el pasaporte y las tarjetas de crédito, no necesitaba nada más.

–Espera, Liza –le pidió agarrándola del brazo–. Este es Francisco –entonces se dio cuenta de que había un hombre bajito

al lado del coche–. Le he pedido que te lleve al aeropuerto, allí estará esperando el avión privado que te llevará a tu destino. Acéptalo por favor.

–No, gracias, ya he aceptado demasiado de ti –contraatacó ella–. Y no me gusta lo que eso conlleva.

–No tienes de qué preocuparte. Como me has pedido, no tendrás que volver a verme jamás.

Liza miró al vehículo y pensó que al menos se alejaría de Nick más aprisa. Así que se subió, se abrochó el cinturón de seguridad y se recordó a sí misma que no debía quedarse dormida como la última vez si no quería aparecer en Tombuctú.

El lunes por la mañana Liza iba en el metro londinense camino del trabajo y no podía olvidarse de la última imagen que tenía de Nick Menéndez. Estaba de pie junto al coche, sus bellos rasgos fríos y duros como el granito, sus ojos negros fijos en ella.

Al acordarse de él recordó también su última trampa. Se había montado en su avión privado y cuando este aterrizó se dio cuenta de que no estaba en Lanzarote; la habían llevado a Londres.

Ya en su apartamento había llamado al hotel de Lanzarote para tratar de averiguar si Henry Brown seguía allí, pero se negaron a darle dicha información y, cuando aseguró que ella también era cliente, le dijeron que su nombre no figuraba en ninguno de los registros del hotel. Era increíble. Aunque lo que más increíble le resultaba era el haber sido tan ingenua como para aceptar las vacaciones que le había ofrecido Brown, o para llevarle aquel paquete, que seguramente contenía los diamantes.

¡Dios! Eso la convertía automáticamente en cómplice de robo. Podría declarar su inocencia, pero desde luego no era eso lo que decían sus actos. La perspectiva de pasar varios años en la cárcel no le hizo ninguna gracia.

Según iba acercándose a su oficina después de bajar del metro, se preguntaba qué la esperaría allí; sin embargo el orgullo y la confianza en su inocencia le dieron fuerzas para levantar la cabeza y entrar caminando como si nada.

Sin saludarla siquiera, la recepcionista la informó de que el señor Stubbs estaba de vuelta y la esperaba en su despacho. Su antiguo jefe había vuelto, eso era mala señal, como lo era el que quisiera verla inmediatamente. Llamó a la puerta de madera maciza con un nudo en la garganta.

–Liza, querida –el señor Stubbs cruzó el enorme despacho y la

agarró del brazo en un gesto de inusitado cariño–. Ven a sentarte conmigo –Liza se lo agradeció porque empezaban a temblarle las piernas–. Gracias a Dios que estás bien. No me perdono haberte animado a trabajar con esa rata de Brown cuando me jubilé. Nos ha engañado a todos, no solo ha robado a la empresa, también se dedicaba a los diamantes. Afortunadamente ya lo han atrapado y, gracias a ti, nuestra empresa no se ha visto implicada. Debes de tener unos amigos muy importantes…

Liza lo miró boquiabierta, incapaz de emitir sonido alguno. El señor Stubbs estaba dándole las gracias…

Por lo visto, el viernes por la noche el señor Stubbs había recibido un aviso de la embajada de España para que se presentara allí. Entonces un policía español le había informado de las actividades de uno de sus ejecutivos que había estado utilizando las cuentas de la empresa para alquilar yates en los que transportaba diamantes robados. También le habían contado que lo habían atrapado gracias a la señorita Summers, que se había visto implicada en el caso de manera accidental.

Para su sorpresa y enorme alivio, la policía española le contó que debido a un tal señor Nicolás Menéndez, ni su empresa ni la señorita Summers iban a verse implicados en tan sucio asunto.

Liza siguió allí sin poder moverse ni hablar.

–¿Te das cuenta de la suerte que has tenido? –le preguntó su ex jefe en tono paternal–. Parece ser que al día siguiente de que te fueras de Lanzarote el óptico al que le llevaste los diamantes recibió una brutal paliza. Los ladrones entonces te buscaron a ti, pero en el hotel les dijeron que estabas en la península con el señor Menéndez, seguramente tú eras la siguiente en la lista.

–¡Yo! –aquello parecía una pesadilla.

–Sí. Menéndez se encargó de llevarte a un lugar seguro donde nadie pudiera encontrarte. Seguramente te haya salvado la vida, ya que los dos ladrones fueron detenidos cuatro días después cuando se disponían a tomar un avión rumbo a Málaga.

Por último y, después de decir varias veces que el señor Menéndez era un verdadero héroe, un James Bond moderno, el señor Stubbs le contó que ya estaba aburrido de la jubilación solo dos meses después de haberse retirado, así que pensaba regresar y, por supuesto, quería que Liza volviera a ser su secretaria.

–¿Estás a gusto, preciosa? –le preguntó su madre mientras ella se abrochaba el cinturón de seguridad.

Tenía que admitir que estaba nerviosa. Habían pasado dos meses desde su regreso de España y se había esforzado en convencerse de que aquel viaje era solo para aceptar la amable invitación de Ana Menéndez de pasar la Semana Santa en su casa, pero lo cierto era que también iba con la esperanza de ver a Nick.

Al menos le debía una disculpa… y la vida. Ahora sabía todo lo que había hecho para protegerla y para que su nombre no se viera relacionado con tan oscuro asunto. Todo eso había hecho que ya casi no le importara que la hubiera considerado una ladrona. Era un héroe que había protegido su reputación…

Bueno, excepto en lo relacionado con el sexo, matizó con cierta ironía. De todos modos, ¿dónde decía que los héroes tenían que ser célibes?

Noche tras noche, Liza recordaba todo lo que había compartido con él: la pasión, las caricias… Y todo le provocaba una tremenda frustración. Se había esforzado demasiado en no enamorarse para no resultar herida porque creía que él no quería ningún tipo de compromiso, pero ahora se preguntaba si no habría podido haber algo más si hubieran sido sinceros el uno con el otro.

Pronto lo sabría… Llevaba tres días preparando un discurso para pedirle disculpas y darle las gracias; había decidido que lo haría en persona fuera como fuera. En cuanto a lo demás, solo le quedaba tener esperanza…

Liza se alegraba de ver a Ana Menéndez y de comprobar lo contentas que estaban su madre y ella juntas, recordando anécdotas del pasado, pero no podía dejar de pensar en Nick, en si estaría en casa, si podría verlo, y eso le impedía disfrutar de la conversación de ambas damas; en realidad ni siquiera las escuchaba.

–Esto debe de ser muy aburrido para ti –le dijo Ana al verla tan seria–. Si quieres, ve a refrescarte a tu habitación.

–¿No os importa? –preguntó Liza aliviada.

–Claro que no. Manuel ya ha subido tu equipaje al dormitorio, estás otra vez en la habitación azul.

Liza se puso en pie sin saber si preguntar por Nick, o esperar a encontrárselo por la casa.

–Además –continuó diciendo la señora Menéndez–, tu madre y yo tenemos muchas cosas que contarnos. Nos veremos a las siete para tomar una copa antes de la cena, solo estaremos los cuatro,

si es que Nicolás llega por fin. Apenas lo he visto en las últimas semanas.

–Estará muy ocupado –le dijo Liza con el corazón dándole golpes contra el pecho solo por haber oído su nombre.

–Eso dice él, pero una madre es una madre, ¿verdad, Pam? –le preguntó a su amiga.

Liza se marchó sabiendo que no la echarían de menos. A las siete menos diez ya estaba lista y comprobando su aspecto frente al espejo. Había elegido un vestido ajustado azul que le llegaba por las rodillas y resaltaba su figura. El pelo lo llevaba recogido en un moño alto que, unido a los tacones, la hacía parecer más alta. Bueno, no estaba mal.

Manuel la informó de que debía acudir a la biblioteca, donde la esperaban para tomar una copa. No se atrevió a preguntarle quién la esperaba, si estaba Nick, así que cuando abrió la puerta de dicha estancia, tuvo la sensación de que el corazón se le iba a escapar por la boca.

Allí estaba Nick sirviendo las copas de espaldas a la puerta. Iba vestido con un traje impecable, su mera presencia seguía cortándole la respiración.

–Vaya, Liza –la saludó Ana–. Estás muy guapa.

Miró alrededor intentando disimular la tensión; su madre y Ana estaban sentadas en dos sillones gemelos que había a un lado de la habitación, así que ella fue a ocupar el sofá que quedaba libre.

–Gracias.

–Nicolás –le habló Ana a su hijo–. ¿A que está guapa Liza?

Liza levantó los ojos ligeramente sin llegar a mirarlo directamente. Nick se dio la vuelta y la observó con cierta insolencia, su mirada recorrió su cuerpo lentamente, deteniéndose en la curva que formaban sus pechos.

–Liza –ni siquiera un «hola», solo una breve inclinación de cabeza–. Sí, estás muy guapa –la miró con tal frialdad, que dejó muy claro que el cumplido estaba más destinado a su madre que a ella–. ¿Quieres una copa? ¿Un vino tinto?

–Sí –aceptó Liza en un hilo de voz. Lo vio servir el vino con una actitud tan fría y distante, que sintió un terrible vacío en el pecho. Entonces, cuando sus dedos se rozaron al darle la copa, recordó la fuerza de las emociones que aquel hombre provocaba en ella.

–Gracias –dijo ella y después, al ver que las dos madres habían retomado su repaso de recuerdos, reunió el poco valor que le

quedaba y añadió con aparente tranquilidad–: Nick, me gustaría hablar contigo –quizá aquella fuera la última única oportunidad que tendría, así que debía aprovecharla.

Nick se sentó en el sofá, pero dejando una prudente distancia entre ambos.

–Hablemos pues.

–Quería pedirte disculpas por… –comenzó su tan ensayado discurso.

–Disculpas aceptadas sean por lo que sean –la interrumpió él inmediatamente con una increíble frialdad–. Déjalo porque ya no me interesa.

En otras palabras, pensó Liza consternada, ella ya no le interesaba.

La cena fue un auténtico desastre; ella estuvo casi todo el tiempo en silencio. Mientras que Nick mostraba una correcta amabilidad con su madre y con la de Liza, a ella sin embargo la miraba con una sonrisa falsa que realmente no expresaba nada, solo distanciamiento. Por eso fue un alivio cuando, poco después de la cena, tanto Pamela como Ana anunciaron que se iban a la cama. Eso sí, el comentario de Ana antes de marcharse hizo que Liza se ruborizara como una niña:

–Nick, será mejor que te quedes a dormir… has bebido demasiado y no deberías conducir. Liza, confío en ti para que te asegures de que no bebe más y que no se vaya así.

Nick soltó una sonora carcajada.

–Mamá, te aseguro que sé cuidarme solo. Buenas noches.

–No creo que sea tan divertido –le reprendió Liza cuando ambas mujeres hubieron salido–. Tu madre está preocupada por ti.

Nick miró hacia donde Liza permanecía sentada, tan bella y tranquila, tan deseable que lo hizo sentir una tremenda furia. Aquella mujer había vuelto su vida del revés, había despertado en él sentimientos que ni siquiera habría sospechado que existieran. Llevaba varias semanas volviéndose loco porque no podía dejar de pensar en ella. Bebía demasiado, se ponía en peligro demasiado y todo era culpa de Liza. Y allí estaba ella, tan exquisita y en calma como si nada le quitara el sueño. Tenía un aspecto tan bondadoso, que nadie pensaría que no le importaba lo más mínimo si él se rompía la crisma. La habría estrangulado si no hubiera sabido que lo que realmente deseaba era perderse en su cuerpo cálido y acogedor.

Y, sin embargo, ninguno de esos pensamientos se reflejaron en

sus palabras o en su manera de decirlas:

–¿No te parece irónico que mi madre te pida a ti que me cuides cuando la última vez que nos vimos estuviste a punto de matarme?

–Ya te he dicho que lo sentía. Quiero disculparme por todas las cosas horribles que te dije –volvió a empezar su discurso, pero esa vez estaba profundamente avergonzada. Tenía que tranquilizarse, le debía una explicación–. También quería darte las gracias…

Nick la miró con la misma dureza inquebrantable. No iba a permitir que se saliera con la suya con una simple disculpa, no después de todo lo que le había hecho pasar, su orgullo no le permitía aceptar esa disculpa.

–Quieres darme las gracias –repitió con sarcasmo al tiempo que sus miradas se encontraban y chocaban con intensidad–. Adelante. Pero, como no puedo beber más, me voy a mi habitación; ya sabes dónde está –y diciendo eso salió de la habitación sin mirarla siquiera.

Nunca había sentido un alivio comparable al que había sentido el día en que la policía le había informado de que Liza era completamente inocente. Al menos esa rata de Brown había tenido la decencia de no implicarla. En realidad Nick estaba seguro de su inocencia…

Debería haberse alegrado de volver a verla y sin embargo lo que sentía era rabia y, ahora, a menos que ella fuera a su habitación, lo que era realmente poco probable, estaba claro que había vuelto a estropearlo.

Al principio Liza se había quedado inmóvil en el sofá mirando la puerta tras la cual había desaparecido Nick. Se había marchado sin siquiera despedirse, había sido muy grosero. Entonces, se dio cuenta de lo tonta que era; Nick era un hombre muy orgulloso que había gastado mucho tiempo y dinero intentando rescatarla y protegerla. Por su parte, ella no había hecho más que ponerle obstáculos de todo tipo, incluso había llegado a pegarle.

Tenía derecho a ser tan brusco. ¿Qué esperaba… que la recibiera con los brazos abiertos y le dijera que la perdonaba y que la amaba con todo su corazón? Eso solo podía suceder en sus sueños, en la realidad lo único que podía hacer era luchar para que la escuchara y suplicarle que la perdonara.

Liza se puso en pie dispuesta a seguir la decisión que había tomado. Nick le había lanzado el guante y ella debía recogerlo.

Capítulo 11

LIZA sintió cómo cientos de mariposas revoloteaban en su estómago mientras se decidía a agarrar el pomo de la puerta y abrirla. Por fin entró. Era una habitación grande, solo iluminada por la luz de las dos lamparitas de noche que había a los dos lados de la enorme cama. Respiró hondo y caminó hacia el centro de la estancia. Nick estaba de pie junto a la ventana y a un lado de la chimenea encendida, se había quitado la chaqueta, que descansaba en el respaldo de una silla. Reconocía la tensión de sus hombros.

–Nick.

–Has venido –dijo dándose la vuelta y mirándola con cierto sarcasmo–. ¿Para qué, Liza? –se quedó callado un segundo.

Estaba seguro de que quería vengarse de ella, pero al ver que había acudido y ver lo bonita que estaba allí de pie en medio de la habitación, iluminándolo todo con su presencia, se dio cuenta de que lo único que quería era abrazarla y decirle que todo iba a salir bien. Quería protegerla como había hecho ya en otra ocasión.

–Porque quiero… –«porque te quiero», estuvo a punto de decir, pero se detuvo a tiempo–… disculparme por todas las cosas terribles que te dije –Liza estaba totalmente hipnotizada por el aspecto de Nick con el pelo despeinado y la camisa desabrochada hasta la mitad. Tuvo que hacer un esfuerzo por recordar su discurso–. También quiero darte las gracias por sacarme del lío en el que me había metido.

«Concéntrate en su cara», se dijo una y otra vez, pero al encontrarse con sus ojos le resultó aún más difícil recordar lo que tenía que decir.

–Yo… yo… –¡Dios! No podía dejar de divagar–. Sé que seguramente lo hiciste más por la amistad que hay entre nuestras familias que por mí –consiguió decir de golpe–. Solo quería decirte que de verdad no sabía lo que había en ese paquete. Si de algo soy culpable es de ser una ingenua; todavía no puedo creer que me tragara lo de las vacaciones imprevistas. En mi defensa he de decir que yo solo había trabajado para el señor Stubbs, que es

todo un caballero, y me imagino que di por hecho que Brown también lo sería.

Qué tonta la hacía parecer eso, pensó Liza con rabia mientras miraba a Nick. Él era su héroe y quería hacerle saber que su hazaña no había pasado inadvertida. Pero sobre todo necesitaba que la creyera a ella… Dejó caer sus manos sudorosas sobre las caderas esperando una respuesta.

Nick miró aquellos ojos azules que lo observaban. Era orgulloso, pero no estúpido. Liza había ido hasta él. Eso era lo que tanto amaba de ella, su capacidad para enfrentarse a él, su valentía.

–Siéntate, Liza. Relájate.

Entonces pudo empezar a respirar un poco más tranquila. Se sentó en el sillón que había justo enfrente de la chimenea y vio que Nick se dirigía a un pequeño aparador que se encontraba en la pared opuesta.

–¿Quieres beber algo?

–¿Te parece inteligente? –le preguntó Liza con suavidad.

–Normalmente no me comporto inteligentemente cuando tú estás cerca –admitió él antes de acercarse a ella con dos copas que contenían un líquido color ámbar.

–Quería explicarte… –volvió a comenzar cuando él se hubo sentado a su lado– de verdad yo no sabía que Brown era un ladrón, y cuando me trajiste aquí lo cierto es que pensé que era solo porque tu madre te lo había pedido. Pero también quiero que sepas que no soy una total idiota, sí que sospeché que sucedía algo raro. Cuando volví a Londres y el señor Stubbs me lo contó todo, me sentí fatal –continuó después de darle un trago a la copa de coñac–. Ahora ya sé que no solo me libraste de acabar en la cárcel, sino que también me salvaste la vida aunque no tenías ninguna verdadera razón para confiar en mí. Por eso quiero darte las gracias desde… –«lo más profundo de mi corazón», iba a decir cuando él se lo impidió.

–Déjalo, Liza –la interrumpió en voz muy baja y con los ojos clavados en los de ella–. Primero, he de decir que nunca llegué a pensar que de verdad fueras una ladrona. Cuando vi tu nombre en el informe de la agencia de seguridad, decidí inmediatamente volar a Lanzarote para hablar contigo personalmente –le explicó con total sinceridad–. He de admitir que lo hice de una manera un poco equívoca, pero debía proteger los intereses de mi amigo Carl y, aunque tú no lo sabías, tenías información vital para resolver el caso.

–Tienes razón. No tenía la menor idea.

–Sí, lo sé –se puso en pie y se quedó en frente de ella, mirándola desde arriba. No debería haberle dado el coñac después del vino que había tomado en la cena. La agarró de la mano y la hizo ponerse en pie–. Te traje aquí para que no pudieran hacerte daño, pero también porque te deseaba. Y cuando te llevé al chalet, tenía miedo de que pudiera pasarte algo malo, tenía un miedo que no había tenido en mi vida –Liza estaba todavía pensando en lo que había dicho de que la deseaba cuando él continuó–. Los dos hemos cometido algunos errores. Así que, ¿qué te parece si firmamos la tregua, nos olvidamos del tema de los diamantes y vemos adónde nos lleva todo esto de aquí en adelante?

–Una tregua –no podía ser tan fácil–. Sí, claro.

–¿Lo sellamos con un beso? –sugirió mientras la rodeaba con sus brazos y su boca buscaba los labios de Liza. Y entonces se unieron en un beso apasionado y lleno de deseo.

No podía negar la necesidad que tenía de él, ya no podía negar lo que sentía, estaba completamente enamorada de él.

–Dios, no sabes lo que me haces sentir –murmuró Nick mientras le acariciaba un pecho por encima del vestido–. ¿Crees que serás lo bastante valiente como para olvidarte de las dos madres que hay en la casa, o vas a hacerme esperar hasta que podamos estar solos?

Aquellas palabras la hicieron darse cuenta de que estaba volviendo a hacerlo… «disculpas aceptadas, estupendo, vamos a la cama». Ni una palabra de futuro, ni de amor. Ya se lo había hecho dos veces y no estaba dispuesta a caer una tercera. Ella se merecía algo más.

–¿No irás a hacerme esperar? –insistió en tono casi infantil–. Liza… ¿qué ocurre?

–Nada –respondió intentando no prestar atención a la oscura mirada que tenía frente a sí–. He venido a disculparme y ya lo he hecho. Gracias por la oferta, pero no.

–Pero tú me deseas; tu cuerpo no miente y ya sabes lo bien que estamos juntos –le recordó con frustración. No se equivocaba, hacía solo unos segundos se había derretido entre sus brazos. ¿Qué había ocurrido?

–Puede ser, pero quiero algo más de una relación que sexo, y tú no eres de esa clase –le explicó Liza con sencillez–. Pero estoy segura de que podemos seguir siendo amigos por la amistad de nuestras madres –por un momento le pareció ver dolor en sus

ojos.

–Muy bien, así será –le dijo mientras se dirigía hacia la puerta y la abría para invitarla a marcharse–. Que duermas bien, amiga –añadió con sarcasmo.

Había hecho lo que debía, se repitió Liza una y otra vez a lo largo de la noche cuando no podía dormir y lo que le venía a la cabeza eran los recuerdos de las noches vividas junto a él.

En la habitación de al lado, Nick se tomó otro coñac mientras recordaba lo claro que le había dejado que él no era su tipo, no era la clase de hombre que ella necesitaba. Nadie jamás le había dicho algo así, era irónico que la primera tuviera que ser precisamente la única mujer que quería tener.

Mejor olvidarlo y retomar su decisión de marcharse a Suiza al día siguiente para participar en el Verbier.

Ana y Pam iban ya por la mitad del desayuno cuando apareció Liza.

–Estás horrible, cariño –le dijo su madre.

–Gracias, mamá. Buenos días, Ana.

–No hay nada de bueno –respondió Ana tajantemente–. Pensé que cuando Nick accedió a venir a cenar anoche era porque había cambiado de opinión con respecto al Verbier.

Liza se quedó sin habla durante unos segundos. Había oído hablar de aquella carrera y había visto un reportaje en televisión, se trataba de una peligrosa competición de snow-board que se celebraba en los Alpes.

–¡No!

–Sí, Liza –confirmó la señora Menéndez con un gesto de preocupación–. Se ha ido de aquí esta mañana muy temprano con la idea de marcharse a Suiza esta tarde para participar. Le he dicho que no fuera porque era una locura –le dijo encogiéndose de hombros–. Pero a mí no me hace ni caso. No sé qué pasaría anoche entre vosotros, pero debiste de decirle algo que lo hizo enfadar.

–¿Yo?

–Ana y yo nos fuimos a la cama muy temprano para que pudierais estar solos –intervino su madre–. ¿Qué ocurrió?

Liza no podía creer lo que oía. Miraba a una y otra, que a su vez esperaban su respuesta con impaciencia.

–¿Era una trampa? ¿Esta visita es una trampa?

–Por supuesto. Sé perfectamente lo que ha ocurrido entre

vosotros y con Carl Dalk –afirmó Ana con firmeza haciendo que Liza se ruborizara. Por un momento pensó que se refería a que sabía que habían sido amantes hasta que dijo–: Mi hijo no es el único con amigos en las altas esferas.

–¿Sabes lo del robo? –preguntó titubeante esperando que así fuera.

–Sí, y no te preocupes que tu madre también lo sabe. Creímos que era una buena idea que pudierais hablar tranquilamente, ya que mi chófer, Francisco, me dijo que la última vez no os despedisteis de muy buenas maneras.

–Deberías habérmelo contado, Liza –le dijo su madre–. Y espero que le hayas dado las gracias a Nick como Dios manda.

–Sí, lo he hecho –murmuró Liza mientras se preguntaba qué diría su madre si supiera la verdad.

–Deja a la pobre chica –le sugirió Pam–. ¿No ves lo ruborizada que está? –Ana se acercó a ella y le tomó la mano entre las suyas–. Conozco a mi hijo y sé que es muy duro, no deja que la gente se acerque a él. Pero tiene debilidad por ti, ¿por qué si no te habría ayudado entonces? Por eso se me ha ocurrido que podrías intentar convencerlo para que no participe en el Verbier. Todos los demás ya hemos probado y no ha servido de nada. No quiero que le pase nada y tú eres mi última esperanza. Me harías un favor enorme si consiguieras evitar que fuera.

Con solo escucharla, Liza supo que no podría soportar que algo le ocurriera a Nick, daba igual lo que hubiera entre ellos. Ya no podía evitar quererlo como lo quería, eso era algo que no se decidía, simplemente ocurría, y que la otra persona correspondiera ese amor era solo cuestión de suerte.

Nick no le había ofrecido un amor incondicional la noche anterior, pero sí una especie de relación que ella había rechazado por miedo a resultar herida. Pero lo que más miedo le daba era que él resultara herido y al darse cuenta, todo le pareció mucho más claro. Daba igual el tiempo que les quedara por estar juntos en el futuro, tenía que intentar evitar que se arriesgara de esa manera.

El viaje hasta el aeropuerto se le hizo eterno, no podía dejar de mirar el reloj; su avión salía a la una y los minutos pasaban a toda prisa. A la una menos veinte llegó al aeropuerto y se dio cuenta de que le iba a resultar muy difícil dar con él, seguramente estaría en la sala VIP. Intentó entrar por todos los medios, pero no se lo permitían.

–Perdón –dijo dando un paso atrás para alejarse de la puerta

de la sala VIP, pero el top de encaje se le había quedado enganchado en un botón de la chaqueta de un hombre.

–Parece que estás enganchada a mí.

Entonces Liza levantó la cara y se encontró con Nick.

–¿Se puedes saber qué haces aquí?

Durante unos segundos no pudo hacer otra cosa que mirarlo mientras intentaba recuperar el aliento.

–He venido a buscarte –respondió por fin.

–¿Por qué?

–Porque te quiero y no quiero que participes en el Ver… Ver… en la carrera de Verbier –fue tartamudeando hasta conseguir terminar. Nick la miró inmutable durante tanto tiempo, que Liza llegó a preguntarse si la habría oído.

Pero entonces se movió y la rodeó entre sus brazos.

–¿Y qué quieres que haga en su lugar? ¿Algo así?

Inclinó la cabeza sobre ella y la besó en la boca. Un placer tierno y suave la invadió por completo mientras lo abrazaba fuerte contra sí.

–Creo recordar que anoche dijiste que no era tu tipo –le preguntó entonces retirándose un poco de ella–. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

–No dije eso, lo que dije era que no eras esa clase de hombre… la clase de hombre que acepta un compromiso… Pero ahora ya no me parece importante. Te quiero, me da igual cuánto tiempo dure; un día, una semana, cualquier cosa me vale.

La transformación de Nick fue increíble, de pronto se sacudió toda esa fría arrogancia de la que solía hacer gala.

–Espero que sea verdad eso que dices –le advirtió con falsa severidad–. Porque has de saber que no pienso dejarte marchar jamás.

Y le cubrió la boca con un beso arrebatador. Cuando se separaron unos minutos después, oyeron un aplauso.

–Creo que tenemos público –comentó Liza radiante de amor y felicidad.

–Vámonos de aquí –le dijo con un susurro y abrazados caminaron hacia la puerta donde los esperaba el coche.

–¡Espera, Nick!

–¿Has vuelto a cambiar de opinión?

–No, tienes que llamar a tu madre, debe de estar muy preocupada.

La llamó desde el móvil y quince minutos después se encontraban en la entrada de la casa que Nick tenía en Málaga.

Liza apenas tuvo tiempo de verla porque en cuanto la puerta estuvo cerrada, comenzaron a besarse como desesperados.

–Mi bella Liza –susurró él acariciándole la mejilla–. ¿Vas a volver a hacerme esperar?

–Quizás –respondió ella con travesura–. Hasta que encuentres una cama.

–Qué bruja.

Sin dejar de reír, Nick la levantó en brazos y la llevó escaleras arriba hasta el dormitorio principal; mientras subían Liza se encargó de desabrocharle la camisa y, cuando llegaron, ya solo tuvo que sacarse las mangas. Se fueron desnudando el uno al otro lentamente, sin dejar de mirarse a los ojos y, cuando se besaron, ambos sintieron algo que no habían sentido jamás, mucho más profundo y más intenso.

–No puedo espera, Liza… ha pasado demasiado tiempo –rugió Nick mientras, tumbado sobre ella le acariciaba los muslos, que ella separó al instante.

–¿Qué te detiene entonces?

Ya nada lo detuvo, sus cuerpos se fundieron en uno y se dejaron mecer por las oleadas de éxtasis hasta llegar juntos al clímax más delicioso que los dejó después rendidos el uno en brazos del otro.

–Te necesitaba tanto… –afirmó Nick sonriendo con cierta inseguridad–. ¿Estás… bien?

–Mejor que nunca –respondió ella con una sonrisa que iluminó la habitación entera.

–Me he quedado de piedra cuando te he visto en el aeropuerto –le confesó él con ternura–. Me alegro tanto de que estés aquí. Muchas veces he soñado con tener tu pelo sobre mi almohada… Me vuelves loco, Liza. Solo con verte me muero de deseo –aseguró deleitándose con la visión de su cuerpo desnudo y entonces volvió a ponerse serio y a mirarla a los ojos–. Te amo, lo amo todo de ti… desde tu pelo hasta tu increíble cuerpo –y frotándose la barbilla continuó–: incluso tu gancho de izquierda era preferible a no verte en meses.

Liza no sabía qué decir, no sabía si estaba soñando o de verdad acababa de decir que la amaba.

–¿De verdad estás bien? No te he hecho daño, ¿verdad?

–No –dijo ella acariciándole la barbilla, donde lo había golpeado hacía meses–. He disfrutado cada segundo… Y siento mucho haberte pegado aquel día. Habría muerto si te hubiese ocurrido algo –y decidió contarte la verdad de una vez por todas–:

Mira que intenté odiarte después de lo que ocurrió aquel día en los establos, pero en cuando volví a verte supe que estaba perdida.

–Los dos lo estábamos –confirmó él.

–¿De verdad me amas?

Le puso la mano en la nuca para acercarla hacia sí y, con los ojos fijos en ella, le dijo:

–Nunca lo dudes, Liza. No puedes ni imaginarte cuánto te quiero.

–¿Lo bastante como para olvidarte del Verbier? –bromeó ella con cierto nerviosismo.

–Lo bastante como para olvidarme de todo excepto de ti –a pesar de sus palabras, Nick seguía percibiendo cierta inseguridad en Liza, así que decidió dejarle claro la naturaleza de sus sentimientos por ella–: Te quería cuando tenías ocho años, pero me enamoré de ti cuando tenías dieciséis.

–¿Qué? No te creo.

Nick se echó a reír.

–Aquel verano, cuando te caíste del caballo me di cuenta de que no podría vivir en un mundo en el que no estuvieses tú.

–Sí… Fuiste muy amable conmigo.

–Habría querido serlo mucho más, pero eras demasiado joven para mí.

–Y al verano siguiente estabas prometido con Sofía… –mencionó Liza frunciendo el ceño.

–Sí, creo que ese compromiso también me sirvió para protegerme de lo que sentía por ti, que me parecía muy peligroso.

–Pero te acostaste con ella –no pudo evitar decirlo.

–No, nunca. A Sofía le gustan más las mujeres –le confesó sonriendo–. Soy bastante mayor que tú y me he acostado con otras mujeres, pero solo ha habido una a la que he querido y a la que querré; a ti.

En realidad no le sorprendió lo que le dijo de Sofía, eso hacía que encajara del todo la idea de un compromiso de conveniencia.

–Pero… aquel día en el establo, cuando me viste… –no se atrevía a preguntarle por qué se había enfadado tanto.

–….Me puse enfermo de celos –esa era la información que le faltaba a Liza–. Ese chico debería haber sido yo. Entonces me di cuenta de que siempre había pensado que algún día tú y yo acabaríamos juntos. No podía hacer nada y por eso exploté de esa manera –la besó apasionadamente para intentar borrar aquel recuerdo para siempre.

–¿Y por qué no me buscaste después?

–Pues porque no me di cuenta de la realidad hasta que volví a encontrarme contigo –le confesó poniéndose encima de ella y estrechándola con fuerza–. Al principio me convencí de que solo era una aventura, fue en el chalet donde me di cuenta de que te quería. Pero… ¿no quieres que te demuestre mi amor de otra manera? –le dijo separándole las piernas con una de las suyas.

–Sigue hablando –le pidió en tono infantil.

–¡Qué pérdida de tiempo! –bromeó con una carcajada–. Nada más verte en Lanzarote supe que te deseaba, pero tenía que ayudar a Carl sin perjudicarte a ti. Por eso te pedí que vinieras conmigo a casa de mi madre.

–¡Y me sedujiste en el avión! Aunque admito que quería que me sedujeras. Llevaba encaprichada contigo desde los catorce años y me quedé destrozada cuando me enteré de que te habías prometido… y más aún cuando me pillaste en el establo y me llamaste fulana. Entonces decidí que te odiaba. Claro que en el avión… decidí que al menos podría tener una aventura contigo.

–Yo también me sorprendí a mí mismo –confesó Nick algo ruborizado–. No soy el tipo mujeriego que dicen las revistas. De hecho esa es la única vez que me he acostado con alguien en el avión. En cuanto a lo de la aventura… –comenzó a decir estrechándola entre sus brazos–. Estoy de acuerdo si es una aventura que dure toda la vida, y si eres mi esposa en esa aventura. ¿Estás de acuerdo?

Liza abrió los ojos de par en par. Ya no había ni rastro de aquel hombre frío y arrogante que normalmente mostraba al mundo, ahora veía que también tenía un lado inseguro y vulnerable. Su corazón se llenaba de amor al verlo y estar con él.

–Sí, claro que sí… Aunque no ha sido la manera más romántica de pedirlo…

–Pero ha funcionado –dijo sonriente–. No te dejaré marchar hasta que lleves mi anillo en el dedo –y la besó de nuevo–. Nos casaremos lo antes posible.

–Mi héroe…

Cuatro horas después, Liza se dio la vuelta justo en el momento en el que Nick entraba en la habitación; estaba impresionante con pantalones oscuros, camisa azul y un suéter de cachemira colgado sobre los hombros.

–Pensé que habías dicho cinco minutos –con su sonrisa hizo que a Liza se le acelerara el corazón.

–¿Qué tal estoy? –llevaba puesta una camisa de Nick porque la

suya se había rasgado.

–No pienso contestar porque si empiezo a pensar en tu delicioso aspecto, no conseguiremos salir de aquí jamás. Vámonos –le dijo agarrándola de la mano y arrastrándola fuera de la casa.

Veinte minutos después se encontraban en una exclusiva joyería cuyo propietario era amigo de Nick.

–¿Tenemos que hacer esto ahora? –le preguntó Liza mientras esperaban.

–Lo que tú quieras pero, ¿no querrás aparecer sin anillo en la cena de esta noche con nuestras madres? –le dijo sonriendo pícaramente–. Por cierto, cuando llamé a mi madre desde el aeropuerto le dije que me había encantado que fueras y que había decidido que a partir de ahora iba a dedicarle más tiempo a los deportes de interior, y que iba a empezar en ese momento llevándote a echarte una siesta conmigo.

–¡No le dijiste eso! –pero al ver la expresión malévola de su rostro supo que sí–. ¡Dios mío!

Entonces llegó el propietario de la tienda con una gran variedad de anillos de diamantes para enseñarles. Liza pensó que quizá un diamante no fuera muy buena idea después de todo lo ocurrido.

–Lo siento, preciosa –dijo enseguida Nick–. No me di cuenta.

–No pasa nada –aseguró ella–, así siempre me acordaré de ti.

A Nick no le hacía ninguna gracia que el anillo de pedida le recordara siempre que su marido la había creído una ladrona.

–¿Y por qué no mejor un zafiro, o una esmeralda…?

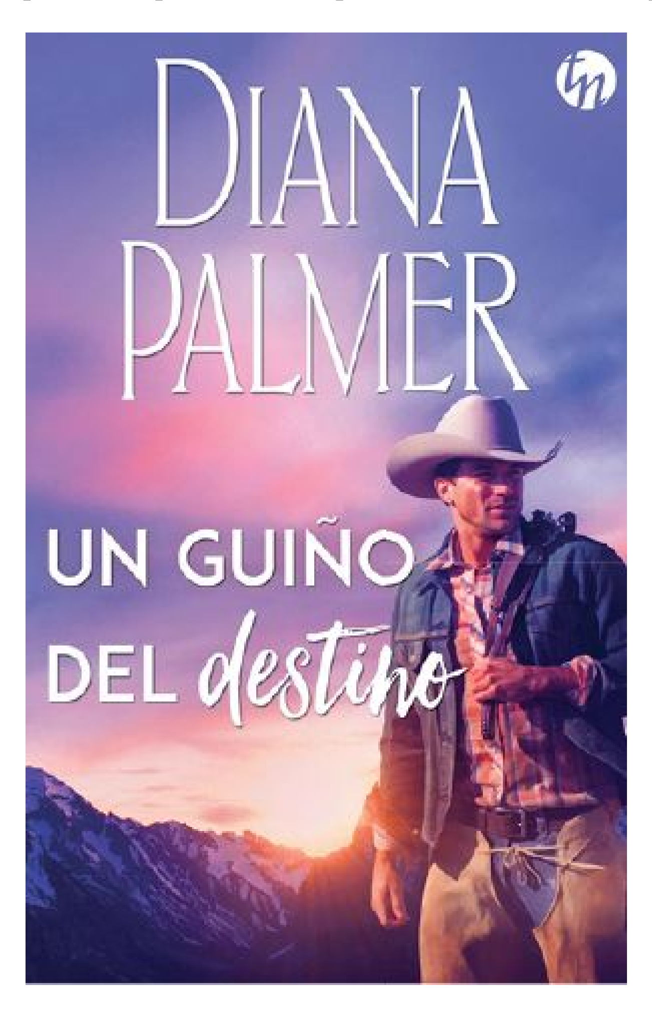
Liza se quedó pensando unos segundos y antes de hablar, lo agarró de la mano y se puso muy cerca de él.

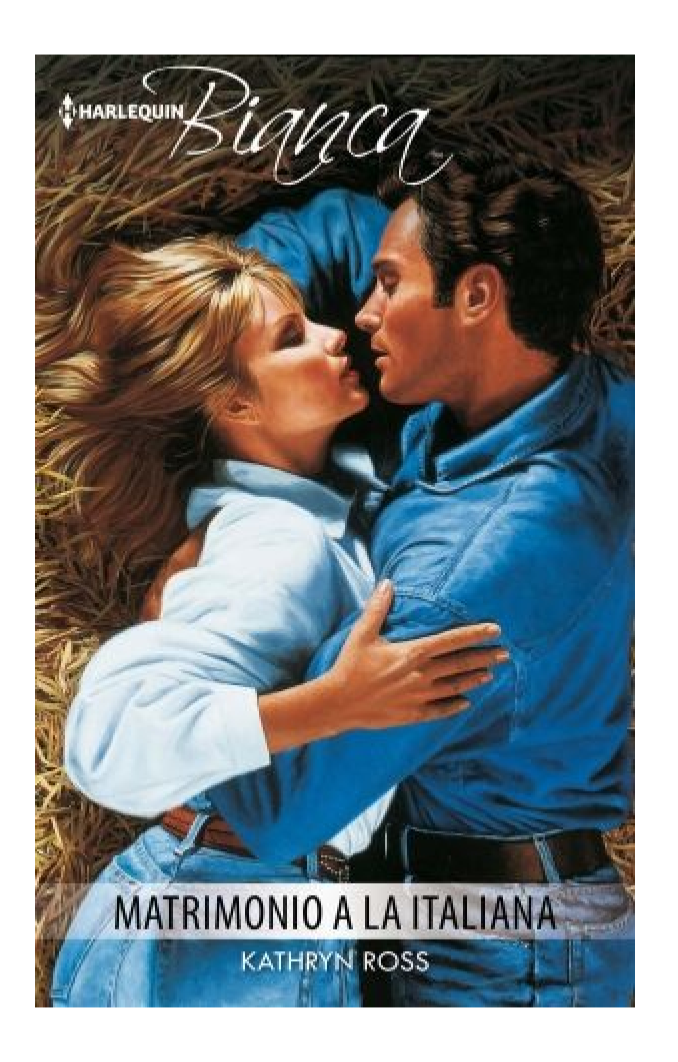
–Esto me recordará que gracias a los diamantes volvimos a encontrarnos y tú me salvaste la vida… Además dicen un diamante es para siempre, igual que yo soy tuya para siempre.

Nick le agarró la mano y se la besó antes de decir:

–Igual que yo soy tuyo.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.




HARLEQUIN
Bianca
MATRIMONIO A LA ITALIANA
KATHRYN ROSS

Matrimonio a la italiana

Ross, Kathryn
9788491882015
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Lo que estaba claro era que aquello jamás sería un matrimonio de conveniencia.Gemma no había conseguido llegar a olvidar del todo a Marcus Rossini, por mucho que todo hubiera acabado entre ellos hacía ya mucho tiempo... pero todavía los unía algo: su hijo Liam. Ahora Marcus tenía que regresar a Italia y quería llevarse consigo a Liam y a Gemma. Nada impediría que se saliera con la suya... A Gemma le habría encantado resistirse, pero eso era algo que jamás había podido hacer con Marcus Rossini...

Cómpralo y empieza a leer


HARLEQUIN
MAGNATES
GRIEGOS
La esposa secreta
Años después…
LYNNE GRAHAM · JACQUELINE BAIRD

La esposa secreta - Años después...

Graham, Lynne
9788468716053
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La esposa secreta Lynne Graham Rosie accedió a casarse con el millonario griego Constantine Voulos porque ése fue el deseo de su difunto padre, pero le partía el corazón que Constantine tuviera una opinión tan equivocada de ella. Cuanto más tiempo pasaba a su lado, más se daba cuenta de que no podía seguir siendo su esposa de forma temporal. Sólo había una forma de solucionarlo: alguien tenía que desvelar su secreto. Años después... Jacqueline Baird De repente, el multimillonario novio de Amber le dijo que estaba a punto de casarse con otra... Cinco años después, Amber creía haber olvidado a Lucas, hasta que heredó la mitad de su empresa. La compañía corría peligro de ser absorbida y Lucas, que volvía a estar soltero, pensó que el único modo de salvarla

era casándose con Amber. ¿Cómo iba a estar ella dispuesta a casarse cuando y como él quisiera si cinco años antes la había considerado digna de ser sólo su amante? Pero, ¿cómo podría no casarse con él... sabiendo que era el único hombre al que querría?


HQN™
nosotros y el destino
CLAUDIA VELASCO

Nosotros y el destino

Velasco, Claudia
9788491705758
304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Qué papel juega el destino en nuestras vidas? ¿Existe el libre albedrío? ¿El azar? ¿Las casualidades o las causalidades? ¿Podemos planificar nuestras vidas y esperar que aquello que tenemos perfectamente controlado se mantenga inamovible para siempre?Irene Guzmán creía en la planificación, la voluntad, la tenacidad y el trabajo duro para controlar su ordenada existencia, hasta que el desembarco de un poderoso grupo editorial sueco en la empresa donde ejerce como periodista altera su vida profesional, y, más importante, su peculiar vida familiar en la que su hijo es el centro de su universo. Madrid, Estocolmo, inseminación artificial y el amor más inesperado aparecen en esta historia donde el destino, creamos o no en su poder, despliega su magia poniendo las cosas en su sitio.

Cómpralo y empieza a leer


HARLEQUIN
Deseo
Un caballero andante
Cindy Gerard

Cómpralo y empieza a leer


KASEY MICHAELS
AUTORA TOP
MIRA
Como un Caballero

Como un caballero

Michaels, Kasey
9788468716749
352 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Chance Becket llevaba sus treinta años de existencia tratando de olvidar. Para ello había ocultado su desagradable juventud casándose con una dama y consiguiendo un prestigioso empleo en el Ministerio de la Guerra. Pero ahora el viudo tendría que enfrentarse al pasado y volver a la costa de Romney Marsh... donde continuaban vivos los fantasmas de su infancia. Julia Carruthers estaba encantada de ser la nueva institutriz de la hija de Chance y escapar así de Londres. Pero la emoción del viaje hasta la misteriosa casa de su jefe no era nada comparada con la atracción que surgió inmediatamente entre ellos. Entonces Julia oyó algo que no debía haber oído, y comenzó a preguntarse si el repentino interés de Chance hacia ella no estaría motivado por la necesidad de proteger los secretos de su familia…

Cómpralo y empieza a leer